

Anthony de Mello

LA ORACIÓN DE LA RANA

VOLUMEN II

ADVERTENCIA

Resulta bastante misterioso el hecho de que, aun cuando el corazón humano ansía la Verdad, pues sólo en ella encuentro liberación y deleite, la primera reacción de los seres humanos, ante la Verdad sea una reacción de hostilidad y de recelo. Por eso los Maestros espirituales de la humanidad, como Buda y Jesús, idearon un recurso para eludir la oposición de sus oyentes: el relato. Ellos sabían que las palabras más cautivadoras que posee el lenguaje son «Erase una vez...»; y sabían también que es frecuente oponerse a una verdad, pero que es imposible resistirse a un relato. Vyasa, el autor del «Mahabharata», dice que, si escuchas con atención un relato, nunca volverás a ser el mismo, porque el relato se introducirá en tu corazón y, como si fuera un gusano, acabará royendo todos los obstáculos que se oponen a lo divino. Aunque leas por puro entretenimiento los relatos que figuran en este libro, no hay ninguna garantía de que alguno de ellos no acabe deshaciendo tus defensas en un momento dado y explote cuando menos lo esperes. ¡Estás avisado!

Si eres lo bastante temerario como para buscar la iluminación, te sugiero que hagas lo siguiente:

(A) Escoge un relato y llévalo en tu mente durante el día, de modo que puedas meditar en él en los momentos de ocio. Ello te permitirá ir «trabajando» tu subconsciente, y se te revelará su sentido oculto. Te sorprenderá comprobar cómo te viene, de un modo absolutamente inesperado, justamente cuando necesitas que te ilumine un acontecimiento o una situación y te proporcione perspicacia y bienestar interior. Será entonces cuando comprenderás que, al «exponerte» a estos relatos, estás asistiendo a un Curso de Iluminación para el que no necesitas más «guru» que tú mismo.

(B) Dado que cada uno de estos relatos es una revelación de la Verdad, y dado que la Verdad con «V» mayúscula significa la verdad acerca de ti, cerciórate de que, cada vez que leas un relato, estás buscando resueltamente un más profundo conocimiento de ti mismo. Se trata de que lo leas como si leyeras un libro de medicina -tratando de averiguar si padeces alguno de los síntomas que en él se describen-, no como si leyeras un libro de psicología -aplicando a todos, menos a ti mismo, las distintas rarezas y neuropatías-. Si cedes a la tentación de imaginarte a los demás, los relatos te harán daño.

* * * *

El Mullah Nasrudin sentía un amor tan apasionado por la verdad que viajaba a los más remotos lugares en busca de expertos en el Corán, y no tenía ningún reparo en enzarzarse en discusiones acerca de las verdades de su fe con los infieles con quienes se topaba en el bazar.

Un día, su mujer le recriminó lo mal que la trataba... ¡y descubrió que su marido no tenía el menor interés en aquella clase de Verdad!

Y, sin embargo, es ésta la única clase de verdad que importa. De hecho, nuestro mundo sería muy diferente si aquellos de nosotros que somos expertos o ideólogos, ya sea en lo religioso o en lo secular, sintiéramos por el auto-conocimiento la misma pasión que manifestamos por nuestras teorías y dogmas.

* * * *

“¡Excelente sermón!”, le dijo el feligrés al predicador mientras le estrechaba la mano. “Todo cuanto ha dicho le viene como anillo al dedo a más de uno que yo conozco...” ¿Lo ves?

RECOMENDACION

Es aconsejable leer los relatos en el orden en que han sido dispuestos. No se lea más de uno o dos cada vez... si lo que se desea obtener es algo más que un puro entretenimiento.

NOTA

Los relatos que aparecen en este libro proceden de diversos países, culturas y religiones. Pertenecen, pues, a la herencia espiritual -y al humor popular- de la raza humana.

Lo único que ha hecho el autor ha sido «ensartarlos» con una finalidad específica. Su tarea se ha reducido a tejer y poner a secar. Consiguientemente, no pretende atribuirse ningún mérito en relación a la calidad del algodón y del hilo.

EDUCACIÓN

La familia tomó asiento en el restaurante para cenar.

Llegó la camarera, tomó nota de lo que deseaban los adultos y luego se dirigió al muchacho de siete años:

“¿Qué vas a tomar?”, le preguntó.

El muchacho miró con timidez en torno a la mesa y dijo: “Me gustaría tomar un perrito caliente.”

Antes de que la camarera tuviera tiempo de escribirlo, intervino la madre: “¡Nada de perritos calientes! ¡Tráigale un filete con puré de patatas y zanahorias!”

La camarera hizo como que no la había oído. “¿Cómo quieres el perrito caliente: con ketchup o con mostaza?”, le preguntó al muchacho.

“Con ketchup.”

“Vuelvo en un minuto”, dijo la camarera dirigiéndose a la cocina.

Cuando la camarera se hubo retirado, hubo unos instantes de silencio producido por el asombro. Al fin, el muchacho miró a todos los presentes y exclamó. “¿Qué os parece? ¡Piensa que soy real!”

«¿Cómo están tus hijos?»

«Están los dos estupendamente, gracias.»

«¿Qué edad tienen?»

«El médico, tres años; el abogado, cinco.»

* * * *

La pequeña Mary se hallaba en la playa con su madre.

«Mami, ¿puedo jugar en la arena?»

«No, mi vida; no quiero que te ensucies el vestido.»

«¿Puedo andar por el agua?»

«No. Te mojarías y agarrarías un resfriado.»

«¿Puedo jugar con los otros niños?»

«No. Te perderías entre la gente.»

«Mami, cómprame un helado»

«No. Te hace daño a la garganta»

La pequeña Mary se echó entonces a llorar y la madre, volviéndose hacia una señora que se encontraba al lado, le dijo: «¡Por todos los santos! ¿Ha visto usted qué niña tan neurótica?»

* * * *

Un hombre decidió suministrar dosis masivas de aceite de hígado de bacalao a su perro Dobberman, porque le habían dicho que era muy bueno para los perros. De modo que cada día sujetaba entre sus rodillas la cabeza del animal, que se resistía con todas sus fuerzas, le obligaba a abrir la boca y le vertía el aceite por el gañote.

Pero, un día, el perro logró soltarse y el aceite cayó al suelo. Entonces, para asombro de su dueño, el perro volvió dócilmente a él en clara actitud de querer lamer la cuchara. Fue entonces cuando el hombre descubrió que lo que el perro rechazaba no era el aceite, sino el modo de administrárselo.

* * * *

Dice una antigua leyenda que, cuando Dios estaba creando el mundo, se le acercaron cuatro ángeles, y uno de ellos le preguntó: «¿qué estás haciendo?»; el segundo le preguntó: «¿por qué lo haces?»; el tercero: «¿puedo ayudarte?»; y el cuarto: «¿cuánto vale todo eso?»

El primero era un científico; el segundo, un filósofo; el tercero, un altruista; el cuarto, un agente inmobiliario.

Un quinto ángel se dedicaba a observar ya aplaudir con entusiasmo. Era un místico.

* * * *

El pequeño Johnny estaba siendo sometido a unas pruebas para conseguir un papel en una obra de teatro que se iba a representar en la escuela. Su madre sabía que el muchacho había puesto en ello toda su ilusión, pero ella temía que no iban a escogerlo. El día que se repartieron los papeles, Johnny regresó corriendo de la escuela, se echó en brazos de su madre y, lleno de orgullo y de excitación, le gritó: «¿A que no sabes una cosa? ¡Me han escogido para aplaudir!»

Del informe escolar de un niño: «Samuel participa estupendamente en el coro del colegio escuchando con mucha atención.»

* * * *

Uno de los pocos hombres que han caminado por la luna cuenta cómo tuvo que reprimir sus instintos artísticos cuando llegó al satélite.

Recuerda que, cuando se hallaba mirando embelesado a la Tierra, estaba como paralizado por el asombro y diciéndose para sí: «¡Dios mío, qué preciosidad!»

Pero en seguida, volviendo en sí, se dijo: «Deja de perder el tiempo y dedícate a recoger piedras.»

*Hay dos tipos de educación:
la que te enseña a ganarte la vida
y la que te enseña a vivir.*

* * * *

En cierta ocasión le preguntaron a Andrew Carnegie, uno de los hombres más ricos del mundo: «Habría habido algún momento en el que usted podría haberse retirado, ¿no es así? Porque usted siempre ha tenido mucho más de lo que necesitaba...»

Y él respondió. «Sí, es verdad. Pero no pude retirarme. Había olvidado cómo hacerlo.»

Muchos temen que, si se paran a pensar y a preguntarse, no van a ser capaces de volver a ponerse en marcha.

* * * *

Aquel anciano había pasado la mayor parte de su vida en la que se consideraba una de las más hermosas islas del mundo. Y ahora que había regresado a la gran ciudad para pasar en ella sus últimos años, alguien le dijo: «Tiene que ser fantástico haber vivido tantos años en una isla que es considerada como una de las maravillas del mundo...»

El anciano reflexionó unos momentos y dijo: «Bueno..., para serle sincero, si yo hubiera conocido la fama de la isla, la habría mirado con más detenimiento.»

Las personas no necesitan que les enseñen a mirar. Necesitan tan sólo que las libren de las escuelas que las ciegan.

* * * *

Hacia 1850, el pintor norteamericano James McNeill Whistler pasó una breve -y académicamente desafortunada- temporada en la Academia Militar de West Point. Cuentan las crónicas que, cuando le encargaron diseñar un puente, dibujó un romántico puente de piedra, sobre el que había dos niños pescando, flanqueado por idílicas orillas cubiertas de hierba. «¡Quite a esos niños del puente!», le dijo el instructor. «¡Esto es un ejercicio de ingeniería!»

Whistler quitó a los niños del puente, los dibujó pescando desde una de las orillas del río y entregó de nuevo su ejercicio. El instructor bramó enfurecido. «¡Le he dicho que quite a esos niños! ¡Suprimalos totalmente!»

Pero el instinto creativo de Whistler era demasiado fuerte. Cuando rehizo el dibujo, había «eliminado completamente» a los niños, efectivamente; ahora los había enterrado bajo dos pequeñas tumbas en la orilla del río.

* * * *

Al darse cuenta de que su padre se estaba haciendo viejo, el hijo de un ladrón le pidió: «Padre, enséñame tu oficio, para que, cuando te retires, pueda yo seguir la tradición de la familia.»

El padre no dijo ni palabra, pero aquella noche se llevó al muchacho consigo para asaltar una casa. Una vez dentro, abrió un gran armario y ordenó a su hijo que averiguara lo que había dentro. Apenas el muchacho se había introducido en el armario, el padre cerró violentamente la puerta y dio vuelta a la llave, haciendo tanto ruido que logró despertar a toda la casa. A continuación, se largó tranquilamente.

En el interior del armario, el muchacho estaba aterrorizado, enojadísimo y preguntándose cómo iba a arreglárselas para escapar. Entonces tuvo una idea: comenzó a maullar como un gato; con lo cual, un criado encendió una vela y abrió el armario para dejar salir al gato. En cuanto se abrió la puerta, el muchacho saltó afuera y todo el mundo se fue tras él.

Al topar con un pozo que había junto al camino, el muchacho arrojó en él una enorme piedra y se ocultó en las sombras; al cabo de un rato logró escabullirse, mientras sus perseguidores escudriñaban el pozo con la esperanza de descubrir en él al ladrón.

De regreso a su casa, el muchacho se olvidó de su enfado, impaciente como estaba por relatar su aventura. Pero su padre le dijo: «¿Para qué me cuentas esa historia? Estás aquí. yeso es lo que importa. Ya has aprendido el oficio.»

* * * *

La educación no debería ser una preparación para la vida; debería ser vida.

Un grupo de estudiantes pidió al novelista Sinclair Lewis que les diera una conferencia, y le explicaron que todos ellos querían ser escritores como él.

Lewis inició su conferencia preguntando: «¿Cuántos de vosotros pretenden realmente ser escritores?» Y todos levantaron la mano.

«En tal caso no merece la pena que os hable. Mi único consejo es: id a casa y escribid, escribid, escribid...»

Y, dicho esto, se guardó sus papeles en el bolsillo y abandonó la sala.

* * * *

Con la ayuda de un Manual de instrucciones, una mujer estuvo durante horas tratando de montar un aparato que acababa de comprar. Finalmente, se rindió y dejó las piezas esparcidas encima de la mesa de la cocina.

Imagínese la sorpresa que se llevó cuando, al cabo de varias horas, regresó a la cocina y comprobó que la asistenta había montado el aparato y éste funcionaba a la perfección.

«¿Cómo diablos lo ha hecho?», le preguntó asombrada.

«Verá, señora..., cuando uno no sabe leer se ve obligado a emplear el cerebro», le respondió tranquilamente.

* * * *

Un hombre que acababa de jubilarse, después de cuarenta y siete años de trabajo como reportero y director de un periódico, telefoneó a la Junta local de Educación y, tras explicar sus antecedentes periodísticos, dijo que le gustaría participar en la campaña de alfabetización.

Se produjo una larga pausa y, al fin, alguien al otro lado del hilo dijo: «Es una estupenda idea. Pero dígame: ¿desea usted enseñar o aprender?»

* * * *

Tres muchachos acusados de haber robado unas sandías fueron conducidos ante el tribunal y presentados ante un juez del que esperaban lo peor, porque tenía fama de ser un hombre muy severo.

Pero también era un prudente educador. Tras dar un golpe con su martillo, el juez dijo. «Cualquiera de los presentes que no haya robado una sola sandía cuando era un muchacho, que levante la mano.» y se quedó esperando. Tanto los funcionarios de la audiencia como los policías, los espectadores y hasta el propio juez mantuvieron sus manos quietas.

Satisfecho de que nadie en la sala hubiera levantado la mano, el juez declaró: «El caso queda sobreseído.»

* * * *

Una mujer muy piadosa se lamentaba de las costumbres de los jóvenes. «¡La culpa la tienen los automóviles!», le decía a su anciana madre. «¿No ves cómo hoy día pueden recorrer kilómetros para asistir a un baile o a una cita? ¿A que en tus tiempos no era así?»

Y la anciana, de ochenta y siete años, le respondió: «Bueno..., la verdad es que en mis tiempos íbamos hasta donde podíamos.»

* * * *

La madre: «¿Sabías que Dios estaba presente cuando cogiste esa galleta de la cocina?»

El niño: «Sí.»

«¿Y sabías que te estaba viendo?»

«Sí.»

«¿Y qué crees que te estaba diciendo Dios?»

«Me decía: "No estás tú solo; estamos los dos. De modo que coge dos galletas."»

* * * *

Cuando el joven rabino sucedió a su padre, todo el mundo empezó a decirle que no se parecía en nada a éste.

«Al contrario», replicaba el joven. «Soy exactamente igual que el viejo. El no imitaba a nadie, y yo tampoco.»

¡Sé tú mismo!

Guárdate de imitar la conducta de los «grandes» si no posees la disposición interior que a ellos les movía a obrar.

* * * *

Cuando se interpretó por primera vez en Londres *El Mesías* de Haendel, el Rey, que se encontraba presente, se sintió tan arrebatado por el sentimiento religioso durante el «Aleluya» que, olvidando los convencionalismos, se puso en pie para rendir un silencioso homenaje de respeto a la obra maestra que estaba escuchando.

Al verlo, todos los nobles que allí se encontraban siguieron el ejemplo del rey y se pusieron también en pie.

Naturalmente, aquello era una señal inequívoca de que todo el mundo debía ponerse en pie.

Desde entonces se considera obligado ponerse en pie siempre que suena el «Aleluya», independientemente de lo que uno sienta o de la calidad de la interpretación.

* * * *

Un viejo marinero dejó de fumar cuando vio que su loro tosía cada vez más. Tenía miedo de que el humo de su pipa, que casi siempre llenaba la habitación, fuera perjudicial para la salud de su loro.

Luego hizo que un veterinario examinara al animal. Y, tras un concienzudo reconocimiento, el veterinario llegó a la conclusión de que el loro no padecía de psitacosis ni de neumonía.

Sencillamente, imitaba la tos del fumador empedernido que era su dueño.

* * * *

El tío Joe había venido a pasar el fin de semana, y el pequeño Jimmy está entusiasmado ante la idea de compartir con el gran héroe la habitación y la cama.

Inmediatamente después de apagar la luz, Jimmy recuerda algo. «¡Arrea!», exclama, «¡casi me olvido!»

Y, saltando de la cama, se arrodilla junto a ella. No queriendo dar un mal ejemplo a su pequeño compañero de habitación, el tío Joe se levanta también de la cama y se arrodilla al otro lado.

«¡Eh, tú!», le susurra Jimmy todo asustado, «¡si mañana lo descubre mamá, te la cargas! ¡El orinal está a este lado!»

* * * *

«Me gustaría que vistieras más de acuerdo con tu posición. Es lamentable que te hayas hecho tan desaliñado »

«¡Yo no soy ningún desaliñado!»

«Sí lo eres. Recuerda a tu abuelo, siempre tan elegante, con sus trajes caros y perfectamente cortados...»

«¡Ajá, te pillé! ¡Precisamente son los trajes de mi abuelo los que yo uso!»

* * * *

Un filósofo que tenía un solo par de zapatos pidió al zapatero que se los reparara mientras él esperaba.

«Es la hora de cerrar», le dijo el zapatero, «de modo que no puedo reparárselos ahora. ¿Por qué no viene usted a recogerlos mañana?»

«No tengo más que este par de zapatos, y no puedo andar descalzo.»

«Eso no es problema: le prestaré a usted hasta mañana un par de zapatos usados.»

«¿Cómo dice? ¿Llevar yo los zapatos de otro? ¿Por quién me ha tomado?»

«¿Y qué inconveniente tiene usted en llevar en los pies los zapatos de otro cuando no le importa llevar las ideas de otras personas en su cabeza?»

* * * *

«¿Qué habéis hecho hoy en la escuela?», le preguntó un padre a su hijo adolescente.

«Hemos tenido clases sobre el sexo», le respondió el muchacho.

«¿Clases sobre el sexo? ¿y qué os han dicho?»

«Bueno, primero vino un cura y nos dijo por qué no debíamos. Luego, un médico nos dijo cómo no debíamos. Por último, el director nos habló de dónde no debíamos.»

* * * *

La directora del Colegio Mayor se dirigía a las nuevas alumnas y estimó conveniente aludir al tema de la moralidad sexual.

«En los momentos de tentación», les dijo, «haceos una sola pregunta: ¿Acaso una hora de placer vale por toda una vida de deshonor?»

Al final de su alocución, preguntó si había algo que aclarar. Una de las muchachas alzó tímidamente la mano y dijo: «¿Podría decirnos cómo se consigue que dure una hora?»

* * * *

El Presidente de los Estados Unidos William Howard Taft se hallaba una noche cenando cuando el más pequeño de sus hijos hizo un comentario irrespetuoso acerca de su padre.

Todos quedaron paralizados por la audacia del muchacho, y el silencio se podía cortar.

«Pero, bueno», dijo la señora Taft, «¿no vas a castigarle?»

«Si el comentario se refería a mí en cuanto padre, naturalmente que será castigado», dijo Taft.
«Pero, si se refería al Presidente de los Estados Unidos, está en su derecho, porque la Constitución se lo permite.»

¿Y por qué un padre va a quedar exento de la crítica que es buena para un Presidente?

* * * *

Un guru estaba dando clase a un grupo de jóvenes discípulos. En un determinado momento, éstos le pidieron que les revelara el sagrado «Mantra» por el que los muertos pueden ser devueltos a la vida.

«¿Y qué pensáis hacer con una cosa tan peligrosa?», les preguntó el guru.

«Nada. Sólo es para robustecer nuestra fe», le respondieron.

«El conocimiento prematuro es peligroso, hijos míos», dijo el anciano.

«¿Y cuándo es prematuro el conocimiento?», preguntaron ellos.

«Cuando le proporciona poder a alguien que aún no posee la sabiduría que debe acompañar al uso de tal poder»

Los discípulos, no obstante, insistieron. De modo que el santo varón, muy a su pesar, les susurró al oído el «Mantra» sagrado, suplicándoles repetidas veces que lo emplearan con suma discreción.

No mucho después, iban los jóvenes paseando por un lugar desierto cuando tropezaron con un montón de huesos calcinados. Con la frivolidad con que suele comportarse la gente cuando va en grupo, decidieron poner a prueba el «Mantra» que sólo debía ser empleado previa una prolongada reflexión.

Y en cuanto hubieron pronunciado las palabras mágicas, los huesos se cubrieron de carne y se transformaron en voraces lobos que les atacaron y les hicieron pedazos.

* * * *

A la edad de sesenta y un años, el Maestro Soyen Shaku abandonó este mundo, pero no sin antes haber realizado una gigantesca obra: dejó a la posteridad un cúmulo de enseñanzas más variadas y sublimes que la mayoría de los maestros Zen. Se decía que sus discípulos solían caer rendidos por el sueño después del almuerzo, agotados del cansancio propio del verano. Y aun cuando él nunca malgastaba un minuto, jamás dijo una palabra acerca de esta debilidad de sus discípulos.

Cuando sólo tenía doce años, ya estudiaba los principios filosóficos de la escuela Tendai. Un día de verano, el calor era tan agobiante que el pequeño Soyen, al ver que su Maestro estaba ausente, se tendió y se quedó dormido durante tres horas, al cabo de las cuales despertó sobresaltado cuando oyó entrar al Maestro; pero no pudo impedir que éste le sorprendiera tendido en el suelo.

«Te ruego, por favor, que me perdones», le susurró el Maestro mientras pasaba con todo cuidado por encima del cuerpo de Soyen, como si se tratara de un distinguido huésped. Desde entonces, Soyen nunca volvió a dormirse durante el día.

* * * *

Correteando por la calle, un pequeño rapaz, al dar la vuelta a una esquina, chocó inesperadamente con un hombre. «¡Santo cielo!», dijo el hombre, «¿adónde vas con tanta prisa?»

«A casa», respondió el muchacho. «Llevo prisa, porque mi madre me va a sacudir.»

«¿Y tantas ganas tienes de que te sacudan que vas corriendo de esa manera?», le preguntó asombrado el otro.

«No. Pero, si mi padre llega a casa antes que yo, será él quien me atice.»

*Los niños son como espejos:
en presencia del amor,
es amor lo que reflejan;
cuando el amor está ausente,
no tienen nada que reflejar.*

* * * *

Nasrudin le entregó un cántaro a un muchacho y le dijo que fuera a sacar agua del pozo. Pero, antes de que el muchacho se dispusiera a obedecerle, le dio una bofetada y le gritó. «¡Y ojo con dejarlo caer!»

Alguien que lo había visto le dijo: «¿Cómo puedes pegar a un pobre niño antes de que cometa una falta?»

Y respondió Nasrudin. «¿Te parecería mejor que le pegara después de haber roto el cántaro, una vez que éste y el agua se hubieran perdido? Si le pego antes, lo recordará, y así se salvarán el cántaro y el agua»

* * * *

Desesperados, unos padres llamaron con urgencia al psicólogo infantil, porque, sencillamente, no sabían qué hacer con su hijo, que se había subido al caballo de madera de otro niño de la vecindad y se negaba terminantemente a bajar de él. Tenía en su casa tres caballos de madera, pero se había empeñado en que era precisamente aquél el que quería. Y todos los intentos por hacerle bajar del caballo le habían hecho gritar y berrear de tal manera que no hubo más remedio que desistir.

Lo primero que hizo el psicólogo fue establecer sus honorarios. Luego fue adonde estaba el niño le pasó cariñosamente la mano por el pelo, se inclinó hacia él y, sonriendo, le susurró algo al oído. Al instante, el niño se bajó del caballo y se fue dócilmente a casa con sus padres.

«¿Qué clase de magia ha empleado usted con el niño?», le preguntaron al psicólogo los asombrados padres. El psicólogo se guardó en el bolsillo sus honorarios y dijo: «Sencillamente, me he inclinado hacia él y le he dicho. "Si no te bajas inmediatamente de ese caballo, te voy a pegar tal paliza que no vas a poder sentarte en una semana." Supongo que era para esto para lo que me han pagado.»

* * * *

Antes de castigar a un niño, pregúntate si no serás tú la causa de la transgresión.

Los padres. «¿Por qué, a pesar de que Johnny es más pequeño que tú, saca siempre mejores notas en la escuela?»

El niño de siete años: «Porque los padres de Johnny son inteligentes.»

* * * *

El niño moderno:

Un hombre pretendía fomentar en sus hijos la afición a la música, de modo que les compró un piano.

Cuando llegó a casa, los encontró contemplando desconcertados el piano. Y ellos, al verle, le preguntaron: «¿Cómo se enchufa?»

* * * *

Un niño se encontraba, por primera vez en su vida, en un pueblo, lejos de la gran ciudad. Se hallaba de pie en la acera cuando llegó un anciano conduciendo un carro tirado por un caballo y entró en una tienda. El muchacho se quedó mirando asombrado al caballo, un animal que él no había visto en su vida. Cuando el anciano salió de la tienda y se disponía a marcharse, el niño le dijo: «Oiga, señor, le advierto que esa cosa ha perdido todo el combustible.»

* * * *

Una niña, en una frutería, le muestra una piel de plátano al dependiente. «¿Qué deseas, preciosa?», le pregunta éste.

«Que lo rellene», le responde la niña.

* * * *

El maestro de la escuela de tiro con arco tenía fama de ser además un verdadero Maestro de la Vida.

Un día, el más aventajado de sus discípulos logró hacer tres dianas seguidas durante una competición de carácter local, y todo el mundo estalló en aplausos. Las felicitaciones llovieron sobre el discípulo... y sobre el Maestro.

Pero éste no parecía estar impresionado. Daba incluso la sensación de querer quitarle importancia al hecho.

Cuando, más tarde, el discípulo le preguntó la razón de su actitud, el Maestro le dijo: «Aún te falta por aprender que el blanco no es el blanco.»

«¿Y qué ES el blanco?», quiso saber el discípulo.

Pero el Maestro no se lo dijo. Era algo que el joven tendría que aprender algún día por sí mismo, porque no podía decirse con palabras.

*Un día descubrió
que lo que tenía que ambicionar
no era el éxito,
sino la actitud;
no el blanco,
sino la desaparición del ego.*

* * * *

Un maestro aprendió a ser un educador prudente y compasivo del modo más difícil que hay. cometiendo muchos errores. He aquí uno de ellos.

Siendo director de una escuela, se le acercó un alumno a decirle que quería marcharse a otra escuela.

«¿Por qué, hijo mío? ¿Pasa algo malo? ¿Hay algo que te entristezca? Tus notas son buenas...»

«No. no pasa nada malo, señor. Sencillamente, quiero marcharme.»

«¿Se trata de los profesores? ¿Hay algún profesor que no te guste?»

«No, señor, no se trata de los profesores.»

«¿Se trata, entonces, de otros alumnos? ¿Te has peleado con alguno de ellos?»

«No, no es nada de eso.»

«¿Es cuestión económica ? ¿Te resulta excesivamente cara la pensión?»

«No, señor, tampoco es eso.»

El director se quedó callado durante un buen rato, confiando en que su silencio le haría hablar al muchacho.

De pronto, éste empezó a llorar ya enjugarse las lágrimas. El director supo que había vencido Y en el tono más suave y comprensivo de que era capaz, le dijo: «Lloras porque algo te molesta, ¿no es así?»

El muchacho asintió con la cabeza.

«Está bien. Dime, pues, por qué lloras.»

El muchacho se le quedó mirando fijamente y le dijo: «Por todas esas preguntas que está usted haciéndome.»

* * * *

Se hablaba de construir un reformatorio para muchachos, y se solicitó el parecer de un célebre experto en educación.

Este hizo un apasionado alegato en favor de unos métodos educativos humanos en el reformatorio, urgiendo a los fundadores a no escatimar medios para conseguir los servicios de unos educadores bondadosos y competentes.

Y concluyó diciendo: «Con lograr salvar a un solo muchacho de la depravación moral, ya habrán quedado justificados los gastos y los esfuerzos que se inviertan en una institución de este tipo.»

Posteriormente, un miembro de la junta directiva le dijo: «¿No ha estado usted ligeramente exagerado? ¿Cree de veras que el salvar a un solo muchacho justificaría todos los gastos y esfuerzos?»

«¡Si se tratara de mi hijo, sí!», fue la respuesta.

* * * *

AUTORIDAD

He aquí un cuento del místico de Calcuta Ramakrishna:

Erase una vez un rey al que un sacerdote solía leerle todos los días el Bhagavad Gita. A continuación, el sacerdote le explicaba el texto y decía: «Oh, rey, ¿has comprendido lo que he dicho?»

Y el rey nunca respondía «sí» o «no», sino que se limitaba a decir «Más vale que primero lo hayas comprendido tú.»

Lo cual afligía siempre al pobre sacerdote, que se había pasado horas preparando su lección diaria para el rey y era consciente de que sus explicaciones eran perfectamente lúcidas y claras.

Pero el sacerdote era un sincero buscador de la Verdad. Y un día, mientras se hallaba meditando, comprendió de pronto el carácter ilusorio -la realidad relativa- de todas las cosas: casa, familia, riquezas, amigos, honor, reputación y todo lo demás. Y lo vio con tal claridad que en su corazón se apagó todo deseo de semejantes cosas.

Entonces decidió dejar su patria y emprender una existencia de asceta errante.

Y antes de marcharse envió al rey el siguiente mensaje: «Oh, rey, al fin he comprendido.»

* * * *

La mujer se encontraba aquejada de un grave resfriado, y nada de cuanto le recetaba el médico parecía poder aliviarla.

«¿No puede usted hacer nada para curarme, doctor?», le preguntó un día completamente frustrada.

«Tengo una idea», dijo el médico. «Váyase a su casa, tome una ducha y, antes de secarse, quédese usted desnuda en medio de una corriente de aire.»

«¿Y con eso me curaré?», preguntó ella, llena de asombro.

«No, pero agarrará usted una neumonía. Y eso sí puedo curarlo.»

¿No te ha ocurrido nunca que tu guru te haya ofrecido el remedio para un mal que él mismo ha ocasionado?

* * * *

«Gracias a Dios, se nos ocurrió llevar una mula para la excursión, porque, cuando uno de los chicos tuvo un accidente, usamos la mula para traerlo.»

«¿Y qué accidente tuvo?»

«La mula le pegó una coz.»

«¿Puedes recomendarme a un buen médico?»

« Te sugiero que vayas a ver al doctor Chung. El me salvó la vida.»

«¿Cómo fue eso?»

«Verás: yo ya tenía la grave enfermedad que ahora padezco, y fui a ver al doctor Ching; tomé la medicina que él me recetó y me sentí peor. De modo que fui a ver al doctor Chang: tomé también su medicina y me puse a morir. Por último, fui a ver al doctor Chung... y no estaba.»

* * * *

El creer en la autoridad pone en peligro la capacidad de percepción:

El médico se inclinó sobre el inmóvil paciente. A continuación, volvió a erguirse y dijo: «Siento tener que decirle, señora, que su marido ya no está con nosotros.»

Una tenue voz en tono de protesta salió de labios del «difunto»: «¡No... Todavía estoy vivo...!»

«¡Cierra la boca!», le dijo la mujer. «¡El doctor sabe más que tú!»

* * * *

Un vecino acudió a Nasrudin a pedirle prestado su asno.

«Lo siento, pero lo he alquilado», le dijo Nasrudin.

En aquel momento, el animal comenzó a rebuznar en la cuadra.

«¡Pero si le estoy oyendo rebuznar ...!», dijo el vecino.

«¡Pero, bueno...!, ¿a quién vas a creer, al asno o a mí?»

* * * *

El príncipe heredero era un verdadero zoquete, por lo que el rey contrató los servicios de un tutor especial, el cual comenzó sus lecciones explicando al príncipe el primer teorema de Euclides.

«¿Está claro, Alteza?», le preguntó cuando hubo concluido.

«No», respondió el príncipe.

De modo que el tutor, armándose de paciencia, volvió a explicarle el teorema. «¿Ya ha quedado claro?»

«No», volvió a responder el príncipe.

Y una vez más lo intentó el tutor... sin éxito. Al cabo de diez intentos, el real zoquete seguía sin entender el teorema, y el pobre tutor no pudo contener sus lágrimas.

«Créame, Alteza», le dijo entre sollozos, «este teorema es verdadero, y la forma en que se lo he demostrado es la única que hay...»

Al oír aquello, el príncipe se puso en pie y, haciendo una solemne inclinación, dijo. «Mi querido amigo, tengo una fe absoluta en lo que usted dice, de modo que, si usted me asegura que el teorema

es verdadero, yo lo acepto incondicionalmente. Lo único que siento es que no me lo haya dicho usted antes. Si lo hubiera hecho, podríamos haber pasado al segundo teorema sin necesidad de perder tanto tiempo.»

De este modo tienes todas las respuestas correctas sin necesidad de saber geometría, exactamente igual que hay personas que -según ellas- poseen todas las creencias debidas sin necesidad de conocer a Dios. Decirle a la autoridad: «Piensa por mí, por favor, que yo soy tonto» es como decir: «Bebe por mí, por favor, que tengo sed. »

* * * *

Dice Buda: «Los monjes y los sabios no han de aceptar mis palabras por respeto a mí, sino que deben analizarlas, del mismo modo que un orfebre analiza el oro a base de cortarlo, fundirlo, rasparlo y sacarle brillo.»

En un cine, un hombre muy alto se dirige a un niño que está sentado detrás de él:

«¿Puedes ver la pantalla, pequeño?»

«No.»

«No te preocupes. Mírame y ríete siempre que yo lo haga.»

* * * *

Siendo el mariscal Ferdinand Foch el comandante en jefe de las fuerzas aliadas durante la Primera Guerra Mundial, su «chauffeur», Pierre, era asiduamente solicitado por los periodistas para obtener de él información acerca de lo que pensaba el mariscal. y siguieron haciéndolo una vez que la guerra hubo terminado. Pero Pierre nunca soltaba prenda.

Un día, los periodistas asaltaron a Pierre cuando éste salía del cuartel general. y mientras se arremolinaban en torno a él, el «chauffeur» dijo: «Hoy ha hablado el mariscal.»

«¿Y qué ha dicho?», le preguntaron ansiosos.

«Ha dicho: "Pierre, ¿cuándo crees tú que acabará la guerra?"»

La hija de un pastor protestante le preguntó a éste de dónde sacaba las ideas para sus sermones. «De Dios», le respondió su padre. «Entonces, ¿por qué te veo siempre tachando lo que escribes?», le preguntó ella.

* * * *

Marconi, el genio de la radio, había estado toda la noche en el laboratorio discutiendo con un amigo acerca de los complicados problemas de la comunicación inalámbrica.

Cuando, por la mañana, salían del laboratorio, Marconi dijo de pronto: «Llevo toda la vida estudiando este asunto, pero hay algo acerca de la radio que, sencillamente, soy incapaz de comprender.»

«¿Que hay algo de la radio que tú no comprendes?», exclamó su amigo lleno de asombro. «¿Y qué es?»

«¿Por qué funciona?», dijo Marconi.

* * * *

Hace muchos años, un obispo de la costa este de los Estados Unidos se hallaba visitando una pequeña universidad religiosa de la costa oeste, alojándose en casa del rector de la universidad, un joven y progresista catedrático de física y química.

Un día, el rector invitó a los miembros de su facultad a cenar con el obispo, para que pudieran beneficiarse del saber y la experiencia de éste. Después de la cena, la conversación se centró en torno al tema del milenio, del que el obispo aseguró que no podía tardar en llegar. Y una de las razones que adujo para ello era que ya se había descubierto todo en el terreno de la naturaleza y se habían hecho todos los inventos posibles.

El rector, con toda cortesía, mostró su desacuerdo y dijo que, en su opinión, la humanidad se encontraba en los umbrales de una era de grandes descubrimientos. El obispo desafió al rector a que mencionara uno de ellos, y el rector dijo que tenía la esperanza de que en el plazo de cincuenta años, más o menos, los humanos podrían volar.

Aquello le produjo al obispo un ataque de risa. «¡Qué tontería, mi querido amigo!», exclamó. «Si Dios hubiera querido que los humanos voláramos, nos habría dado alas. El volar está reservado a las aves y a los ángeles.»

El obispo se apellidaba Wright y tenía dos hijos llamados Orville y Wilbur, que fueron los inventores del aeroplano.

* * * *

Un antiguo rey de la India sentenció a muerte a un hombre, el cual, al conocer la sentencia, suplicó que le fuera condonada y prometió: «si el rey tiene compasión y me perdona la vida, yo enseñaré a su caballo a volar en el plazo de un año.»

«Conforme», dijo el rey. «Pero si, al cabo de ese tiempo, el caballo no es capaz de volar, serás ejecutado.»

Cuando, más tarde, sus familiares le preguntaron preocupados cómo pensaba cumplir lo prometido, el hombre dijo: «En el plazo de un año, el rey puede morir. O puede que muera el caballo. O, ¿quién sabe?, ¡puede que el caballo aprenda a volar!»

* * * *

Un joven científico se jactaba, en presencia de un guru, de los logros de la ciencia moderna.

«Podemos volar como los pájaros», decía. «¡Podemos hacer todo cuanto hacen los pájaros!»

«Excepto descansar sobre un alambre de espino», dijo el guru.

* * * *

El médico, tras examinar detenidamente al paciente, dijo: «Ha tenido usted un ataque de neumonía. Es usted músico, ¿no es cierto?»

«Sí», respondió asombrado el paciente.

«Y toca usted un instrumento de viento...»

«¡Exacto! ¿Cómo lo sabe?»

«¡Elemental, mi querido amigo! Tiene usted una inconfundible lesión de pulmón, y su laringe está inflamada, debido, indudablemente, a que la ha sometido usted a una intensa presión. Dígame, ¿qué instrumento toca usted?»

«El acordeón.»

¡Los riesgos de la infalibilidad!

* * * *

Se celebraba el cumpleaños del párroco, y los niños habían acudido a felicitarle ya llevarle sus regalos.

El párroco tomó el paquete, envuelto en papel de regalo, que le entregó la pequeña Mary y dijo: «¡Ah!, ya veo que me has traído un libro...» (El padre de Mary regentaba una librería en la ciudad).

«Sí. ¿Cómo lo sabe?»

«¡El Padre lo sabe todo...!»

«Y tú, Tommy, me has traído un jersey», dijo el párroco al recoger el paquete que le entregaba Tommy. (El padre de Tommy vendía artículos de lana). «Es verdad», dijo el niño. «¿Cómo lo sabe?» «¡Ah, el Padre lo sabe todo...!»

Y así sucesivamente, hasta que llegó el regalo de Bobby, cuyo envoltorio estaba húmedo (el padre de Bobby vendía vinos y licores). Y el párroco dijo: «Ya veo que me has traído una botella de whisky y que se te ha derramado un poco...» «Se equivoca», dijo Bobby, «no es whisky.»

«Bueno, entonces será una botella de ron...» « Tampoco.»

El párroco tenía los dedos mojados y se llevó uno de ellos a la boca, pero no identificó el sabor.

«¿Es ginebra...?»

«No», respondió Bobby. «Le he traído un cachorro.»

* * * *

Debido a una serie de circunstancias, un huevo de águila fue a parar a un rincón del granero donde una gallina empollaba sus huevos. Y así fue como el pequeño aguilucho fue incubado junto con los polluelos.

Pasado algún tiempo, el aguilucho, inexplicablemente, empezó a sentir deseos de volar. De modo que le preguntó a marná-gallina: «¿Cuándo voy a aprender a volar?»

La pobre gallina era perfectamente consciente de que ella no podía volar ni tenía la más ligera idea de lo que otras aves hacían para adiestrar a sus crías en el arte del vuelo.

Pero, como le daba vergüenza reconocer su incapacidad, respondió evasivamente. «Todavía es pronto, hijo mío. Ya te enseñaré cuando llegue el momento.»

Pasaron los meses, y el joven aguilucho empezó a sospechar que su madre no sabía volar. Pero no fue capaz de escapar y volar por su cuenta, porque su intenso deseo de volar se había mezclado con el sentimiento de agradecimiento que experimentaba hacia el ave que le había incubado.

* * * *

Basándose en los informes que le habían dado de él, el Califa nombró a Nasrudin Consejero Mayor de la corte. Y puesto que su autoridad no le provenía de su propia competencia, sino del patronazgo del Califa, Nasrudin se convirtió en un peligro para todos cuantos acudían a consultarle, como se evidenció en el siguiente caso:

«Nasrudín, tú que eres un hombre de experiencia», le dijo un cortesano, «¿conoces algún remedio para el dolor de ojos? Te lo pregunto, porque a mí me duelen tremendamente.»

«Permítame que comparta contigo mi experiencia», le dijo Nasrudin. «En cierta ocasión tuve dolor de muelas, y no encontré alivio hasta que me las hice sacar.»

* * * *

El médico decidió que había llegado el momento de decirle al paciente la verdad: «Creo que es mi deber decirle que está usted muy enfermo y que no es probable que viva más de uno o dos días. Debería usted poner en orden sus asuntos. ¿Hay alguien a quien desearía ver?»

«Sí», le respondió el paciente con un hilo de voz.

«¿A quién?», preguntó el médico.

«A otro médico.»

* * * *

En cierta ocasión, un joven escritor le confesaba a Mark Twain que estaba perdiendo la confianza en su capacidad para escribir. «¿No ha experimentado usted nunca esa sensación?», le preguntó.

«Sí», respondió Twain. «Una vez, después de llevar casi quince años escribiendo, de pronto me vino la idea de que no poseía el más mínimo talento de escritor.»

«¿Y qué hizo usted? ¿Dejó de escribir?»

«¿Cómo iba a hacerlo? ¡Para entonces ya era yo famoso!»

* * * *

Un hombre muy rico decidió hacer realidad el sueño de toda su vida: dirigir una orquesta. Para ello contrató a un percusionista, a tres saxofonistas y a veinticuatro violinistas. En el primer ensayo dirigió tan penosamente que el percusionista sugirió a los demás músicos la idea de largarse todos. Pero uno de los saxofonistas dijo: «¿y por qué marcharnos, si nos paga estupendamente? Además, algo sabrá de música...»

En el siguiente ensayo, el director era sencillamente incapaz de llevar el ritmo. Con lo cual, el percusionista se puso a golpear los instrumentos con furia. El director golpeó el atril con su batuta para imponer silencio, miró ferozmente a los músicos y preguntó. «¿Quién ha sido?»

* * * *

En cierta ocasión, un amigo le hizo saber al gerente de una orquesta que le encantaría tener un puesto en la misma. Y el gerente le replicó: «No tenía ni idea de que supieras tocar algún instrumento...»

«Y no sé hacerlo», le respondió su amigo, «pero he visto que tienes ahí a un tipo que no hace más que agitar una vara mientras los demás tocan. Creo que yo podría hacer ese trabajo...»

* * * *

Para complacer a un funcionario, en cierta ocasión Abraham Lincoln firmó una orden de traslado de ciertos regimientos. El Secretario de la Guerra, Stanton, convencido de que el Presidente había cometido un grave error, se negó a cursar dicha orden. Y, por si fuera poco, añadió: «¡Lincoln está loco!»

Cuando se lo contaron a Lincoln, éste dijo: «Si Stanton ha dicho que estoy loco, debo de estarlo, porque él tiene razón casi siempre. Tendré que ir con cuidado y estudiarlo detenidamente.»

Y esto fue exactamente lo que hizo. Stanton le convenció de que la orden era un error, y Lincoln se apresuró a revocarla. Todo el mundo sabía que una parte de la grandeza de Lincoln residía en su manera de aceptar las críticas.

* * * *

Un recluta recibió la orden de hacer guardia a la entrada del campamento, y se le dieron instrucciones en el sentido de que no permitiera pasar a ningún coche que no llevara una determinada banderola.

Así fue como detuvo a un coche en el que viajaba un general, el cual ordenó a su conductor que hiciera caso omiso del centinela y siguiera adelante. Entonces el recluta se plantó en medio, fusil en mano, y dijo tranquilamente: «Usted perdone, señor, pero soy un novato. ¿Contra quién debo disparar: contra usted o contra el conductor?»

*Conseguirás la grandeza
cuando prescindas de la dignidad
de los que están por encima de ti
y hagas que los que están por debajo
prescindan de tu propia dignidad.
Cuando no seas arrogante con el humilde*

ni humilde con el arrogante.

* * * *

Erase una vez un rabino a quien la gente tenía por un hombre de Dios. No pasaba un día en el que no acudiera a su puerta una multitud de personas en busca de consejo, de curación o de una simple bendición de aquel santo varón. Y cada vez que el rabino hablaba, la gente le escuchaba absorta, como bebiendo cada una de sus palabras.

Pero había entre sus oyentes un desagradable individuo que no perdía ocasión de contradecir al Maestro. Había observado los puntos débiles del rabino y se burlaba de sus defectos, para consternación de los discípulos, que empezaron a mirarle como si fuera la encarnación del diablo.

Un día, el «diablo» cayó enfermo y, al poco tiempo, falleció. Y todo el mundo respiró aliviado. Externamente reflejaban la debida compunción, pero en sus corazones estaban contentos, porque las inspiradas palabras del Maestro ya no serían interrumpidas, ni sus soflamas serían criticadas por tan irrespetuoso hereje.

Por eso la gente estaba sorprendida al ver al Maestro auténticamente compungido durante el funeral. Cuando, más tarde, un discípulo le preguntó si estaba entristecido por la condenación eterna del difunto, él respondió: «No, en absoluto. ¿Por qué iba a entristecerme por nuestro amigo, si sé que está en el cielo? Por quien estaba afligido era por mí mismo. Ese hombre era el único amigo que tenía. Estoy rodeado de personas que me veneran, pero él era el único que hablaba en mi contra. y me temo que, desaparecido él, voy a dejar de crecer.» Dicho lo cual, el Maestro rompió a llorar.

* * * *

En cierta ocasión, una mujer acudió al rabino Israel y le hizo saber su secreta aflicción: llevaba veinte años casada y no había tenido ningún hijo. «¡Qué casualidad!», dijo el rabino. «Exactamente lo mismo le ocurrió a mi madre.» Y le contó la siguiente historia:

Durante veinte años, su madre no había tenido ningún hijo. Un día se enteró de que el santo Baal Sern Tob se hallaba en la ciudad, de modo que le faltó tiempo para ir a la casa donde se alojaba y suplicarle que rezara por ella para que pudiera tener un hijo. «¿Qué estás dispuesta a hacer al respecto?», le preguntó el santo varón. «¿Qué puedo hacer?», replicó ella. «Mi marido es un pobre librero, pero yo sí tengo algo que puedo ofrecerle al rabino.» Y, dicho esto, salió corriendo hacia su casa, sacó una «katinka» del arca donde había estado celosamente guardada y regresó corriendo a ofrecérsela al rabino. (La «katinka», como todo el mundo sabe, es una esclavina que lleva la novia el día de su boda, una preciosa reliquia de familia transmitida de generación en generación). Cuando la mujer llegó, el rabino ya se había marchado a otra ciudad, de modo que ella le siguió. Pero, como era pobre, tuvo que ir andando y, al llegar, el rabino también había abandonado aquella ciudad. Seis semanas estuvo siguiéndole de ciudad en ciudad, hasta que, finalmente, logró alcanzarlo. El rabino tomó la «katinka» y se la donó a la sinagoga del lugar. El rabino Israel concluyó: «Mi madre regresó andando de nuevo hasta su casa, y un año después nació yo.»

«¡Qué casualidad, verdaderamente!», exclamó la mujer.

«Yo también tengo en casa una "katinka". Voy a traértela inmediatamente y, si tú se la regalas a la sinagoga, Dios me concederá un hijo.»

«¡Ah, no, querida!», dijo apenado el rabino. «No funcionará. Hay una diferencia entre mi madre y tú, y es que tú has oído su historia, mientras que ella no tenía un guión que seguir.»

Cuando un santo ha empleado una escalera, ésta se desecha y no puede ser usada de nuevo.

* * * *

Un enorme camión, debido a su excesiva altura, había quedado inmovilizado en un paso inferior por encima del cual pasaba la vía férrea. Todos los esfuerzos de los «expertos» por sacarlo de allí habían sido inútiles, y el tráfico había quedado detenido a ambos lados del lugar en cuestión, formándose un atasco monumental.

Había allí un muchacho que intentaba a toda costa llamar la atención del que parecía dirigir la maniobra, pero éste le rechazaba una y otra vez. Al fin, completamente exasperado, el individuo aquel le espetó: «Supongo que quieres decirnos cómo tenemos que hacer este trabajo, ¿no es así?»

«Sí», respondió el muchacho. «Les sugiero que quiten un poco de aire a los neumáticos.»

*En la mente de los profanos
hay muchas posibilidades.
En la de los expertos, muy pocas.*

* * * *

Allá por los años treinta, una empresa norteamericana envió una máquina a un cliente del Japón.

Un mes más tarde, la empresa recibió un cable: «Máquina no funciona. Envíen alguien repararla.»

La empresa envió a un experto al Japón. Pero, antes de que tuviera la oportunidad de examinar la máquina, la empresa americana recibió un segundo cable: «Hombre demasiado joven. Envíen hombre mayor.»

Y la respuesta de la empresa fue: «Preferible sírvanse de él. El inventó máquina.»

* * * *

Un ciempiés consultó a una lechuza acerca de un dolor que sentía en las patas.

La lechuza le dijo: «¡Tienes demasiadas patas! Si te convirtieras en un ratón, sólo tendrías cuatro patas... y una vigésimoquinta parte del dolor.»

«Esa es una gran idea», dijo el ciempiés. «Pero ahora dime cómo puedo convertirme en un ratón.»

«¡Hombre, no me molestes con detalles de simple ejecución!», dijo la lechuza. «yo sólo estoy aquí para establecer la política a seguir.»

* * * *

Un gran pintor le pidió a un amigo médico que fuese a ver lo que él creía que era su mejor obra. El médico sometió la obra a un cuidadoso examen, tomándose tiempo para ver cada uno de los detalles. Al cabo de diez minutos, el artista empezó a inquietarse. «Bueno, ¿qué te parece?», preguntó todo nervioso.

«Parece tratarse de una neumonía doble», respondió el médico.

* * * *

Los peligros de fiarse de un experto:

Un hombre recibió una nota de un amigo escrita de un modo absolutamente ilegible. Tras ímprobos esfuerzos por entenderla, al fin se le ocurrió solicitar la ayuda del farmacéutico.

Este estuvo todo un minuto examinando fijamente la nota; luego tomó una gran botella de color oscuro de la estantería, la puso sobre el mostrador y dijo. «Son dos dólares.»

* * * *

Un grupo de estudiantes estaba bastante descontento de la baja calidad de la cerveza que se servía en la cafetería.

Algunos de ellos tuvieron la brillante idea de echar un poco de aquella cerveza en un frasco y enviarla al laboratorio del hospital, esperando averiguar su composición.

Al día siguiente recibieron una nota que decía: «Su caballo padece ictericia.»

* * * *

En cierta ocasión, un discípulo le dijo a Confucio: «¿Cuáles son los ingredientes fundamentales de un buen gobierno?»

Le respondió Confucio: «Alimentos, armas y la confianza del pueblo.»

«Pero, si tuvieras que prescindir de uno de esos tres ingredientes», siguió preguntando el discípulo, «¿de cuál de ellos prescindirías?»

«De las armas.»

«¿Y si tuvieras que prescindir de uno de los otros dos?»

«De los alimentos.»

«¡Pero, sin alimentos, la gente moriría...!»

«Desde tiempo inmemorial», dijo Confucio, «la muerte ha sido el destino de los seres humanos. Pero un pueblo que ya no confía en sus gobernantes está verdaderamente perdido.»

* * * *

Cuando, debido a un accidente, el cacique de la aldea perdió el uso de sus piernas, tuvo que caminar con muletas. Poco a poco, fue aprendiendo a moverse con rapidez, llegando incluso a bailar ya realizar pequeñas piruetas, para regocijo de sus vecinos.

Luego se le metió en la cabeza la idea de adiestrar a sus hijos en el uso de las muletas, no tardando en convertirse en un símbolo de prestigio en aquella aldea el caminar con muletas; y al cabo de poco tiempo, todo el mundo caminaba de ese modo.

Pasadas cuatro generaciones, no había nadie en la aldea que caminara sin muletas. La propia escuela incluía en su currículum un curso de «Muletería teórica y aplicada», y los artesanos de la aldea se hicieron célebres por la calidad de las muletas que fabricaban. Llegó incluso a hablarse de crear unas muletas accionadas electrónicamente.

Un día se presentó un joven turco ante los jefes de la aldea y les preguntó por qué todo el mundo caminaba allí con muletas, a pesar de que a todos les había dado Dios unas piernas para caminar. A los ancianos les hizo gracia que aquel insolente joven se considerara más listo que ellos, y decidieron darle una lección. «¿Por qué no nos enseñas cómo se hace?», le dijeron.

«De acuerdo», dijo el joven.

Y se determinó que la demostración tuviera lugar el sábado siguiente, a las diez en punto de la mañana, en la plaza de la aldea. Allí estaba todo el mundo cuando llegó el joven al centro de la plaza caminando con ayuda de unas muletas; y cuando el reloj de la aldea comenzó a dar la hora, el joven se irguió y soltó las muletas. La multitud guardaba un expectante silencio mientras él daba un enérgico paso adelante... y caía de bruces.

Con lo cual, todos se confirmaron en su creencia de que era absolutamente imposible caminar sin ayuda de unas muletas.

* * * *

Mientras el fabricante de ruedas hacía su trabajo en un extremo de la enorme sala, el príncipe Huan de Ch'i leía un libro en el otro extremo.

Dejando por un momento el escoplo y el mazo, el fabricante de ruedas llamó la atención del príncipe y le preguntó qué libro estaba leyendo.

«Un libro que contiene las palabras de los sabios», le respondió el príncipe.

«¿Y están vivos esos sabios?», le preguntó el otro.

«¡Oh, no!», dijo el príncipe. «Todos ellos han muerto.»

«Entonces, lo que estás leyendo puede no ser más que los residuos y las heces de personas desaparecidas», dijo el ruedero.

«¿Cómo te atreves tú, un fabricante de ruedas, a criticar un libro que yo estoy leyendo? ¡Explica lo que has dicho o morirás!»

«Verás», dijo el otro, «desde mi punto de vista de fabricante de ruedas, así es como yo lo veo: cuando yo estoy haciendo una rueda, si el ritmo de mis golpes es demasiado lento, los cortes son profundos, pero no uniformes; y si el ritmo es demasiado rápido, los cortes son uniformes, pero no profundos. El ritmo adecuado, ni demasiado rápido ni demasiado lento, no lo coge la mano si no le viene dictado por el corazón. Es algo que no puede expresarse con palabras; requiere un arte que yo no puedo transmitir a mi hijo. Por eso es por lo que no puedo dejar que haga él mi trabajo, y aquí me tienes todavía, a mis setenta y cinco años, haciendo ruedas. En mi opinión, lo mismo ocurre con los que nos han precedido. Todo lo que era digno de ser transmitido murió con ellos: el resto lo pusieron en sus libros. Por eso decía que lo que estás leyendo son los residuos y las heces de personas desaparecidas.»

* * * *

Antiguamente era habitual en el Japón usar faroles de papel. Un papel que protegía una vela encendida, todo ello sujetado por varas de bambú.

Sucedió que un ciego fue a visitar a un amigo y, como se hizo tarde, éste le ofreció un farol para que regresara a su casa.

Lo cual hizo reír al ciego. «Para mí es lo mismo el día que la noche», le dijo. «¿Qué voy a hacer yo con un farol?»

Su amigo le replicó: «Es verdad que no necesitas ver el camino hacia tu casa. Pero el farol puede servirte para disuadir a alguien que quisiera atracarte en la oscuridad.»

De modo que el ciego tomó el farol y salió. Al poco rato, alguien tropezó con él, haciéndole perder el equilibrio.

«¡Eh!, ¿por qué no va con más cuidado, amigo?», gritó el ciego. «¿Es que no ha visto el farol?»

«Hermano», dijo el otro, «su farol está apagado.»

*Es más seguro andar
con la propia oscuridad
que con la luz de otro.*

* * * *

ESPIRITUALIDAD

Dada la naturaleza de la búsqueda espiritual...

Un hombre llegó junto a una elevada torre, entró y vio que estaba todo oscuro. Moviéndose a tientas, tropezó con una escalera de caracol. Le entró curiosidad por saber adónde conducía y empezó a subir por ella. A medida que ascendía, iba sintiendo un creciente desasosiego. Entonces miró detrás de sí y comprobó, horrorizado, que los peldaños se iban desprendiendo y desapareciendo a medida que él los iba dejando atrás. Ante él, la escalera serpenteaba hacia arriba, y él no tenía ni idea de hasta dónde conducía; detrás de él se abría un enorme y negro vacío.

* * * *

...los verdaderos buscadores son pocos...

Cuando el rey visitó los monasterios de Lin Chi, el gran Maestro Zen, le sorprendió comprobar que había en ellos más de diez mil monjes.

Queriendo saber el número exacto de ellos, el rey preguntó: «¿Cuántos discípulos tienes?»

Y Lin Chi respondió: «Cuatro o cinco, como mucho.»

* * * *

...y los impostores muchos...

Una pareja en su luna de miel se disponía a meterse en la cama, en su habitación del hotel, cuando, de pronto, irrumpió un ladrón enmascarado, el cual dibujó con una tiza un círculo en el suelo, le hizo una seña al recién casado y le dijo: «No te muevas de ese círculo. Si das un paso, te descerrajo un tiro en la cabeza.»

Mientras el pobre hombre permanecía completamente inmóvil en el lugar indicado, el ladrón arrambló con todo lo que pudo y lo introdujo en un saco; y cuando iba a marcharse, vio a la hermosa mujer, que se cubría con una sábana. La hizo acercarse a él, encendió la radio, la obligó a bailar con él, la acarició, la besó... y la habría violado si ella no se hubiera opuesto con todas sus fuerzas.

Cuando, al fin, el ladrón salió de la habitación, la mujer se volvió al marido y le gritó: «¿Qué clase de hombre eres tú, que te quedas ahí parado en medio de ese círculo sin hacer nada, mientras a mí casi me violan?»

«¡No es verdad que no haya hecho nada!», protestó el hombre.

«¿Ah, no? ¿y qué has hecho, si puede saberse?»

«Desafiarle. ¡Cada vez que él volvía la cabeza hacia mí, yo sacaba un pie del círculo!»

El peligro que estamos dispuestos a correr es el que podemos afrontar a una distancia prudencial.

* * * *

Después de treinta años viendo la televisión, un marido le dijo a su mujer: «¿Por qué no hacemos esta noche algo realmente excitante?»

Al instante, ella pensó en pasar una noche en la ciudad. «¡Fantástico!», exclamó. «¿Qué has pensado que hagamos?»

«Bueno..., podríamos intercambiar nuestros asientos.»

* * * *

En una pequeña ciudad fronteriza había un anciano que llevaba cincuenta años viviendo en la misma casa.

Un buen día sorprendió a todo el mundo mudándose a la casa de aliado. Los periodistas locales cayeron sobre él ansiosos por saber las razones de la mudanza.

«Supongo que se debe al gitano que hay en mí», declaró con una sonrisa de satisfacción.

¿Han oído hablar del hombre que acompañó a Cristóbal Colón en su expedición al Nuevo Mundo y se pasó el viaje preocupado por la posibilidad de no regresar a tiempo para suceder al viejo sastre de su pueblo, y que otro pudiera birlarle el trabajo?

Para alcanzar el éxito en la aventura llamada «espiritualidad», hay que estar resuelto a sacarle todo el jugo a la vida. La mayoría de la gente se contenta con bagatelas como la riqueza, la fama, el bienestar y la compañía humana.

Un hombre estaba tan enamorado de la fama que estaba dispuesto a ahorcarse si ello le hacía salir en grandes titulares.

¿Hay realmente alguna diferencia entre él y la mayoría de la gente de negocios y de los políticos? (Por no hablar de todos los demás, que tanta importancia le damos a la opinión pública).

* * * *

...porque falta lo único esencial.

Cuenta una antigua fábula india que había un ratón que estaba siempre angustiado, porque tenía miedo del gato.

Un mago se compadeció de él y lo convirtió... en un gato.

Pero entonces empezó a sentir miedo del perro. De modo que el mago lo convirtió en perro. Luego empezó a sentir miedo de la pantera, y el mago lo convirtió en pantera. Con lo cual comenzó a temer al cazador.

Llegado a este punto, el mago se dio por vencido y volvió a convertirlo en ratón, diciéndole: «Nada de lo que haga por ti va a servirte de ayuda, porque siempre tendrás el corazón de un ratón.»

* * * *

Un cura entró en la taberna y montó en cólera al encontrar allí a un montón de feligreses. Se puso a dar vueltas alrededor de ellos y les obligó a salir, conduciéndolos hasta la iglesia.

Una vez allí, les dijo solemnemente: «¡Todos los que quieran ir al cielo, que den un paso hacia la izquierda!»

Todos dieron el paso, excepto uno que se quedó tercamente en su sitio.

El cura le miró ferozmente y le dijo: «¿Tú no quieres ir al cielo?»

«No», respondió el otro.

«¿Pretendes quedarte ahí y decirme que no quieres ir al cielo cuando te mueras?»

«¡Por supuesto que quiero ir al cielo cuando me muera! Pensaba que había que ir ahora...»

Sólo estamos dispuestos a recorrer todo el camino...cuando no nos funcionen los frenos.

* * * *

Una monja budista llamada Ryonen, nacida en 1779, era nieta del célebre guerrero japonés Shingen y había sido tenida por una de las mujeres más hermosas del Japón y una poetisa de notable talento, hasta el punto de que a la temprana edad de diecisiete años fue elegida para servir en la corte imperial, donde llegó a cobrar un profundo afecto hacia su Alteza Imperial la Emperatriz. Pero ésta falleció de muerte repentina, y Ryonen sufrió una profunda experiencia espiritual que le hizo tomar una aguda conciencia de la naturaleza pasajera de todas las cosas. Fue entonces cuando se decidió a estudiar el Zen.

Pero su familia no quería ni oír hablar de ello, y prácticamente la obligaron a casarse, no sin antes haber obtenido de sus padres y de su futuro esposo la promesa de que quedaría libre para hacerse monja una vez que hubiera dado a luz a su tercer hijo. Lo cual ocurrió cuando ella contaba veinticinco años. Y entonces, ni las súplicas de su esposo ni ninguna otra cosa en el mundo pudieron disuadirla de hacer lo que había anhelado con toda su alma. De modo que se rapó la cabeza, tomó el nombre de Ryonen (que significa «comprender con claridad») e inició su búsqueda.

Llegada a la ciudad de Edo, pidió al Maestro Tetsugyu que la aceptara como discípula. Ella contempló unos instantes y la rechazó, porque era demasiado hermosa.

Entonces acudió a otro Maestro, Hakuo, el cual la rechazó por el mismo motivo: su hermosura -dijo- únicamente causaría inconvenientes. De modo que Ryonen desfiguró su rostro con un hierro al rojo vivo, destruyendo para siempre su belleza física. Cuando volvió a presentarse ante Hakuo, éste la aceptó como discípula.

Para conmemorar la ocasión, Ryonen escribió en la parte de atrás de un pequeño espejo un poema:

Como dama de mi Emperatriz,
quemé incienso
para perfumar mis hermosos ropajes.

Ahora, como pobre sin hogar,
quemo mi rostro
para entrar en el mundo del Zen.

Y cuando supo que le había llegado la hora de abandonar este mundo, escribió otro poema:

Sesenta y seis veces
han contemplado estos ojos
la belleza del otoño...
No pidas más.
Limitate a escuchar el rumor de los pinos
cuando el viento está en calma.

* * * *

Erase una vez un campo de concentración en el que vivía un prisionero que, a pesar de estar sentenciado a muerte, se sentía libre y carente de temor. Un día apareció en medio de la explanada tocando su guitarra, y una gran multitud se arremolinó en torno a él para escuchar, porque, bajo el hechizo de la música, los que le oían se veían, como él, libres del miedo. Cuando las autoridades de la prisión lo vieron, prohibieron al hombre volver a tocar.

Pero, al día siguiente, allí estaba él de nuevo, cantando y tocando su guitarra, rodeado de una multitud. Los guardianes se lo llevaron de allí sin contemplaciones y le cortaron los dedos.

Y una vez más, al día siguiente, se puso a cantar y a hacer la música que podía con sus muñones sanguinolentos. Y, esta vez, la gente aplaudía entusiasmada. Los guardianes volvieron a llevárselo a rastras y destrozaron su guitarra.

Al día siguiente, de nuevo estaba cantando con toda su alma. ¡Y qué forma tan pura y tan inspirada de cantar! La gente se puso a corear le y, mientras duró el cántico, sus corazones se hicieron tan puros como el suyo, y sus espíritus igualmente invencibles. Los guardianes estaban esta vez tan enojados que le arrancaron la lengua.

Sobre el campo de concentración cayó un espeso silencio, algo indefinible y como inmortal.

Y, para asombro de todos, al día siguiente estaba allí de nuevo, balanceándose y danzando a los sonos de una silenciosa música que sólo él podía oír. Y al poco tiempo, todo el mundo estaba alzando sus manos y danzando en torno a su sangrante y destrozada figura, mientras los guardianes estaban como inmovilizados y no salían de su estupor.

Sudha Chandran, una bailarina clásica de la India contemporánea, vio literalmente truncada su carrera en la flor de la vida, pues tuvieron que amputarle su pierna derecha. Pero, tras haberle adaptado una pierna artificial, retornó a la danza y, aunque parezca increíble, volvió a estar de nuevo en la cumbre. Cuando le preguntaron cómo lo había conseguido, ella respondió sencillamente: «No hacen falta pies para bailar.»

* * * *

Un avaro enterró su oro al pie de un árbol que se alzaba en su jardín. Todas las semanas lo desenterraba y lo contemplaba durante horas. Pero, un buen día, llegó un ladrón, desenterró el oro y se lo llevó. Cuando el avaro fue a contemplar su tesoro, todo lo que encontró fue un agujero vacío.

El hombre comenzó a dar alaridos de dolor, al punto que sus vecinos acudieron corriendo a averiguar lo que ocurría.

Y, cuando lo averiguaron, uno de ellos le preguntó: «¿Empleaba usted su oro en algo?»

«No», respondió el avaro. «Lo único que hacía era contemplarlo todas las semanas.»

«Bueno, entonces», dijo el vecino, «por el mismo precio puede usted seguir viniendo todas las semanas y contemplar el agujero.»

*No es nuestro dinero,
sino nuestra capacidad de disfrutar,
lo que nos hace ricos o pobres.
Afanarse por la riqueza
y no ser capaz de disfrutar
es lo mismo que estar calvo
y coleccionar peines.*

* * * *

Visitando un asilo, un periodista trataba de obtener de un hombre muy anciano una historia de interés humano.

«Oiga, abuelo», le dijo el joven periodista, «¿cómo se sentiría usted si de pronto recibiera una carta en la que le comunicaran que un pariente lejano le había dejado en herencia diez millones de dólares?»

«Mira, hijo», le dijo pausadamente el anciano, «yo seguiría teniendo noventa y cinco años, ¿no es así?»

* * * *

Una noche, dos mercaderes en joyas llegaron casi al mismo tiempo a un refugio de caravanas en el desierto.

Cada uno de ellos era absolutamente consciente de la presencia del otro y, mientras descargaban sus respectivos camellos, uno de ellos no pudo resistir la tentación de dejar caer al suelo, como por accidente, una enorme perla, la cual fue rodando hacia el otro, que con afectada cortesía la recogió y se la devolvió a su dueño diciendo:

«¡Hermosa perla la suya, sí señor! Grande y brillante como pocas...»

«Muy amable de su parte», dijo el otro. «Pero, de hecho, es una de las gemas más pequeñas de mi colección.»

Un beduino que estaba sentado junto al fuego y había observado la escena se levantó e invitó a ambos a cenar con él. y cuando empezaron a comer, les contó la siguiente historia:

«También yo, queridos amigos, fui en otro tiempo joyero como ustedes. Un día me sorprendió en el desierto una gran tormenta que nos arrastró a mí ya mi caravana de aquí para allá, hasta que, perdido todo contacto con mi séquito, quedé totalmente aislado y sin saber dónde estaba. Pasaron los días, y me entró verdadero pánico cuando caí en la cuenta de que estaba dando vueltas en círculo, sin saber en absoluto dónde me encontraba ni en qué dirección debía caminar. Entonces, prácticamente muerto de hambre, eché al suelo toda la carga que llevaba mi camello y me puse a rebuscar en ella por enésima vez. Imaginen la emoción que sentí cuando di con una bolsa que hasta entonces no había visto. Con dedos temblorosos, la abrí, esperando encontrar algo de comer. E imaginen también mi desilusión cuando descubrí que lo único que contenía eran perlas...»

* * * *

Un sufi de impresionante aspecto llegó a las puertas del palacio, y nadie se atrevió a detenerle mientras se dirigía resueltamente hacia el trono, sobre el que se sentaba el santo Ibrahim ben Adam.

«¿Qué es lo que deseas?», le preguntó el rey.

«Un lugar donde dormir en este refugio de caravanas.»

«Esto no es un refugio de caravanas. Es mi palacio.»

«¿Puedo saber quién lo ocupó antes que tú?»

«Mi padre, que en paz descanse.»

«¿Y antes de él?»

«Mi abuelo, también fallecido.»

«Y un lugar como éste, donde la gente se hospeda por un tiempo y luego se marcha... ¿dices que no es un refugio de caravanas?»

¡Todos estamos en la sala de espera!

* * * *

Un avaro había acumulado quinientos mil dinares y se las prometía muy felices pensando en el estupendo año que iba a pasar haciendo cábalas sobre el mejor modo de invertir su dinero. Pero, inesperadamente, se presentó el Angel de la Muerte para llevárselo consigo.

El hombre se puso a pedir ya suplicar, apelando a mil argumentos para que le fuera permitido vivir un poco más, pero el Angel se mostró inflexible. «¡Concédeme tres días de vida, y te daré la mitad de mi fortuna!», le suplicó el hombre. Pero el Angel no quiso ni oír hablar de ello y comenzó a tirar de él. «¡Concédeme al menos un día, te lo ruego, y podrás tener todo lo que he ahorrado con tanto sudor y esfuerzo!» Pero el Angel seguía impávido.

Lo único que consiguió obtener del Angel fueron unos breves instantes para escribir apresuradamente la siguiente nota: «A quien encuentre esta nota, quienquiera que sea: si tienes lo

suficiente para vivir, no malgastes tu vida acumulando fortunas. ¡Vive! ¡Mis quinientos mil dinares no me han servido para comprar ni una sola hora de vida!»

Cuando muere un millonario y la gente pregunta: «¿Cuánto habrá dejado?», la respuesta, naturalmente, es: «Todo.»

Aunque la respuesta también puede ser: «No ha dejado nada. Le ha sido arrebatado. »

* * * *

El místico indio Ramakrishna solía decir:

Dios se ríe en dos ocasiones. Se ríe cuando oye cómo un médico dice a una madre: «No temas. Yo curaré a tu hijo.» Entonces Dios se dice para sí: «Estoy pensando llevarme la vida del muchacho, y este individuo cree que puede salvarlo...!»

Y también se ríe cuando ve a dos hermanos repartirse las tierras trazando un lindero y diciendo: «Este lado me pertenece a mí, y el otro a ti.» Entonces Dios se dice para sí: «El universo entero me pertenece a mí, y éstos reclaman su propia parte...»

Cuando fueron a decirle a un hombre que su casa se la había llevado la riada, soltó una carcajada y dijo: «¡Imposible! ¡Precisamente tengo la llave de mi casa en el bolsillo!»

* * * *

Y dijo Buda:

«"Esta tierra es mía, y éstos son mis hijos"... son las palabras que dice el loco que no comprende que ni siquiera él mismo es suyo.»

*En realidad, nunca posees cosas.
Tan sólo las retienes durante un tiempo.
Si eres incapaz de desprenderte de ellas,
serás agarrado por ellas.*

*Todo cuanto atesoras
debes tenerlo en el hueco de tu mano
como si fuera agua.*

*Trata de apresarla
y desaparecerá.
Intenta apropiártela
y te manchará.*

*Déjala en libertad
y será tuya para siempre.*

* * * *

He aquí una historia que un Maestro contaba a sus discípulos para mostrarles lo dañoso que un simple e insignificante apego puede resultar para quienes han llegado a ser ricos en dones espirituales.

En cierta ocasión, un aldeano, montado en su asno, pasaba por delante de una cueva que había en la montaña, en el preciso momento en que la cueva, por arte de magia, y como ocurría muy raras veces, se abría para que entrara en ella quien quisiera enriquecerse con sus tesoros. El hombre se introdujo en la cueva y se encontró ante verdaderas montañas de joyas y piedras preciosas con las que se apresuró a llenar las alforjas de su asno, porque sabía que, según la leyenda, la cueva sólo permanecería abierta durante unos breves instantes, de modo que había que darse prisa para hacerse con el tesoro.

Una vez cargado el asno, el hombre salió de allí felicitándose por su buena suerte; pero, de pronto, recordó que se había dejado el bastón en la cueva. Entonces volvió sobre sus pasos y se introdujo otra vez en la cueva. Pero había llegado el momento en que la cueva debía cerrarse de nuevo, con lo que el hombre desapareció en su interior y nunca más se le volvió a ver.

Después de esperar su regreso durante casi dos años, los habitantes de la aldea vendieron el tesoro que habían encontrado a lomos del asno, convirtiéndose en los auténticos beneficiarios de la buena suerte del infortunado aldeano.

*Cuando el gorrión
hace su nido en el bosque,
no ocupa más que una rama.
Cuando el ciervo
apaga su sed en el río,
no bebe más que lo que le cabe en la panza.*

Nosotros acumulamos cosas porque tenemos el corazón vacío.

* * * *

Había un viejo Maestro Zen, de nombre Nonoko, que vivía solo en una cabaña al pie de una montaña. Una noche, mientras Nonoko se hallaba sentado y meditando, un extraño irrumpió en la cabaña y, blandiendo una espada, conminó a Nonoko a que le entregara todo su dinero. Pero Nonoko, sin interrumpir su meditación, le dijo: «Todo mi dinero está en una escudilla que se encuentra sobre aquel estante. Toma lo que necesites, pero déjame cinco yens, porque la semana que viene debo pagar mis impuestos.»

El extraño vació la escudilla y volvió a meter en ella cinco yens, como le había dicho el Maestro. Pero tomó también un hermoso jarrón que encontró en el estante.

«Trata ese jarrón con cuidado», le dijo Nonoko. «Puede romperse fácilmente.»

El extraño echó otra ojeada en torno a la pequeña y humilde estancia y se dispuso a marchar.

«No has dado las gracias», dijo Nonoko.

El hombre dio las gracias y salió.

Al día siguiente, toda la aldea estaba alborotada. Eran muchos los que afirmaban haber sido robados. Alguien advirtió la falta del jarrón en el estante de la cabaña de Nonoko y le preguntó si también él había sido víctima del ladrón. «No», dijo Nonoko. «Le di el jarrón y algo de dinero a un extraño. Me dio las gracias y se marchó. Era un tipo bastante amable, aunque un poco imprudente con la espada.»

* * * *

Un rico musulmán acudió a la mezquita después de una fiesta y, naturalmente, tuvo que quitarse sus elegantes y costosos zapatos y dejarlos a la entrada. Cuando, después de orar, salió afuera, los zapatos habían desaparecido.

«¡Qué descuidado soy!», se dijo para sí. «Al cometer la necedad de dejar aquí los zapatos, he dado ocasión a alguien para robarlos. Con gusto se los habría regalado. Pero ahora soy responsable de haber creado un ladrón.»

* * * *

Como buen filósofo que era, Sócrates creía que la persona sabia viviría instintivamente de manera frugal. El mismo ni siquiera llevaba zapatos; sin embargo, una y otra vez cedía al hechizo de la plaza del mercado y solía acudir allí a ver las mercancías que se exhibían.

Cuando un amigo le preguntó la razón, Sócrates le dijo: «Me encanta ir allí y descubrir sin cuántas cosas soy perfectamente feliz.»

La espiritualidad no consiste en saber lo que quieres, sino en comprender lo que no necesitas.

* * * *

*Ha habido personas
que han hecho la vida agradable
para sí y para los demás
con muy pocos medios.*

Había en el Japón un grupo de caballeros de cierta edad que solían reunirse a charlar ya beber té. Una de sus diversiones consistía en buscar costosas variedades de té y crear nuevas mezclas que deleitaran el paladar.

Cuando le llegó el turno de agasajar a los demás al miembro de más edad del grupo, hizo alarde del más exquisito ceremonial para servir un té cuyas hojas había extraído de una lata de oro. Todo el mundo se deshizo en elogios hacia el té y quisieron saber cómo había conseguido hacer tan excepcional mezcla.

El hombre sonrió y dijo: «Caballeros, ese té que han encontrado tan delicioso es el que beben los empleados de mi granja. Las mejores cosas de la vida no son costosas ni difíciles de encontrar.»

* * * *

El guru estaba meditando a la orilla del río cuando llegó junto a él un discípulo, se inclinó y depositó a sus pies dos enormes perlas como prenda de respeto y devoción.

El guru abrió sus ojos y tomó una de las perlas, pero con tan poco cuidado que se le escapó de la mano y fue rodando hasta caer al río.

Horrorizado, el discípulo se zambulló en el agua para recuperarla, pero, a pesar de bucear una y otra vez hasta que se hizo de noche, no consiguió dar con ella.

Al fin, completamente empapado y exhausto, sacó al guru de su meditación y le dijo: «Tú viste dónde cayó. Indícame el lugar exacto para que yo pueda recuperarla.»

El guru tomó la otra perla, la lanzó al río y dijo: «¡Justo allí!»

*No trates de poseer cosas,
porque las cosas en realidad no pueden ser poseídas.
Limitate a cerciorarte
de que no eres tú poseído por ellas,
y serás el soberano de la creación.*

* * * *

Cuando Buda entró en la capital del rey Pransanjit, el propio rey en persona salió a recibirlo. Había sido amigo del padre de Buda y había oído hablar del tremendo espíritu de renuncia del muchacho. De modo que intentó persuadir a Buda de que renunciara a su vida de mendigo errante y regresara al palacio, pensando que con ello estaba prestando un servicio a su viejo amigo.

Buda se quedó mirando a los ojos de Pransanjit y dijo:
«Respóndeme sinceramente: a pesar de toda tu aparente alegría, ¿te ha dado tu reino un solo día de felicidad?»

Pransanjit bajó su mirada y permaneció mudo.

No hay mayor alegría
que no tener motivo de tristeza;
no hay mayor riqueza
que contentarse con lo que uno tiene.

* * * *

Un mono y una hiena caminaban por el bosque cuando, de pronto, dijo la hiena: «Siempre que paso junto a aquellos arbustos, sale de ellos un león y me ataca, no sé por qué.»

«Esta vez voy a ir yo contigo», dijo el mono, «y me pondré de tu lado contra el león.»

De modo que se dirigieron juntos hacia los arbustos y, al llegar a ellos, saltó el león sobre la hiena y la atacó hasta casi dejarla muerta. Mientras tanto, el mono lo observaba todo desde un árbol al que se había encaramado en el momento en que apareció el león.

«¿Por qué no has hecho nada para ayudarme?», le recriminaría más tarde la hiena.

« Te reías tanto», respondió el mono, «que creía que ibas ganando.»

* * * *

El gran santo budista Nagarjuna solía andar cubierto únicamente con un taparrabos y, aunque parezca absurdo, llevaba también un platillo de oro que le había regalado el rey, el cual había sido su discípulo.

Una noche, estaba a punto de acostarse para dormir entre las ruinas de un antiguo monasterio cuando observó la presencia de un ladrón escondido detrás de una de las columnas. «Ven aquí y toma esto», dijo Nagarjuna mientras le ofrecía el platillo. «Así no me molestarás una vez que me haya dormido.»

El ladrón agarró con ansia el platillo y salió zumbando. Pero a la mañana siguiente regresó con el platillo... y con una petición: «Cuando anoche te desprendiste con tanta facilidad de este platillo, hiciste que me sintiera muy pobre. Enséñame a adquirir la riqueza que hace posible practicar tan fantástico desprendimiento.»

*Nadie puede quitarte
lo que nunca has hecho tuyo.*

* * * *

Uno de los seguidores de Junaid acudió a éste con una bolsa llena de monedas de oro.

«¿Tienes aún algunas monedas más de oro?», le pregunto Junaid.

«Sí, muchas más.»

«¿Y estás apegado a ellas?»

«Sí, lo estoy.»

«Entonces debes guardar también éstas, porque tu necesidad es mayor que la mía. Como yo no tengo ni deseo nada, soy mucho más rico que tú, ya ves...»

El corazón del instruido es como un espejo: no se apodera de nada ni rechaza nada; recibe, pero no guarda.

* * * *

En un terreno desocupado que lindaba con su casa, un cuáquero había puesto un cartel con la siguiente leyenda Este terreno le será dado a quienquiera que esté verdaderamente satisfecho.

Un acaudalado granjero que pasó por allí se detuvo a leer el cartel y se dijo: «Si nuestro amigo el cuáquero está dispuesto a entregar este terreno, también yo puedo reclamarlo antes de que lo haga otro. Soy rico y tengo cuanto necesito, de modo que cumplo el requisito exigido.»

Se acercó, pues, a la puerta de la casa, llamó y explicó el motivo de su presencia. «¿y estás verdaderamente satisfecho?», le preguntó el cuáquero.

«Naturalmente que sí: tengo todo cuanto necesito.»

«Amigo», le dijo el cuáquero, «si estás satisfecho, ¿para qué quieres ese terreno?»

*Mientras otros se afanan por las riquezas,
el instruido, contento con lo que tiene,
lo posee sin necesidad de afanarse.*

Al contentarse con poco, es tan rico como un rey. Incluso el rey es pobre cuando no le basta con su reino.

* * * *

Pirro, rey de Epiro, fue abordado por su amigo Cineas, el cual le preguntó: «Si conquistas Roma, ¿qué será lo siguiente que hagas?»

Pirro le respondió: «Sicilia es la siguiente puerta, y será fácil tomarla.»

«¿Y qué harás después de tomar Sicilia?»

«Entonces pasaremos a Africa y saquearemos Cartago.»

«¿Y después de Cartago?»

«Entonces le llegará el turno a Grecia.»

«¿Y cuál será, si me permites preguntarlo, el fruto de todas esas conquistas?»

«Una vez hechas todas esas conquistas», dijo Pirro, «podremos sentarnos y divertirnos.»

«¿Y no podemos», dijo Cineas, «divertirnos ahora?»

*Los pobres piensan que serán felices cuando sean ricos.
Los ricos piensan que serán felices cuando se hayan librado de sus úlceras.*

* * * *

Un hombre y su mujer viajaron hasta el otro extremo del país para visitar a unos amigos, los cuales les llevaron a presenciar unas carreras de caballos. Fascinados por el espectáculo de los caballos persiguiéndose mutuamente alrededor de una pista, estuvieron toda la tarde apostando, hasta que no les quedó más que un par de dólares.

Al día siguiente, el hombre convenció a su mujer para que le permitiera ir solo al hipódromo. En la primera carrera participaba un caballo cuya cotización era de cincuenta a uno. Apostó por él y ganó. En la siguiente carrera apostó por otro penco todo lo que había ganado, y volvió a ganar. Estuvo repitiendo la misma jugada toda la tarde y acabó ganando cincuenta y siete mil dólares. De regreso a casa, pasó por delante de un garito. Una voz interior, la misma que creía él que le había guiado en su elección de los caballos, pareció decirle: «Párate y entra ahí.» De modo que se paró, entró y se vio frente a una ruleta. La voz dijo: «Número trece.» El hombre puso sus cincuenta y siete mil dólares al número trece. Giró la ruleta, y el «croupier» anunció: «¡Número catorce!»

De modo que el hombre se fue andando a casa con los bolsillos vacíos. Al llegar, su mujer, que estaba en el porche, le preguntó: «¿Qué tal te ha ido?»

El marido se encogió de hombros y dijo: «He perdido los dos dólares.»

Bien pensado, nunca perderás más que eso, independientemente de lo que puedas perder.

* * * *

A Buda parecían dejarle impávido los insultos que le lanzaba aquel visitante. Cuando, más tarde, sus discípulos quisieron saber cuál era el secreto de su imperturbabilidad, él dijo:

«Imaginad lo que ocurriría si alguien os ofreciera algo y no lo tomarais: o si alguien os enviara una carta y os negarais a abrirla su contenido no os afectaría en lo más mínimo, ¿no es así? Pues haced lo mismo cuando os injurien, y no perderéis la calma»

La única clase de auténtica dignidad es la que no sufre menoscabo con la falta de respeto de los demás. Por mucho que escupas a las cataratas del Niágara, no lograrás reducir su grandeza.

* * * *

Dos residentes de una institución para sordomudos tuvieron una pelea. Cuando un empleado de la institución acudió a poner orden, comprobó que uno de ellos le estaba dando la espalda al otro y se partía de risa.

«¿Dónde está la gracia? ¿Por qué tu compañero parece estar tan enfadado?», le preguntó el empleado por señas.

Y hablando también por señas, le respondió el sordomudo: «Porque quiere echarme pestes, pero yo me niego a mirarlo.»

* * * *

Un día, Hasan de Basra se encontró con Rabi'a al Adawiya junto al río y, arrojando su estera al agua, se subió a ella y dijo: «Oh Rabi'a, vamos a rezar juntos.»

Y Rabi'a le dijo. «Oh Hasan, ¿por qué te comportas como un vendedor en el bazar de este mundo? Lo haces a causa de tu debilidad..»

Dicho lo cual, arrojó su estera al aire, se subió a ella volando y dijo: «Sube aquí, Hasan, para que la gente pueda vernos.»

Pero aquello era más de lo que Hasan podía hacer, de modo que se quedó en silencio. Queriendo ganarse su corazón, Rabi'a le dijo: «Oh Hasan, un pez puede hacer lo que tú has hecho, y una mosca puede hacer lo que he hecho yo. Lo verdaderamente esencial es superior a todo eso, y en ello es en lo que debemos ocuparnos.»

* * * *

En cierta ocasión, Buda se vio amenazado de muerte por un bandido llamado Angulimal.

«Sé bueno», le dijo Buda, «y ayúdame a cumplir mi último deseo. Corta una rama de ese árbol.»

Con un golpe de su espada, el bandido hizo lo que le pedía Buda. «¿y ahora, qué?», le preguntó a continuación.

«Ponla de nuevo en su sitio», dijo Buda.

El bandido soltó una carcajada: «¡Debes de estar loco si piensas que alguien puede hacer semejante cosa!»

«Al contrario», le dijo Buda. «Eres tú el loco al pensar que eres poderoso porque puedes herir y destruir. Eso es cosa de niños. El poderoso es el que sabe crear y curar.»

El ariete puede demoler un muro; lo que no puede es reparar la brecha.

* * * *

Un visitante de un manicomio vio cómo uno de los internos se balanceaba en una silla mientras, con aire tierno y satisfecho, repetía una y otra vez: «Lulú, Lulú..»

«¿Cuál es el problema de este hombre?», le preguntó al médico.

«Lulú. Es el nombre de la mujer que le dio calabazas», respondió el doctor.

Siguieron adelante y llegaron a una celda con las paredes acolchadas, cuyo ocupante no dejaba de golpear su cabeza contra la pared mientras gemía: «Lulú, Lulú...»

«¿También es Lulú el problema de este hombre?», preguntó el visitante.

«Sí», dijo el médico. «Este es el que acabó casándose con Lulú.»

Sólo hay dos desgracias en la vida: no conseguir lo que deseas y conseguir lo que deseas.

* * * *

Un joven ejecutivo empresarial telefoneó un día a su representante en el extranjero y anunció lacónicamente:

«Llamando para dar instrucciones. Esta llamada no durará más de tres minutos. Yo hablaré, y usted no deberá interrumpirme. Cualquier comentario o duda que tenga usted que exponer, deberá transmitírmelo más tarde por cable.»

Y, dicho esto, empezó a transmitir su mensaje. Pero lo hizo tan rápido que no agotó los tres minutos. «Tenemos aún veinte segundos», le dijo a su interlocutor. «¿Tiene usted algo que decir?»

«Sí», respondió el otro. «Ha hablado usted tan deprisa que no he podido comprender una sola palabra.»

Una buena manera de cubrir menos distancia en más tiempo consiste en ir más deprisa.

* * * *

Un joven se presentó ante el Maestro y le preguntó «¿Cuánto tiempo crees probable que puede llevarme el alcanzar la iluminación?»

«Diez años», le respondió el Maestro.

El joven quedó impresionado. «¿Tanto?», preguntó sin dar crédito a sus oídos.

Y el Maestro le dijo: «No, me he equivocado. Te llevará veinte años.»

«¿Por qué el doble?», preguntó el joven.

«Bien pensado», dijo el Maestro, «en tu caso probablemente sean treinta años.»

Algunas personas nunca aprenderán nada, porque lo comprenden todo demasiado pronto. Después de todo, la sabiduría no es una estación a la que se llega, sino una manera de viajar. Si viajas demasiado aprisa, no ves el paisaje.

Saber exactamente adónde va uno puede ser la mejor manera de extraviarse. No todos los que pierden el tiempo se extravían.

* * * *

Un predicador norteamericano preguntó al camarero de un restaurante de Pekín qué era la religión para los chinos.

El camarero le hizo salir a la terraza y le preguntó: «¿Qué es lo que ve usted desde aquí, señor?»

«Veo una calle y unas casas, gente que pasea y autobuses y taxis que circulan.»

«Y qué más?»

«Árboles.»

«¿Qué más?»

«Está soplando el viento...»

El chino extendió sus brazos y exclamó: «¡Eso es la religión, señor!»

*¡Lo buscas como quien busca la visión con los ojos abiertos!
Es tan evidente que es difícil verlo.*

* * * *

El discípulo: «¿Qué es el Tao?»

El Maestro: «Todo es Tao.»

El discípulo: «¿y cómo puedo obtenerlo?»

El Maestro: «Si tratas de obtenerlo, no lo encontrarás.»

Jamás es natural quien intenta ser natural; o quien intenta no intentarlo.

* * * *

Una anciana en la China estuvo manteniendo a un monje durante más de veinte años. Le construyó una pequeña cabaña y le dio de comer, mientras él empleaba todo su tiempo en meditar.

Al cabo de dicho tiempo, ella se preguntó qué progresos habría hecho aquel hombre. De modo que decidió someterle a prueba, para lo cual solicitó la ayuda de una muchacha que tenía fama de ser muy apasionada. «Ve a la cabaña», le dijo, «y abrázalo. Y luego dile: «¿Qué quieres que hagamos ahora?»»

La muchacha fue a ver al monje aquella noche y lo encontró meditando. Y, sin más preámbulos, comenzó a acariciarlo y le dijo: «¿Qué quieres que hagamos ahora?»

El monje montó en cólera ante tal impertinencia, empuñó una escoba y obligó a la muchacha a salir de la cabaña.

Cuando la muchacha le contó a la anciana lo que había ocurrido, ésta se indignó: «¡Pensar que le he dado de comer durante veinte años», exclamó, «y no ha sido capaz de mostrar la menor comprensión hacia tu necesidad ni intención alguna de llevarte al buen camino! ¡No necesitaba sucumbir a la pasión; pero, después de tantos años de oración, podía al menos haber ganado en compasión!»

* * * *

El devoto se arrodilló para ser iniciado en el discipulado, y el guru le susurró al oído el sagrado «mantra», advirtiéndole que no se lo revelara a nadie.

«¿Y qué ocurrirá si lo hago?», preguntó el devoto.

«Aquel a quien revelares el mantra», le dijo el guru, «quedará libre de la esclavitud de la ignorancia y el sufrimiento; pero tú quedarás excluido del discipulado y te condenarás.»

Tan pronto hubo escuchado aquellas palabras, el devoto salió corriendo hacia la plaza del mercado, congregó a una gran multitud en torno a él y repitió a voz en cuello el sagrado «mantra», para que lo oyeran todos.

Los discípulos se lo contaron más tarde al guru y pidieron que aquel individuo fuera expulsado del monasterio, por desobediente.

El guru sonrió y dijo: «No necesita nada de cuanto yo pueda enseñarle. Con su acción ha demostrado ser un guru con todas las de la ley.»

* * * *

Cuando Buda emprendió su búsqueda espiritual, se dedicó a practicar innumerables austeridades.

Un buen día acertaron a pasar dos músicos junto al árbol bajo el que estaba él sentado haciendo meditación. Y uno de ellos le decía al otro: «No tenses demasiado las cuerdas de tu cítara, o se romperán. No las dejes demasiado flojas, o no producirán música. Procura dar con el término medio.»

Aquellas palabras produjeron tal impacto en Buda que revolucionaron toda su manera de ver la espiritualidad.

Estaba convencido de que habían sido pronunciadas para él, y desde aquel instante renunció a todos sus rigores y emprendió un camino fácil y liviano: el de la moderación.

De hecho, su método de acceder a la iluminación se conoce con el nombre de “camino del medio”».

* * * *

Erase una vez un hombre muy austero que no ingería alimentos ni bebida mientras el sol no se hubiera ocultado.

Un buen día ocurrió algo que le pareció ser un signo de que el cielo aprobaba sus austeridades: en lo alto de una montaña cercana, una estrella singularmente brillante se dejaba ver a plena luz del día, aunque nadie sabía quién la había puesto allí.

El hombre decidió subir a la montaña, y una niña de la aldea insistió en acompañarle. El día era caluroso, y no tardaron ambos en sentir sed. El animó a la niña a que bebiera, pero ella le dijo que no lo haría si no bebía también él. El pobre hombre se vio en un dilema: aborrecía la idea de romper su ayuno, pero también detestaba ver a la niña padeciendo sed. Al fin, se decidió a beber, y la niña hizo lo mismo.

Durante un buen rato, no se atrevió a levantar la vista al cielo, porque temía que la estrella hubiera desaparecido.

Imagínese su sorpresa cuando, al decidirse por fin a mirar hacia arriba, vio que había dos estrellas resplandeciendo en lo alto de la montaña.

NATURALEZA HUMANA

Los seres humanos reaccionan no frente a la realidad, sino frente a las ideas que tienen en su mente...

Un grupo de turistas había quedado aislado en un lugar desértico y, como no tenían más víveres que unas latas de conserva cuyo plazo de caducidad ya había expirado, decidieron dárselos a probar antes a un perro, el cual pareció comerlos con gusto y no padecer ningún tipo de efectos.

Pero al día siguiente se enteraron de que el perro había muerto, y todo el mundo fue presa del pánico. Muchos comenzaron a vomitar ya quejarse de fiebre y disentería.

Consiguieron hacerse con los servicios de un médico para que tratara a las víctimas del envenenamiento. El médico quiso saber qué le había ocurrido exactamente al perro, para lo cual se hicieron las debidas pesquisas. Y un vecino del lugar, que lo había visto casualmente, dijo. «¡Ah!, ¿el perro? Anoche fue atropellado por un automóvil.»

* * * *

La Peste se dirigía a Damasco y pasó velozmente junto a la tienda del jefe de una caravana en el desierto.

«¿Adónde vas tan deprisa?», le preguntó el jefe.

«A Damasco. Pienso cobrarme un millar de vidas.»

De regreso de Damasco, la Peste pasó de nuevo junto a la caravana. Entonces le dijo el jefe: «¡Ya sé que te has cobrado 50.000 vidas, no el millar que me habías dicho!»

«No», le respondió la Peste. «Yo sólo me he cobrado mil vidas. El resto se las ha llevado el Miedo.»

* * * *

Lo que los seres humanos ven no es lo que hay, sino lo que les han enseñado a ver.

Tommy acababa de regresar de la playa.

«¿Había más niños bañándose?», le preguntó su madre.

«Sí», respondió Tommy.

«¿Niños o niñas?»

«¿y cómo quieres que lo sepa? No llevaban ropa.»

* * * *

La cultura y las circunstancias les hacen vivir una "existencia de ascensor».

La impaciente y arrogante viuda pulsó el botón de llamada del ascensor y se puso furiosa, porque éste no apareció al instante.

Cuando, al fin, lo hizo, le rugió al ascensorista: «¿Dónde demonios estaba usted?»

«Señora, ¿dónde quería usted que estuviera con un ascensor?»

* * * *

Los muros que les aprisionan son mentales, no reales.

Un oso recorría constantemente, arriba y abajo, los seis metros de largo de su jaula.

Cuando, al cabo de cinco años, quitaron la jaula, el oso siguió recorriendo arriba y abajo los mismos seis metros, como si aún estuviera en la jaula. Y lo estaba... para él.

* * * *

Dos hombres de andar vacilante esperaban impacientes, a última hora de la noche, en la estación de autobuses, mucho después de que éstos hubieran dejado de circular.

Debido a su intoxicación etílica, tardaron un par de horas en enterarse de que el último autobús había salido hacía ya mucho tiempo y al ver una serie de autobuses estacionados en el aparcamiento, decidieron «tomar prestado» uno de ellos para ir a casa.

Pero, para su decepción, no pudieron encontrar el autobús que buscaban. «¿Será posible?», dijo uno de ellos. «¡Entre los cien autobuses no hay ni uno solo de la línea 36!»

«¡No te preocupes!», le dijo el otro. «Nos llevamos un 22 hasta la última parada, y desde allí hacemos a pie los tres últimos kilómetros.»

* * * *

Lo que los seres humanos aman u odian no es la esencia de las cosas o de las personas, sino únicamente su aspecto.

Un muchacho había contraído lo que propiamente podría llamarse una «bocadillofobia». Cada vez que veía un bocadillo, se echaba a temblar y a gritar de miedo. Su madre estaba tan preocupada que llevó al chico a que lo viera un terapeuta, el cual le dijo: «Es una fobia fácil de eliminar. Llévase al muchacho a casa y oblíguele a ver, de principio a fin, cómo hace usted un bocadillo. Ello hará que se desvanezcan todas sus estúpidas ideas acerca de los bocadillos, y dejará de temblar y de chillar.»

Y eso fue exactamente lo que hizo la madre. Tomó en sus manos dos rebanadas de pan y le preguntó a su hijo. «¿Te da miedo esto?» "No», respondió el muchacho. Luego le mostró la mantequilla y le hizo la misma pregunta, y el muchacho volvió a dar la misma respuesta. A continuación le hizo ver cómo extendía la mantequilla sobre el pan y le mostró después unas hojas

de lechuga. Le volvió a preguntar si aquello le daba miedo, y él volvió a responder que no. Ella puso la lechuga encima del pan, tomó unas rodajas de tomate y repitió nuevamente la pregunta, obteniendo la misma respuesta. Puso el tomate encima de la lechuga y, después de comprobar que tampoco la loncha de jamón le producía miedo, puso ésta encima de las rodajas de tomate.

Entonces tomó con una mano la rebanada de pan con la lechuga, el tomate y el jamón, y con la otra mano tomó la otra rebanada; se lo mostró todo y vio que seguía sin sentir miedo. Pero en el momento en que lo juntó todo y formó el bocadillo, el muchacho empezó a gritar: «¡Bocadillo! ¡Bocadillo!», y se echó a temblar aterrorizado.

Un joven ciego de nacimiento se enamoró de una muchacha. Todo iba estupendamente, hasta que un amigo le dijo que la muchacha no era precisamente una belleza. Y en aquel instante perdió todo interés por ella. ¡Qué absurdo! La había estado «viendo» perfectamente. ¡El ciego era su amigo!

* * * *

Si te fijas en lo que se suele llamar «comportamiento libre y responsable», probablemente descubras que no se trata de una acción consciente, sino de un movimiento mecánico...

Se cuenta que, cuando ardió la Gran Biblioteca de Alejandría, sólo se salvó un libro. Un libro corriente y vulgar, sin ningún interés, que fue vendido por muy poco precio a un pobre hombre que apenas sabía leer.

Pero aquel libro, aparentemente carente de todo interés, probablemente era el libro más valioso del mundo, porque en la parte interior de su contracubierta alguien había escrito apresuradamente, con grandes letras redondas, una serie de frases que encerraban el secreto de la Piedra Filosofal (un minúsculo guijarro capaz de convertir en oro todo lo que tocaba).

Allí se afirmaba que aquella inestimable piedrecilla se hallaba en algún lugar de la ribera del Mar Negro, entre otros miles de pequeñas piedras exactamente iguales en todo, excepto en una cosa: mientras que todas las demás piedras eran frías al tacto, sólo aquella piedra estaba caliente, como si tuviera vida. El hombre que compró el libro se felicitó por su buena suerte, vendió todo cuanto poseía, pidió prestada una considerable suma de dinero para poder vivir todo un año y partió hacia el Mar Negro, donde plantó su tienda y emprendió la laboriosa tarea de buscar la Piedra Filosofal.

Y procedió del siguiente modo: tomaba una piedra del suelo; si estaba fría al tacto, no volvía a arrojarla en la orilla, porque, de haberlo hecho, podría tomar la misma piedra docenas de veces y sentir siempre su frío tacto: lo que hacía era arrojarla al mar. De manera que todos los días pasaba horas y más horas sin cejar en su paciente esfuerzo: tomaba una piedra, notaba que estaba fría y la arrojaba al mar: tomaba otra piedra... y así sucesiva e interminablemente.

Pasó una semana, un mes, diez meses, un año entero haciendo lo mismo. Entonces pidió prestado algo más de dinero y siguió con su tarea otros dos años. Una y otra vez, sin parar, tomaba una piedra, notaba que estaba fría y la arrojaba al mar. y así una hora tras otra, día tras día, semana tras semana... ¡y la Piedra Filosofal sin aparecer!

Una tarde recogió una piedra del suelo, y era caliente al tacto: y, debido a la fuerza de la costumbre... ¡la arrojó al Mar Negro!

* * * *

...y de reacciones programadas.

Un científico se había pasado diez años investigando la posibilidad de transformar el agua en petróleo. Estaba convencido de que todo lo que necesitaba para llevar a cabo la deseada transformación era una sola sustancia; pero, por más que lo intentó, la fórmula se le resistía.

Un día se enteró de que en las montañas del Tibet vivía un Lama que lo sabía todo y podía revelarle la fórmula que andaba buscando.

Pero tenía que cumplir tres condiciones: debería viajar hasta allí completamente solo, y el viaje era muy peligroso; debería ir a pie, y el viaje era largo y penoso; y, si conseguía llegar hasta el Lama, no podría hacerle más que una sola pregunta.

Le llevó una serie de largos y penosos meses cumplir las dos primeras condiciones. y cuando logró llegar a presencia del Lama, se llevó la sorpresa de su vida al comprobar que se trataba no de un anciano con barba y lleno de arrugas, sino de una joven y atractiva mujer, mucho más hermosa que cuanto él habría podido imaginar .

Ella le sonrió dulcemente y, con una voz que a él le pareció celestial, le dijo: «¡Enhorabuena, viajero! Has logrado llegar a esta verdadera fortaleza. Ahora dime. ¿cuál es tu pregunta?»

Y, para su propia sorpresa, el científico se oyó a sí mismo decir: "Señora, ¿puedo saber si está usted casada?»

* * * *

En lugar de tocar la realidad, responden a estereotipos...

En la cena de clausura de un congreso internacional, un delegado norteamericano se volvió hacia el delegado chino, que estaba sentado junto a él, señaló la sopa con el dedo y le preguntó con un cierto aire de superioridad: «¿Gustal sopa?» El chino asintió amable y ceremoniosamente.

Posteriormente, a lo largo de la cena, seguiría preguntándole: «¿Gustal pescado?», «¿gustal calne?», «gustal fluta?»... y la respuesta, invariablemente, consistía en un gesto de afable asentimiento.

Al final de la cena, el presidente del congreso presentó al conferenciante especialmente invitado para la ocasión, que no era otro sino el chino de marras, el cual pronunció un agudo e ingenioso discurso en un impecable inglés, para asombro de su compañero de mesa.

Finalizada la alocución, el conferenciante se dirigió al americano y, con una maliciosa sonrisa en sus ojos, le preguntó. «¿Gustal disculso?»

* * * *

...o a principios rígidos...

Dos cazadores se vieron mutuamente implicados en un pleito, Uno de ellos le preguntó a su abogado si no sería una buena idea enviarle al juez unas perdices. El abogado se mostró horrorizado: «Este juez se enorgullece de su incorruptibilidad», le dijo. «Un gesto como éste produciría justamente el efecto contrario del que usted pretende.»

Una vez concluido -y ganado- el proceso, el hombre invitó a su abogado a cenar y le agradeció el consejo referente a las perdices: «¿Sabe usted?», le dijo, «al final acabé enviando las perdices al juez... bajo el nombre de nuestro oponente.»

La indignación moral puede cegar tanto como la venalidad.

* * * *

...o a simples apariencias...

Una niña acompañó a su padre a la Casa Blanca a ver al Presidente Lincoln, de quien le habían dicho que no era precisamente un dechado de hermosura.

Lincoln sentó a la niña sobre sus rodillas y estuvo charlando con ella un buen rato, con su proverbial afabilidad y talante festivo. De pronto, la niña le gritó a su padre: «¡Papi, no es verdad que sea feo! ¡Es francamente guapo! »

* * * *

Un niño negro contemplaba extasiado al vendedor de globos en la feria, el cual era, evidentemente, un excelente vendedor: en un determinado momento, soltó un globo rojo, que se elevó por los aires, atrayendo a una multitud de posibles jóvenes clientes.

Luego soltó un globo azul, después uno amarillo, a continuación un globo blanco... Todos ellos remontaron el vuelo hacia el cielo hasta que desaparecieron. El niño negro, sin embargo, no dejaba de mirar un globo negro que el vendedor no soltaba en ningún momento. Finalmente, le preguntó: «Señor, si soltara usted el globo negro, ¿subiría tan alto como los demás?»

El vendedor sonrió comprensivamente al niño, soltó el cordel con que tenía sujeto el globo negro y, mientras éste se elevaba hacia lo alto, dijo: «No es el color lo que hace subir, hijo. Es lo que hay dentro.»

* * * *

...o a etiquetas...

Isaac Goldstein se encontró con un primo suyo en una calle de Nueva York.

«¿Qué es de tu vida ?», le preguntó.

«¿No te has enterado?», le preguntó a su vez su primo. «Soy socio de la firma Goldstein & Murphy.»

«¿Goldstein & Murphy? ¡Es verdaderamente fantástico este país: gentes de tan diferentes procedencias que se asocian para hacer negocios...! De todos modos, debo confesarte que me he llevado una sorpresa...»

«¿A eso lo llamas una sorpresa? Pues tengo para ti una sorpresa aún mayor: ¡yo soy Murphy!»

* * * *

Una delegación de trabajadores soviéticos visitaba una fábrica en Detroit. En un determinado momento, el jefe del grupo preguntó al capataz de la fábrica cuántas horas trabajaba a la semana un trabajador norteamericano.

«Cuarenta», respondió el capataz.

El soviético hizo un gesto de sorpresa y dijo: «En mi país, el trabajador medio hace unas sesenta horas a la semana»

«¿Sesenta horas?», exclamó el capataz. «¡Ni en sueños conseguiría usted que estos hombres trabajaran todo ese tiempo! ¡Son un hatajo de comunistas!»

* * * *

...aunque a veces, de todos modos...

Un hombre acudió a su párroco y le dijo: «Ayer murió mi perro, Padre, y querría ofrecer una misa por su eterno descanso.»

El párroco respondió escandalizado: «¡Nosotros no ofrecemos misas por los animales! Inténtelo en la iglesia de los protestantes que hay en la esquina. Es probable que ellos quieran rezar por su perro...»

«La verdad es que le tenía un enorme cariño», dijo el feligrés, «y me gustaría ofrecerle una despedida decente. Pero, claro, no sé lo que se acostumbra a dar en estos casos... ¿Cree usted que bastará con quinientos dólares?»

«¡Un momento!», dijo el párroco. «¡No me había dicho usted que su perro era católico!»

* * * *

Los seres humanos se enorgullecen de su capacidad de razonamiento...y luego tratan de demostrarlo de las más asombrosas maneras.

Un Gobernador, visitando la penitenciaría del estado, hablaba con un vagabundo que había solicitado el indulto.

«¿Qué es lo que tiene usted contra este lugar? Seguramente no ha disfrutado usted nunca de tantas

comodidades, ¿no es así?»

«Sí, señor», respondió el otro. «Pero, aun así, me gustaría salir de aquí.»

«¿Acaso no le dan bien de comer?»

«Por supuesto que sí, pero no se trata de eso.»

«Pues ¿de qué se trata?»

«Verá, señor, no tengo más que una objeción contra este lugar: la reputación que tiene en todo el estado.»

* * * *

En una pequeña ciudad, un periodista estaba haciendo una encuesta acerca de lo que la gente pensaba del alcalde

«Es un mentiroso y un tramposo», respondió el empleado de la gasolinera.

«Es un asno pomposo», contestó el maestro de la escuela.

«Jamás en mi vida he votado por él», declaró el farmacéutico.

«Es el político más corrupto que he visto en mi vida», dijo el barbero.

Cuando, finalmente, el periodista se encontró con el alcalde, le preguntó qué sueldo cobraba por su cargo.

«¡Cielos, si yo no recibo sueldo alguno!», le dijo el alcalde.

«Entonces, ¿por qué aceptó el cargo?»

«Por el honor que supone.»

* * * *

Un hombre apoyado en la barra del bar se volvió hacia un desconocido que se encontraba sentado junto a él y le dijo:

«Francamente, no lo entiendo. Sólo me hace falta una copa, una sola copa, para emborracharme.»

«¿De veras? ¿Una sola copa?»

«Una sola, de veras. Y, por lo general, es la octava.»

* * * *

En una calle de Las Vegas, un individuo se acercó a un tipo elegantemente vestido y le dijo:
«¿Podría usted dejarme veinticinco dólares, señor? Llevo dos días sin comer y no tengo dónde dormir.»

«¿y cómo sé que no se va a gastar el dinero en un casino?»

«¡Ah, eso sí que no!», le dijo el otro. «El dinero para jugar ya lo tengo reservado.»

* * * *

Una pareja se preguntaba cómo podría deshacerse de cinco preciosos cachorrillos que acababa de parir su perra.

El hombre recorrió en coche toda la ciudad tratando de regalarlos, pero nadie los quería.

Entonces acudieron a la emisora local para que anunciaran que estaban dispuestos a regalar unos cachorros con "pedigree». Pero fue inútil, a nadie parecía interesarle.

Al fin, un vecino les dio un valioso consejo. Regresaron a la emisora y anunciaron por la radio que vendían los cachorros a veinticinco dólares cada uno. Antes de que acabara el día habían vendido los cinco cachorros.

* * * *

Dos presuntos compradores andaban mirando los vehículos puestos a la venta en una exposición de coches usados. Se les acerca un dependiente y empieza a soltarles el pertinente rollo; entonces uno de ellos le enseña una cartulina donde dice: «Lo sentimos, pero somos sordomudos».

El dependiente saca una libreta y les explica por escrito las innumerables ventajas de cualquier coche por el que ellos manifiestan tener algún interés. Finalmente, se deciden por un pequeño y bien conservado Volkswagen.

Se suben a él para probarlo, dan una vuelta a la manzana y parecen tan complacidos que se diría que la venta ya está hecha. Pero, al regresar junto al vendedor, ambos menean la cabeza con énfasis dando a entender que no les convence.

El vendedor escribe a toda prisa en la libreta: «¿Por qué? ¿Qué es lo que no les gusta?»

Uno de ellos toma la libreta y escribe: «¡No tiene radio!»

* * * *

Al regresar un hombre a su aldea natal por primera vez en muchos años, uno de los vecinos le dijo.
«Supongo que sabrás que el viejo Smith perdió su granja...»

«No, no lo sabía. ¿Qué sucedió?»

«Pues resulta que un día se le metió en la cabeza la idea de que la cerca de su vecino estaba dos metros dentro de sus tierras. Se obsesionó con el asunto y acabó yendo a un abogado y le dijo que pensaba que aquello era una usurpación. Sueno, pues el abogado pensó lo mismo.»

Dice Voltaire: "Sólo me he arruinado en dos ocasiones: la primera, una vez que perdí un pleito; la segunda, una vez que gané otro pleito. »

* * * *

Es verdaderamente asombroso ver cómo los seres humanos emplean su imaginación.

«Si alguna vez vuelves a casarte o te buscas una amante después de que yo haya muerto, volveré y te amargaré la existencia», le dijo a su marido una mujer agonizante.

De modo que cuando, unos meses después de que falleciera su mujer, se enamoró de otra, le horrorizó, aunque no le sorprendió, comprobar que el espíritu de la difunta entraba aquella noche en la casa y le reprochaba amargamente su infidelidad.

Aquello se repitió noche tras noche. hasta que, no pudiendo soportarlo más, fue a consultar con un Maestro Zen, el cual le dijo. «Qué es lo que te hace pensar que se trata de un espíritu ?»

«El hecho de que sabe perfectamente y es capaz de describirme la más mínima cosa que yo haya podido decir, hacer, pensar o sentir.»

El Maestro le entregó una bolsa llena de granos de soja y le dijo: «Asegúrate de que nadie abre esta bolsa y, cuando ella se te aparezca esta noche, pregúntale cuántos granos de soja contiene la bolsa.»

Cuando, aquella noche, el hombre le hizo la pregunta al espíritu, éste salió huyendo y nunca más volvió. «¿Por qué?», le preguntaría más tarde al Maestro.

El Maestro sonrió y dijo: «¿No te parece extraño que tu famoso espíritu supiera únicamente lo que tú sabías?»

* * * *

En la vieja Rusia, un hombre llevó consigo a su mujer al bosque, se suponía que para cazar lobos. Pero, cuando llegaron los lobos, él salió huyendo y abandonó a su mujer. A la mañana siguiente puso una corona mortuoria en la puerta de su casa y se vistió de luto...,aunque no por mucho tiempo, porque tenía una amante con la que se casó seis meses después.

La noche de bodas se le apareció su primera mujer gritando: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!» y , para su asombro, comprobó que su nueva mujer no había visto ni oído nada. La primera mujer regresaba todas las noches pidiendo socorro, hasta que el hombre no pudo soportarlo. Una noche tomó su escopeta y echó a correr detrás de su ex-mujer con intención de matarla por segunda vez. Ella se metió en el bosque, y él la siguió, pero tropezó y perdió la escopeta. En aquel momento aparecieron los lobos, se le echaron encima y pusieron fin a su vida.

* * * *

...y sus emociones...

En un vagón-restaurante, un pasajero estaba encargando la cena al camarero. «De postre», dijo, «tomaré pastelillos y helado».

El camarero le dijo que no tenían pastelillos. El hombre explotó: «¿Cómo dice? ¿Que no tienen pastelillos? ¡Es absurdo! Soy uno de los mejores clientes de este ferrocarril. Todos los años organizo viajes para millares de turistas y envío cientos de toneladas de mercancías... y cuando a mí personalmente se me ocurre viajar en el tren, ¡resulta que no puedo conseguir algo tan simple como unos pastelillos! ¡Me va a oír el presidente de la compañía!»

El «chef», que lo había oído, llamó aparte al camarero y le dijo: «Podemos conseguirle pastelillos en la próxima parada.»

Y, justo después de la mencionada parada, el camarero se acercó al enojado caballero y le dijo: «Me satisface informarle, señor, de que nuestro «chef" ha preparado estos pastelillos especialmente para usted y espera que le gusten. Además, nos gustaría invitarle a una copa de este brandy de setenta y cinco años. Es obsequio de la casa.»

El pasajero arrojó su servilleta encima de la mesa, levantó un puño y gritó: «¡Al diablo con los pastelillos! ¡Prefiero estar furioso!»

...(¡qué vacías estarían nuestras vidas si no tuviéramos de qué ofendernos)...

* * * *

Aquel hombre era un cliente habitual, y la dirección hacía todo lo posible por complacerle. Por eso, cuando un día se quejó de que sólo le habían dado una rebanada de pan con la comida, el camarero se apresuró a llevarle otras cuatro.

«Está bien», dijo, «pero no crea que es suficiente. Me gusta el pan, y me gusta en cantidad.»

De modo que la siguiente noche que fue a cenar le dieron una docena de rebanadas. «No está mal», dijo, «pero sigue usted mostrándose un tanto frugal, ¿no cree?»

Ni siquiera una cesta llena de pan consiguió, la noche siguiente, acallar sus quejas.

De modo que el dueño decidió darle una lección. Encargó especialmente para él una gigantesca rebanada de pan de dos metros de largo por uno de ancho, y él mismo en persona, con la ayuda de dos camareros, se la llevó, la puso sobre una mesa supletoria y esperó su reacción.

El hombre, tras mirar con verdadera furia la gigantesca rebanada, se encaró con el dueño y le dijo: «¡Así que volvemos a las andadas!, ¿eh? ¡Una sola rebanada!»

...(encender una vela es bueno, pero maldecir de la oscuridad es divertido)...

* * * *

Un ex-convicto de un campo de concentración nazi fue a visitar a un amigo que había compartido con él tan penosa experiencia.

«¿Has olvidado ya a los nazis?», le preguntó a su amigo.

«Sí.»

«Pues yo no. Aún sigo odiándolos con toda mi alma.»

«Entonces», le dijo apaciblemente su amigo, «aún siguen teniéndote prisionero.»

...(nuestros enemigos no son los que nos odian, sino aquellos a quienes nosotros odiamos).

* * * *

...y qué orgullosos se sienten, en general por motivos equivocados...

Los amigos del compositor George Gershwin trataban de hacer entender al padre de éste que la "Rhapsody in Blue" era la obra de un auténtico genio.

«Por supuesto que sí», dijo el anciano. «Según creo, dura quince minutos, ¿no es así?»

* * * *

...de sus propios logros.

En un lugar del trópico, un misionero decidió impresionar a sus feligreses llevando consigo a algunos de ellos a dar una vuelta en un avión. El aparato voló por encima de las aldeas, las colinas, los bosques y los ríos de la región de vez en cuando, los pasajeros miraban por la ventanilla, pero en general no parecían estar demasiado impresionados.

De regreso a tierra, descendieron todos del avión sin hacer el más mínimo comentario. El misionero, ansioso de obtener alguna reacción, exclamó: «¿No ha sido maravilloso? ¡Es fantástico lo que los seres humanos pueden conseguir! «Hemos estado allá arriba, en el cielo, por encima de las casas, de los árboles y de las montañas, contemplando la tierra!»

El grupo escuchaba impasible. Al fin, el cabecilla del mismo dijo: «También los insectos lo hacen.»

«y, lo que es aún más, ¡son felices!»

Después de varios miles de años, hemos avanzado tanto que por las noches cerramos a cal y canto puertas y ventanas, mientras los «nativos», menos avanzados, duermen en sus chozas totalmente abiertas.

* * * *

«¡Cuánto Lo siento!», dijo el psicólogo a su paciente, «Yo puedo ayudarle a cambiar su comportamiento, pero la Naturaleza se toma su tiempo y sigue su propio ritmo...»

El capitán de un submarino, con el fin de probar la eficacia del personal de la sala de máquinas, dio la orden de avanzar a la máxima velocidad, y luego mandó de pronto efectuar una parada de emergencia. Sus órdenes fueron obedecidas al instante.

Se encendió el sistema de megafonía y se oyó su voz. «Les habla el capitán. Mi enhorabuena a la sala de máquinas Han detenido el barco en 55,05 segundos exactamente.»

Casi inmediatamente después sonó estentórea otra voz: «Les habla el cocinero. El barco se habrá detenido, pero los filetes con patatas se han ido a hacer puñetas. ¡Esta noche, cena fría para todos!»

* * * *

...Además, en realidad no puedo resolver su problema...

El principal ejecutivo de una gran compañía estaba verdaderamente admirado de su propia salud y de sus energías. Sin embargo, padecía una embarazosa debilidad: siempre que entraba en el despacho del presidente para presentarle su informe semanal, ¡se mojaba los pantalones!

El presidente, un tipo bastante comprensivo, le aconsejó que fuera a ver a un especialista. Cuando, a la semana siguiente, se presentó de nuevo en el despacho del presidente, se volvió a mojar los pantalones. «¿No fue usted a ver al especialista?", le preguntó.

«Sí, pero no estaba. Entonces fui a ver a un psicólogo, y estoy curado: ¡ya no me siento violento!»

* * * *

...Tan sólo puedo cambiarlo por otro...

Poco después de concluida la Segunda Guerra Mundial, un conductor de autobús londinense observó la presencia de un pasajero que llevaba un enorme paquete sobre sus rodillas.

«¿Qué lleva usted ahí?», le preguntó.

«Una bomba sin explotar que cayó cerca de mi casa. La llevo a la comisaría.»

«¡Santo Dios! ¡No debería llevar algo así sobre sus rodillas! ¡Será mejor que lo ponga debajo del asiento!»

(La solución a un problema cambia el problema).

* * * *

...o agravar el que usted tiene.»

El psicólogo a su paciente: «De manera que llevo diez años tratándole a usted de un complejo de culpabilidad, ¿y todavía se siente usted culpable por semejante tontería? ¡Debería usted avergonzarse de sí mismo!»

* * * *

Un individuo acudió al psiquiatra, el cual le diagnosticó que padecía de adicción al trabajo. Y el tipo tuvo que buscar un segundo empleo para poder pagar la terapia.

* * * *

Dos niños se encuentran en la calle.

«¿Cuántos años tienes?»

«Cinco. ¿y tú?»

«No lo sé.»

«¿No sabes cuántos años tienes?»

«No.»

«¿Te preocupan las mujeres?»

«No.»

«Tienes cuatro años.»

* * * *

Un periodista recibió el encargo de recabar la opinión del hombre de la calle acerca de la mujer moderna. La primera persona a la que abordó era un hombre que acababa de cumplir ciento tres años.

«Me temo, hijo, que no voy a serle de mucha ayuda», le dijo apesadumbrado el anciano. «¡Dejé de pensar en las mujeres hace casi dos años!»

* * * *

RELACIONES

El diálogo es el alma de toda relación. Desgraciadamente, los obstáculos al diálogo son muchos, pero son pocos los que los superan.

Habríamos dado un gran paso si, ante todo, habláramos menos y escucháramos más....

El Presidente Theodore Roosevelt sentía verdadera pasión por la caza mayor y, cuando supo que un famoso cazador inglés estaba en los Estados Unidos, le invitó a la Casa Blanca con la esperanza de que le revelara algunos de sus secretos cinegéticos.

Tras permanecer reunidos ellos dos solos durante dos horas, sin que nadie les molestara, el inglés salió un tanto aturdido.

«¿Qué le ha dicho usted al Presidente?», le preguntó un periodista.

«Le he dicho mi nombre», respondió el visitante, completamente exhausto.

* * * *

Cuando Calvin Coolidge era Presidente de los Estados Unidos, tenía que ver cada día a docenas de personas, la mayoría de las cuales le presentaban quejas de uno u otro tipo.

Un día, una de esas personas, concretamente un Gobernador, le dijo al Presidente que no comprendía cómo era capaz de entrevistarse con tantas personas en el espacio de unas pocas horas.

«Usted», le decía el Gobernador, «ha despachado a todos sus visitantes cuando llega la hora de cenar, mientras que a mí me suelen dar las tantas en mi despacho...»

«Sí», le dijo Coolidge. «Eso le pasa porque usted habla»

* * * *

...nos abstuviéramos de pretender saber de antemano de qué está hablando el otro...

Un muchacho de catorce años dijo durante la cena que le habían escogido para explicar la lección a sus compañeros de clase al día siguiente. Su padre, que era un experto en métodos de instrucción militar, aprovechó la ocasión para hacer que su hijo se beneficiara de su propia preparación y experiencia.

«Te diré cómo procedemos en el ejército, hijo», empezó diciendo. «Ante todo, nosotros escogemos los objetivos en función de la acción, la situación y el nivel de realización. Ahora bien, has de decidir de antemano qué ACCION pretendes que realicen tus alumnos, en qué SITUACION quieres que la realicen y, finalmente, con qué PERFECCION deseas que la realicen. Recuerda siempre que toda educación debe estar orientada a la realización, realización y realización.»

El muchacho no parecía estar muy impresionado. Lo único que dijo fue. «No funcionará, papá.»

«¡Por supuesto que sí! ¡Siempre funcional ¿Por qué no va a funcionar?»

«Porque tengo que dar una clase sobre sexualidad», dijo el muchacho.

...y qué es lo que el otro desea...

* * * *

Había dos camiones pegados el uno al otro por su parte trasera, y un camionero, con un pie en cada camión, intentaba denodadamente mover un enorme cajón.

Pasó por allí otro individuo que, al ver la apurada situación del camionero, se ofreció voluntariamente a ayudarlo. Al cabo de más de media hora de inútiles esfuerzos, ambos estaban sudorosos y de un humor de mil demonios.

«Me temo que es inútil», dijo el voluntario sin resuello. «¡Nunca conseguiremos sacarlo de este maldito camión!»

«¿Sacarlo?», bramó el camionero. «¡Santo Dios! ¡Yo no quiero sacarlo! ¡Quiero echarlo más adentro!»

* * * *

...y no reaccionáramos en función de lo que suponemos que el otro ha dicho...

El borracho del pueblo, con un periódico en la mano, se acercó tambaleando al cura y le saludó con toda cortesía.

El cura, un tanto molesto, ignoró su saludo, porque el tipo venía bastante «colocado»

Pero se había acercado a él con un propósito: «Usted perdone, padre», le dijo, «¿podría usted decirme qué es lo que produce la artritis?» El cura hizo como que no le oía.

Pero cuando el otro repitió la pregunta, el cura se volvió enojado hacia él y le gritó: «¡La bebida produce la artritis! ¡El juego produce la artritis! ¡El ir detrás de las mujeres produce la artritis! ¡Todo eso produce la artritis...! », y sólo después de unos instantes, ya demasiado tarde, le inquirió: «¿Por qué me lo preguntas?»

«Porque aquí, en el periódico, dice que es eso lo que padece el Papa.»

* * * *

...ni diéramos por supuesto que sabemos de lo que el otro está hablando...

El dueño de un almacén oyó cómo uno de sus dependientes le decía a una clienta: «No, señora, ya hace bastantes semanas que no la tenemos, y no parece que vayamos a tenerla en unos cuantos días...»

Horrorizado por lo que había oído, el dueño se precipitó hacia la clienta cuando ésta se disponía a salir, y le dijo «Disculpe usted al dependiente, señora. Por supuesto que la tendremos muy pronto. De hecho, hemos cursado un pedido hace un par de semanas...»

Luego se llevó aparte al dependiente y le regañó: «¡Nunca jamás se le ocurra decir que no tenemos algo! ¡Si no lo tenemos, diga que lo hemos pedido y que lo estamos esperando! y ahora dígame: ¿qué es lo que quería esa señora?»

«Lluvia», respondió el dependiente.

* * * *

...ni diéramos nuestra propia interpretación a las palabras del otro...

Un periodista estaba entrevistando a una señora que acababa de cumplir cien años. Ella parecía ser una persona extraordinariamente vivaz, encantada de recordar su pasado. Había conocido la época de las diligencias y la de los aviones supersónicos, y parecía dispuesta a describir toda su vida.

Cuando la entrevista hubo terminado, todavía parecía deseosa de seguir hablando, de modo que el periodista le hizo a bote pronto una pregunta para que la conversación no cesara: «¿Ha estado usted alguna vez en cama?»

«¡Oh, querido, claro que sí!», dijo ella ligeramente ruborizada, «docenas de veces. ¡E incluso dos veces en un pajar!»

* * * *

...Pero, por desgracia, frecuentemente ni siquiera oímos lo que el otro está diciendo...

Una pareja celebraba sus bodas de oro, y estuvieron todo el día de fiesta, celebrándolo con cantidad de familiares y amigos que acudieron a felicitarles. Por eso se sintieron aliviados cuando, al anochecer, pudieron quedarse solos en el porche contemplando la puesta del sol y descansando del ajetreo de todo el día.

En un determinado momento, el anciano se quedó mirando afectuosamente a su mujer y le dijo: «Querida, estoy orgulloso de ti.»

«¿Qué has dicho?», preguntó la anciana. «Ya sabes que soy un poco dura de oído. Habla más alto.»

«¡Estoy orgulloso de ti!»

«Me parece muy lógico», dijo ella con un gesto despectivo. «También yo estoy harta de ti.»

La perfecta escucha consiste en escuchar no tanto a los demás cuanto a uno mismo. La perfecta visión consiste en mirar no tanto a los demás cuanto a uno mismo.

Porque nunca comprenderán a los demás quienes no se han escuchado a sí mismos; ni podrán ver la realidad de los demás quienes no se han explorado a sí mismos. El perfecto oyente te escucha aunque no digas nada.

La mujer al marido, absorto en el periódico: «No necesitas tomarte la molestia de seguir gruñendo. "sí, querida", "no, querida". Hace diez minutos que he dejado de hablar»

* * * *

...y casi nunca hablamos acerca de lo mismo..

«Querido», dijo la mujer, «siento verdadera vergüenza de cómo vivimos. Mi padre nos paga la renta de la casa; mi hermano nos manda comida y dinero para ropa; mi tío nos paga las facturas del agua y de la luz; y nuestros amigos nos regalan entradas para el teatro. La verdad es que no me quejo, pero sí creo que podríamos hacerlo mejor..»

«Naturalmente que podemos», dijo el marido. «Precisamente llevo unos días pensando en ello. tienes un hermano y dos tíos que no nos dan ni un céntimo.»

...¿o sí?

* * * *

La mujer de Nasrudin deseaba tener un animal doméstico que le hiciera compañía, de modo que se compró un mono.

A Nasrudin no le gustó demasiado. «¿Qué le vas a dar de comer?», preguntó.

«Exactamente lo mismo que comamos nosotros», respondió la mujer.

«¿y dónde va a dormir?»

«Con nosotros, en nuestra misma cama.»

«¿Con nosotros? ¿y qué pasa con el olor?»

«Si yo puedo soportarlo, supongo que el mono también podrá.»

* * * *

La forma más segura de acabar con una relación insistir en que las cosas se hagan a nuestro modo.

Johnny, un fuerte y robusto niño de tres años, hizo amistad con una enorme cabra llamada «Silly» que vivía en la casa de aliado. Todas las mañanas, Johnny recogía hierba y lechugas y se las daba a Silly para desayunar. Su amistad llegó a ser tan profunda que Johnny se pasaba las horas muertas en la agradable compañía de Silly.

Un día se le ocurrió a Johnny que un cambio de dieta le vendría bien a Silly. De modo que decidió llevarle berros, en lugar de lechuga. Silly mordisqueó los berros, decidió que no los quería y mostró ostensiblemente su rechazo.

Johnny agarró entonces a Silly por uno de los cuernos y trató de obligarle a comer los berros. Silly se defendía embistiendo a Johnny, primero suavemente, y luego, ante la insistencia del niño, con tremenda energía, hasta el punto de que Johnny dio un traspié y cayó hacia atrás, golpeándose fuertemente en la espalda.

Johnny se sintió tan ofendido que, tras sacudirse la ropa, lanzó una feroz mirada a Silly y se largó, para nunca más volver. Algunos días más tarde, cuando su padre le preguntó por qué no pasaba ya a la casa de al lado para estar con Silly, Johnny respondió. «Porque me ha rechazado.»

* * * *

Con demasiada frecuencia, vemos a las personas no como ellas son, sino como somos nosotros.

Una joven y activa mujer manifestaba unos inequívocos síntomas de «stress» y de excesiva tensión. El médico le recetó unos tranquilizantes y le dijo que volviera al cabo de dos semanas.

Cuando volvió, el médico le preguntó si había experimentado algún cambio. y ella respondió: «No, ninguno. Pero sí he observado que los demás parecen bastante más relajados.»

* * * *

Una mujer se quejaba ante una amiga que había ido a verla de lo desaliñada y poco cuidadosa que era una vecina suya. «¡Tendrías que ver cómo lleva de sucios a los niños... y cómo tiene la casa! Es una auténtica desgracia tener que vivir con semejante vecindario... Echa una mirada a la ropa que tiene tendida en el patio: fijate en las manchas negras que tienen esas sábanas y esas toallas.»

La amiga se acercó a la ventana, miró hacia fuera y dijo «A mí me parece que esa ropa está perfectamente limpia, querida. Lo que tiene manchas son tus cristales.»

* * * *

Una mujer recibía clases de canto, y tenía una voz tan chillona y desapacible que un vecino, no pudiendo soportarlo más, consiguió armarse de valor, llamó a su puerta y, cuando ella salió, le dijo: «¡Señora, si no deja usted de cantar, creo que voy a volverme loco!»

«¿De qué está usted hablando?», dijo la mujer. «¡Dejé de cantar hace dos horas!»

¡Cuánto lo siento! No eres tú con quien me relaciono, sino con una imagen que tengo en mi mente.

* * * *

Samuel estaba muy triste, y no era para menos: su casero le había mandado dejar el piso, y no tenía adónde ir. De pronto se le ocurrió. ¡podría vivir con su buen amigo Moisés! La idea le proporcionó a Samuel un gran consuelo, hasta que le asaltó otro pensamiento: «¿Qué te hace estar tan seguro de que Moisés te va a dar cobijo en su casa?» «¿y por qué no?», se respondió el propio Samuel indignado. «A fin de cuentas, fui yo quien le proporcionó la casa en la que ahora vive, y fui también yo quien le adelantó el dinero para pagar la renta de los primeros seis meses. Lo menos que puede hacer es darme alojamiento durante una o dos semanas, mientras estoy en apuros...»

Y así quedó la cosa hasta que, después de cenar, le asaltó de nuevo la duda: «Suponte que se negara...» «¿Negarse?», se respondió él mismo. «¿y por qué, si puede saberse, habría de negarse?»

Ese hombre me debe todo cuanto tiene: fui yo quien le proporcionó el trabajo que ahora tiene; y fui yo quien le presentó a su encantadora mujer, que le ha dado esos tres hijos de los que él se siente tan orgulloso. ¿y ese hombre va a negarme una habitación durante una semana? ¡Imposible!»

Y así quedó de nuevo la cosa hasta que, una vez en la cama, comprobó que no podía dormir, porque nuevamente le entró la duda: "Pero suponte -no es más que una suposición- que él llegara a negarse. ¿Qué pasaría?» Aquello fue ya demasiado para Samuel: «Pero ¿cómo demonios va a poder negarse?», se gritó a sí mismo, casi fuera de sí. "Si ese hombre está vivo, es gracias a mí. Yo lo salvé de morir ahogado cuando era un niño. ¿y va a ser ahora tan desagradecido como para dejarme en la calle en pleno invierno?»

Pero la duda seguía carcomiéndole: «Suponte...» El pobre Samuel se debatió mientras pudo. Finalmente, hacia las dos de la mañana, saltó de la cama, se fue a casa de Moisés y se puso a tocar insistentemente el timbre, hasta que Moisés, medio dormido, abrió la puerta y exclamó asombrado: «¡Samuel! ¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí a estas horas de la noche?» Pero para entonces estaba Samuel tan enojado que no pudo impedir gritar: «¡Te diré lo que hago aquí a estas horas de la noche! ¡Si piensas que voy a pedirte que me admitas en tu casa ni siquiera un solo día, estás muy equivocado! ¡No quiero tener nada que ver contigo, ni con tu casa, ni con tu mujer, ni con tu condenada familia! ¡A la mierda todos vosotros!» Y, dicho esto, dio media vuelta, pegó un portazo y se marchó.

* * * *

La mayoría de las veces vemos a los demás con los anteojos de nuestras ideas preconcebidas.

El jefe: «Parece usted exhausta. ¿Qué le ha sucedido?»

La secretaria: «Bueno... No, será mejor que no se lo diga. No me creería usted...»

«¡Por supuesto que la creeré!»

«No, usted no me creería. Sé que no podría creerme...»

«Le aseguro que la voy a creer. ¡Se lo prometo!»

«En fin, se lo diré: hoy he trabajado demasiado.»

«¡No lo creo!»

* * * *

Un amigo le pidió a Nasrudin que le prestara una suma de dinero. Nasrudin estaba convencido de que el otro no se lo devolvería, pero, como no quería ofender a su amigo, y además se trataba de una pequeña suma, accedió a hacerle el préstamo. Y, para su sorpresa, justamente una semana después de prestárselo, el amigo le devolvió el dinero.

Un mes más tarde, volvió a pedirle prestado, aunque esta vez se trataba de una suma algo mayor. Nasrudin se negó en redondo y, cuando el otro le preguntó el porqué, le dijo.

«La otra vez no esperaba que me devolvieras el dinero, y me lo devolviste; esta vez espero que me lo devuelvas, y no voy a permitir que me engañes de nuevo.»

* * * *

La mayoría de las veces, los defectos que vemos en los demás son nuestros propios defectos.

«Perdone, señor», dijo un tímido estudiante, «pero no he sido capaz de descifrar lo que me escribió usted al margen en mi último examen...»

«Le decía que escribiera usted de un modo más legible», le replicó el profesor.

* * * *

«Querido», le dijo una mujer a su marido durante una fiesta, «sería mejor que no bebieras más. Ya estás empezando a parecer borroso.»

* * * *

Es verdaderamente infrecuente una relación en la que no se cultive la amistad del otro por lo que puede uno obtener de él.

«He oído que has roto con Tom. ¿Qué ha ocurrido?»

«Sencillamente, que mis sentimientos hacia él han cambiado. Eso es lo que ha ocurrido.»

«¿Y piensas devolverle el anillo de compromiso?»

«¡Ah, no! ¡Mis sentimientos hacia el anillo no han cambiado!»

* * * *

Una joven llama por teléfono a la papelería. «¿Recuerda las participaciones de boda que le encargué la semana pasada? Sueno, pues quisiera saber si no es demasiado tarde para efectuar algunos cambios.»

«Dígame de qué se trata, señorita, y lo comprobaré», dijo el empleado al otro lado del teléfono.

«De acuerdo. Se trata de cambiar la fecha, la iglesia y el nombre del novio.»

Es absolutamente imposible estar felizmente casado con otra persona si uno no se ha divorciado antes de sí mismo.

* * * *

Un granjero decidió que le había llegado el momento de casarse, de manera que ensilló su mula, se fue a la ciudad a buscar novia y no tardó en conocer a una mujer que, según creía él, sería una buena esposa. Y se casaron.

Después de la ceremonia, subieron ambos a la mula e iniciaron el camino de regreso a la granja. Al cabo de un rato, la mula se detuvo y se negó a seguir adelante, de modo que el granjero desmontó y empezó a golpear a la mula con una vara, hasta que el animal se puso de nuevo en movimiento. «La primera en la frente», dijo el granjero.

Unos kilómetros más adelante, la mula volvió a detenerse, y una vez más desmontó el granjero y golpeó a la mula hasta que ésta decidió reiniciar la marcha. «La segunda en la boca», dijo el granjero.

Pocos kilómetros después, la mula se detuvo por tercera vez. Pero entonces el granjero desmontó, hizo desmontar a su mujer, sacó su pistola y le pegó un tiro en la cabeza a la mula, la cual murió al instante.

«¡Qué estúpido y qué cruel eres!», le gritó su mujer. «¡Era un animal fuerte y robusto que podría habernos sido muy útil en la granja, y vas tú y, en un arranque de cólera, acabas con él! ¡Si hubiera sabido que eras tan bruto, jamás me habría casado contigo...!»; y siguió increpándole durante casi diez minutos.

El granjero estuvo escuchándola hasta que ella se detuvo para tomar aliento. Entonces le dijo. «La primera en la frente.»

Cuenta la historia que vivieron felices para siempre.

* * * *

«Tienes mala cara, Jack. ¿Qué te pasa? »

«Bueno..., llegué a casa cuando ya amanecía y, justamente cuando yo estaba desnudándome, se despertó mi mujer y me dijo: «¿No te levantas demasiado pronto, Jack?» De manera que, para evitar una discusión, volví a vestirme y me vine a trabajar.»

¿Cuál es el precio de la paz?

* * * *

Dos «drogatas», completamente «colgados», deambulan por la calle. De frente a ellos viene caminando otro «colega», el cual levanta su mano en señal de saludo y dice. «¿Qué hay?»

Cuatro manzanas más abajo, uno de los drogatas se vuelve al otro y le dice: «Tío, creía que no iba a parar de hablar...»

Las reacciones son relativas...

* * * *

...¿o sí?

Un joven granjero era tan taciturno que su novia, después de cinco años de relaciones, llegó a la conclusión de que él jamás le propondría casarse y que tendría que ser ella quien tomara la iniciativa.

Un día, sentados a solas en el jardín, ella le dijo. «John, casémonos... ¿Me oyes, John? ¿Nos casaremos?»

Siguió un largo silencio. Y al fin dijo John: «Sí.»

Otro silencio interminable, que rompió la chica diciendo: «Dime algo, John. ¿Por qué no me dices nada?»

«Me temo que ya he dicho demasiado...»

* * * *

En la antigua India se acostumbraba a sacar agua de los pozos por medio de una rueda persa, un ingenioso artefacto cuyo único inconveniente era el tremendo ruido que hacía cuando estaba en funcionamiento.

Un día acertó a pasar un jinete junto a una granja y pidió agua para su caballo. El granjero puso en marcha gustoso la rueda persa, pero el caballo, que no estaba acostumbrado a semejante estruendo, no se acercaba por nada del mundo.

«¿No podría usted hacer cesar ese estruendo para que mi caballo pueda beber?», preguntó el jinete.

«Me temo que no es posible, señor», respondió el granjero. «Si su caballo quiere beber, tendrá que hacerlo a pesar del ruido, porque el agua sólo llega aquí con ese ruido...»

...y la amistad con sus más y sus menos.

* * * *

Relacionarse es reaccionar.

Reaccionar es comprenderse a sí mismo.

Comprenderse a sí mismo es alcanzar la iluminación.

Las relaciones son una escuela de iluminación.

SERVICIO

Un agricultor, cuyo maíz siempre había obtenido el primer premio en la Feria del Estado, tenía la costumbre de compartir sus mejores semillas de maíz con todos los demás agricultores de los contornos.

Cuando le preguntaron por qué lo hacía, dijo. «En realidad, es por puro interés. El viento tiene la virtud de trasladar el polen de unos campos a otros. Por eso, si mis vecinos cultivaran un maíz de clase inferior, la polinización rebajaría la calidad de mi propio maíz. Esta es la razón por la que me interesa enormemente que sólo planten el mejor maíz.»

Todo lo que das a otros te lo estás dando a ti mismo.

* * * *

En cierta ocasión, los diversos miembros y órganos del cuerpo estaban muy enfadados con el estómago se quejaban de que ellos tenían que buscar el alimento y dárselo al estómago, mientras que éste no hacía más que devorar el fruto del trabajo de todos ellos

De modo que decidieron no darle más alimento al estómago. Las manos dejaron de llevarlo a la boca, los dientes dejaron de masticar y la garganta dejó de tragar. Pensaban que con ello obligarían al estómago a espabilar.

Pero lo único que consiguieron fue debilitar el cuerpo, hasta el punto de que todos ellos se vieron en auténtico peligro de muerte. De este modo, fueron ellos, en definitiva, los que aprendieron la lección de que, al ayudarse unos a otros, en realidad trabajaban por su propio bienestar.

Es imposible ayudar a otro sin ayudarse a sí mismo, o dañar a otro sin dañarse a sí mismo.

Nasrudín estaba mascullando algo entre dientes con cara de satisfacción. Un amigo lo vio y le preguntó qué le pasaba.

«Ese imbécil de Ahmed», dijo Nasrudín, «tiene la costumbre de pegarme unas tremendas palmadas en la espalda siempre que me ve. Pues bien, hoy me he puesto un cartucho de dinamita bajo la chaqueta, y esta vez, cuando me dé la palmada, la explosión leva a arrancar el brazo.»

* * * *

El Gobernador de una colonia le dijo a un jefe indígena: «Lamento profundamente la opresión a que mi pueblo somete al suyo. Debe usted ayudarme a solucionar el problema.»

«¿Y cuál es el problema?», preguntó el jefe.

«Escuche, mi querido amigo. Si yo le atara a usted a un poste y le prendiera fuego, usted tendría un problema, ¿no cree?»

«¿Yo? ¡Con que usted me soltara, asunto arreglado! Ahora bien, si me dejara quemarme vivo, yo moriría, y entonces sería usted quien tuviera el problema. »

* * * *

Un individuo subió a un tren en Nueva York y le dijo al revisor que se dirigía a Fordham. «El tren no se detiene en Fordham los sábados», le dijo el revisor, «pero le diré lo que podemos hacer. Cuando entre el tren en la estación de Fordham, reducirá la marcha; entonces yo le abriré la puerta y usted podrá saltar del tren, Pero, cuando toque usted el suelo, tenga la precaución de correr unos cuantos metros en la misma dirección que el tren. De lo contrario, caerá usted de bruces.»

Al llegar a Fordham, se abrió la puerta, y el pasajero hizo lo que el revisor le había indicado. Pero, al verle, otro revisor abrió otra puerta y le hizo subir al tren mientras éste recobraba su velocidad. «¡Tiene usted suerte, amigo», le dijo el revisor, «el tren no se detiene en Fordham los sábados!»

*A tu humilde manera,
puedes servir a los demás,..
alejándolos de su camino.*

*Existe el noble arte
de hacer cosas;
y existe también el noble arte
de no hacerlas.*

Según los periódicos, la ola de calor estaba ocasionando numerosos desvanecimientos; por eso a la joven dama no le sorprendió ver cómo un hombre de cierta edad, que estaba junto a ella en la iglesia acompañado por su esposa, se dejaba caer al suelo. Inmediatamente, la joven se arrodilló junto a él, le puso enérgicamente una mano en la cabeza y oprimió ésta entre sus rodillas. «Mantenga la cabeza abajo», le susurró de modo apremiante. «Se sentirá mejor si consigue que la sangre le llegue a la cabeza.»

La esposa lo miraba todo muerta de risa y no hacía nada por ayudar a su marido ni a la joven, la cual pensó para sí que aquella mujer no debía de tener sentimientos.

Entonces, para consternación de la joven, el hombre consiguió librarse de su presión y masculló: «¿Qué demonios hace usted, estúpida? ¿No ve que intento recoger mi sombrero de debajo del banco?»

Las personas que se empeñan en mejorar las cosas suelen conseguir empeorarlas.

*En último término,
la solución de los problemas
no consiste en hacer
ni en dejar de hacer,
sino en comprender,
Porque donde hay verdadera comprensión
no hay problemas.*

* * * *

Un sacerdote paseaba por la calle cuando, de pronto, vio cómo un niño se esforzaba, dando saltos, por llegar al timbre de una puerta. Pero el pobre niño era demasiado pequeño, y el timbre estaba demasiado alto.

De modo que el sacerdote, para ayudar al pequeño, se acercó y pulsó el timbre. Luego, volviéndose sonriente al muchacho, le preguntó: «¿Qué hacemos ahora?»

«Correr todo lo que podamos», le respondió el niño

* * * *

Una maestra pidió a sus pequeños alumnos que contaran las buenas acciones que habían realizado en favor de los animales.

Se oyeron historias verdaderamente conmovedoras, y cuando le llegó el turno a Tommy, éste dijo orgullosamente: «Bueno, pues yo una vez le pegué una patada a un chico que había pegado una patada a un perro.»

Hay quienes emprenden una guerra para acabar con todas las guerras, o adoptan la violencia para llegar al amor.

* * * *

Hace muchos años, un extraño pájaro que nunca había sido visto en China se posó en un suburbio de la capital.

Aquello le encantó al emperador, el cual ordenó que se le ofreciera al pájaro comida de su propia mesa y que fuera enviada su orquesta para deleitarle con su música

Pero el pájaro, que parecía estar muy triste y abatido, se negó a probar siquiera la comida que se le ofrecía, y en muy poco tiempo se puso enfermo y murió.

* * * *

Un pájaro comía unas bayas venenosas que, sin embargo, no le hacían daño. Un día recogió una buena cantidad y reservó unas cuantas para que las comiera su amigo, un conejo, el cual, no queriendo parecer desagradecido, comió las bayas y murió.

Si la acusación fuera la de asalto con intención de hacer el bien, ¿cuántos de nosotros se declararían inocentes?

* * * *

Al ver a un banquero salir de su despacho, un mendigo le dijo: «¿Podría usted darme diez centavos, señor, para una taza de café?»

El banquero sintió lástima de aquel hombre, que tenía un aspecto verdaderamente deplorable, y le dijo: «Aquí tiene un dólar para que se tome no una, sino diez tazas de café.»

Al día siguiente, el mendigo se encontraba de nuevo en las escaleras del despacho del banquero y, cuando éste salió, el mendigo se puso a darle golpes.

«¡Pero bueno...!», dijo el banquero, «¿qué está usted haciendo ? »

«¡Usted y sus malditas diez tazas de café! ¡No he podido dormir en toda la noche!»

Confieso haberte ayudado.

¿Podrías perdonarme y dejarme ir?

* * * *

En cierta ocasión, Nasrudin pidió una cierta suma de dinero a un acaudalado individuo.

«¿Para qué lo quieres?»

«Para comprar un elefante.»

«Pero, si no tienes dinero, no podrás mantenerlo...»

«Estoy pidiéndote dinero, no consejos», le dijo Nasrudin.

* * * *

Una mujer, perteneciente a una brigada de socorro, se encontraba en la playa por razones de servicio.

De pronto, observó que una determinada zona de la playa estaba plagada de botellas vacías y, temiendo que la gente pudiera tropezar inadvertidamente con ellas y hacerse daño, dejó en el suelo su botiquín y se puso a recogerlas.

Entonces un hombre de cierta edad, distraído al ver lo que la mujer estaba haciendo, tropezó con el botiquín y se lastimó.

* * * *

«¡Despierte, señor!», dijo la enfermera mientras sacudía por el hombro al dormido paciente.

«¿Qué ocurre? ¿Sucedo algo malo?», preguntó el paciente asustado.

«No sucede nada. Sólo que olvidé darle su somnífero.»

Ayer tuvimos un incendio en casa. Afortunadamente, pudimos apagarlo antes de que los bomberos hicieran de las suyas.

* * * *

*Me encanta servirte...
pero insisto en que me lo agradezcas.*

Una enojada duquesa salió, a altas horas de la noche, de un elegante hotel de Londres donde había cenado y asistido a un «baile de caridad» a beneficio de los niños abandonados.

Estaba a punto de subir a su Rolls Royce cuando un andrajoso pilluelo se le acercó suplicante: «Por caridad, señora, deme seis peniques. Llevo dos días sin comer...»

La duquesa le rechazó con un gesto y le dijo: «¡Desagradecido tunante! ¿No te das cuenta de que he estado bailando para tí toda la noche.?»

* * * *

A Dios gracias, nuestros motivos para servir a los demás son invisibles para éstos.

La obra de teatro era bastante pobre y ni siquiera mereció la atención de la prensa local. La asistencia de público decreció ostensiblemente después de la primera representación. Pero un hombrecillo asistía todas las noches y no se perdía una sola función. A pesar de lo cual, y por muy gratificante que fuera para los actores, su sola presencia no bastó para cubrir los gastos de la compañía.

Al acabar la función de la última noche, el director salió al proscenio y dijo: «Señoras y caballeros, antes de dejarles, querríamos agradecer a nuestro amigo de la primera fila su inestimable apoyo. ¡No ha faltado ni un solo día!»

El hombrecillo no tuvo más remedio que balbucir unas palabras: «Es muy amable de su parte», dijo, «pero, para ser sincero, éste es el único lugar en el que a mi mujer no se le ocurriría buscarme.»

* * * *

«Ha sido usted muy amable al permanecer aquí hasta el final de mi discurso, cuando todos los demás han desaparecido...»

«La amabilidad es suya. Pero he de decirle que yo soy el siguiente orador, ¿entiende?»

* * * *

Hace mucho tiempo, había una posada llamada "LA ESTRELLA DE PLATA". El posadero, a pesar de que hacía cuanto podía por atraerse a la clientela esforzándose en hacer la posada confortable, atender cordialmente a los clientes y cobrar unos precios razonables, se las veía y se las deseaba para que le alcanzara el dinero. Desesperado, acudió a consultar a un Sabio.

El Sabio, tras escuchar sus lamentos, le dijo. «Es muy sencillo. Lo único que tienes que hacer es cambiar el nombre de la posada.»

«Imposible!», dijo el posadero. «¿Se ha llamado "LA ESTRELLA DE PLATA" durante generaciones, y así se la conoce en todo el país!»

«No», replicó el Sabio enérgicamente. «A partir de ahora debes llamarla "LAS CINCO CAMPANAS" y colgar seis campanas sobre la entrada.»

«¿Seis campanas? ¡Eso es absurdo! ¿Para qué va a servir?»

«Inténtalo, y lo verás», le respondió el Sabio sonriendo.

De modo que el posadero hizo lo que se le había dicho. Y sucedió lo siguiente: todo viajero que pasaba por delante de la posada entraba en ella para advertir al posadero acerca del error, creyendo que nadie hasta entonces había reparado en ello. Una vez dentro, quedaba tan impresionado por la cordialidad del servicio que se alojaba en la posada, con lo que el posadero llegó a amasar la fortuna que durante tanto tiempo había buscado en vano.

Hay pocas cosas que satisfagan más nuestro ego que el corregir los errores de los demás.

* * * *

Hace mucho, mucho tiempo, ofreció Dios una fiesta a todas las virtudes, grandes y pequeñas, humildes y heroicas. Todas ellas se reunieron en una sala del cielo espléndidamente decorada, y no tardaron en disfrutar de la fiesta, porque todas se conocían entre sí, e incluso algunas de ellas mantenían estrechas relaciones.

De pronto, Dios reparó en dos hermosas virtudes que no parecían conocerse entre sí en absoluto y daban la sensación de encontrarse incómodas la una junto a la otra. De modo que tomó a una de ellas de la mano y se la presentó formalmente a la otra. «Te presento a Gracitud», dijo Dios. «Esta es Caridad.»

Pero, en cuanto Dios se dio la vuelta para atender a otros invitados, ellas se separaron. Así es como ha circulado la historia de que ni siquiera Dios puede hacer que haya Gracitud donde hay Caridad.

* * * *

Un grupo de misioneros recién llegados alquiló los servicios de un nativo para que los llevara en canoa por el río Congo.

Al cabo de un rato empezó a escucharse el rítmico sonido del tam-tam. Un sonido que no dejaba de repetirse, a lo largo del viaje, a intervalos regulares.

«¿Qué dicen los tambores?», preguntó bastante inquieto uno de los misioneros.

El guía escuchó durante unos instantes y tradujo: «Tambores decir: "Tres hombres blancos. Muy ricos. Subir precios.»

Saadi de Shiraj solía decir: «No ha habido nadie a quien yo haya enseñado a tirar con arco y que al final no me haya convertido en su blanco.»

* * * *

Una mujer estaba inclinada sobre la víctima de un accidente de tráfico, y la multitud lo observaba.

De pronto, se vio bruscamente apartada por un hombre que le dijo: «Haga el favor de echarse a un lado. Yo tengo un curso de primeros auxilios.»

La mujer estuvo durante unos minutos observando lo que aquel individuo hacía con la víctima. Luego le dijo tranquilamente: «Cuando llegue el momento de ir en busca del médico, no se preocupe: ya estoy aquí.»

*Más a menudo de lo que imaginas,
el médico ya está ahí...
¡dentro de la persona a la que tratas de ayudar!*

*De modo que déjate de primeros auxilios.
¡Llama al médico!*

* * * *

Un joven y entusiasta sacerdote fue nombrado capellán de un hospital.

Un día, revisando las fichas de los pacientes recién ingresados, vio que en una de ellas ponía que la paciente era católica.

Pero, sujeta con una grapa, había también una curiosa nota: «No desea ver a un sacerdote si no es en estado de inconsciencia.»

*He aquí algo que deberías preguntarte siempre que pienses que necesitas ayuda o consejo:
«¿Estoy seguro de que estoy consciente?»*

* * * *

Dice la historia que se declaró un incendio en una casa en la que había un hombre profundamente dormido.

Trataron de sacarlo por una ventana, pero en vano. Luego intentaron sacarlo por la puerta, pero sin éxito. No había modo, porque el tipo estaba demasiado gordo y pesado.

Todo el mundo estaba casi desesperado, hasta que alguien sugirió: «¿Por qué no lo despertamos y sale él por su propio pie?»

*Sólo los que duermen y los niños necesitan ser cuidados.
¡Haz que despierten! ¡O que crezcan!*

* * * *

A un joven que se preparaba para el sacerdocio le dijeron que lo que la gente espera de un sacerdote es que sepa escuchar sus penas. Simplemente escuchar, escuchar y escuchar. Tal vez no sea capaz en ocasiones de prestar una ayuda eficaz, pero siempre puede escuchar y comprender. De modo que el joven decidió que sería eso lo que iba a hacer cuando le destinaron a su primera parroquia.

Haciendo caso omiso de su personal repugnancia, se obligó a sí mismo a escuchar, escuchar y escuchar... y la gente se mostraba muy agradecida. Pero algo -no sabía qué- parecía fallar. Por ejemplo, solía acudir una anciana que se quejaba siempre de un dolor de cabeza, un terrible y espantoso dolor de cabeza. «Cuénteme qué es lo que le preocupa», le invitaba amablemente el sacerdote. Y ella hablaba, hablaba y hablaba, mientras el sacerdote escuchaba, escuchaba y escuchaba...

Y siempre parecía funcionar, porque al cabo de un rato volvía la anciana y le decía: «Estuve aquí hace una hora, Padre, con un tremendo dolor de cabeza, y ya no me duele, no me duele y no me duele.»

«Lo sé, lo sé y lo sé, porque ahora es a mí a quien le duele», pensaba el sacerdote.

* * * *

Se celebraba un curso sobre "Cómo hacer amigos e influir en las personas". Un joven hombre de negocios explicaba a los alumnos cómo había puesto él en práctica todos los principios del curso en una entrevista con un posible comprador de su empresa, y cómo había funcionado todo perfectamente. Bueno... ¡no del todo!

«Hice todo cuanto aquí se me había dicho», explicó el joven. «Comencé saludándole calurosamente, luego le sonreí y me interesé por sus cosas. Presté la mayor atención a todo lo que

él quiso decir. Me desviví por mostrarme de acuerdo con sus opiniones y le hice ver, una y otra vez, el extraordinario concepto que yo tenía de él. El estuvo hablando durante más de una hora. y cuando, al fin, llegamos a un acuerdo, supe que había hecho un amigo para toda la vida.»

Todo el mundo aplaudió cortésmente y, cuando los aplausos amainaron, el joven añadió con convicción. «¡Pero chico, qué enemigo se granjeó él!»

¿Por qué hacer a alguien un regalo que emocionalmente no te puedes permitir?

* * * *

Las personas ancianas no están solas porque no tengan a nadie con quien compartir su carga, sino porque es únicamente su carga lo que tienen para compartir.

Una anciana de ochenta y cinco años estaba siendo entrevistada con motivo de su cumpleaños. La periodista le preguntó qué consejo daría a las personas de su edad.

«Bueno», dijo la anciana, «a nuestra edad es muy importante no dejar de usar todo nuestro potencial; de lo contrario, éste se marchita. Es importante estar con la gente y, siempre que sea posible, ganarse la vida prestando un servicio. Eso es lo que nos mantiene con vida y con salud.»

«¿Puedo preguntarle qué es exactamente lo que hace usted para ganarse la vida a su edad?»

«Cuido de una anciana que vive en mi barrio», fue su inesperada y deliciosa respuesta.

El amor cura a todos: tanto a quienes lo reciben como a quienes lo dan.

* * * *

Cuenta la historia que, antes de que Moisés sacara a su pueblo del país de Egipto, estuvo con un gran Maestro preparándose para ser profeta, y que la primera disciplina que el Maestro le impuso a Moisés fue la del silencio. Un día, recorriendo los dos el país, Moisés quedó tan deslumbrado por las bellezas de la naturaleza que le resultó fácil guardar silencio. Pero, cuando llegaron a la orilla de un río, vio cómo un niño se estaba ahogando cerca de la otra orilla mientras su pobre madre se desgañitaba pidiendo ayuda.

Al ver aquello, Moisés no pudo permanecer en silencio. «Maestro», dijo, «¿no puedes hacer algo para salvar a ese niño?» «¡Silencio!», le dijo el Maestro. Y Moisés contuvo su respiración.

Pero en su corazón estaba inquieto, porque pensaba: «¿Será posible que mi Maestro sea en realidad un hombre cruel e insensible? ¿O acaso es impotente para socorrer a los que necesitan ayuda?» Le daba miedo pensar semejantes cosas acerca de su Maestro, pero no podía evitarlo.

Siguieron andando y llegaron a la orilla del mar, desde donde vieron cómo estaba hundiéndose un barco con toda su tripulación a bordo, Moisés dijo: «¡Mira, Maestro. ese

barco está hundiéndose!» y , una vez más, el Maestro le ordenó observar la disciplina del silencio, de modo que Moisés no volvió a hablar.

Pero su corazón estaba profundamente agitado. Por eso, cuando estuvieron de regreso en casa, quiso tratar el asunto directamente con Dios, el cual le dijo: «Tu Maestro tenía razón. El niño que estaba ahogándose habría ocasionado, de haberse salvado, una guerra entre dos naciones en la que habrían perecido centenares de miles de personas. Al ahogarse, se ha evitado ese desastre. Por lo que se refiere al barco, estaba tripulado por unos piratas que planeaban saquear una ciudad de la costa y matar a muchas personas inocentes y pacíficas.»

El servicio sólo es una virtud cuando le acompaña la sabiduría

* * * *

El Ministro de Agricultura decretó que los gorriones constituían una amenaza para las cosechas y debían ser exterminados.

Cuando se cumplió su decreto, vino una plaga de insectos, que podrían haber sido devorados por los gorriones, y comenzaron a destrozarse las cosechas, por lo que al Ministro de Agricultura se le ocurrió la idea de emplear costosos pesticidas.

Los pesticidas hicieron que se encarecieran los alimentos, aparte de que pusieron en peligro la salud pública. Se descubrió demasiado tarde que eran precisamente los gorriones los que, a pesar de alimentarse de las cosechas, hacían que los alimentos se conservaran sanos y baratos.

* * * *

Érase una vez un hombre que tenía un ombligo de oro, lo cual, aunque para la mayoría de la gente habría sido motivo de orgullo, a él le producía incomodidad, porque siempre que iba a la piscina se convertía en el blanco de las burlas de sus amigos.

De modo que oraba insistentemente para que le desapareciera aquel ombligo. Una noche soñó que un ángel bajaba del cielo, le desatornillaba el ombligo y regresaba de nuevo a lo alto.

Cuando despertó por la mañana, lo primero que hizo fue comprobar si el sueño había sido real. ¡Y lo había sido! Allí, encima de la mesa, estaba su brillante y reluciente ombligo. El hombre, lleno de alegría, saltó de la cama... ¡y se le desprendió el culo!»

Sólo a los sabios puede confiárseles sin temor la tarea de cambiar a los demás o a sí mismos.

* * * *

En un pequeño pueblo, una mujer se llevó una gran sorpresa al ver que había llamado a su puerta un extraño, correctamente vestido, que le pedía algo de comer. «Lo siento», dijo ella, «pero ahora mismo no tengo nada en casa.»

«No se preocupe», dijo amablemente el extraño. «Tengo una piedra de sopa en mi cartera; si usted me permitiera echarla en un puchero de agua hirviendo, yo haría la más exquisita sopa del mundo. Un puchero muy grande, por favor.»

A la mujer le picó la curiosidad, puso el puchero al fuego y fue a contar el secreto de la piedra de sopa a sus vecinas.

Cuando el agua rompió a hervir, todo el vecindario se había reunido allí para ver a aquel extraño y su piedra de sopa. El extraño dejó caer la piedra en el agua, luego probó una cucharada con verdadera delectación y exclamó: «¡Deliciosa! Lo único que necesita es unas cuantas patatas.»

«¡Yo tengo patatas en mi cocina!», gritó una mujer. Y en pocos minutos estaba de regreso con una gran fuente de patatas peladas que fueron derechas al puchero. El extraño volvió a probar el brebaje. «¡Excelente!», dijo; y añadió pensativamente: «Si tuviéramos un poco de carne, haríamos un cocido de lo más apetitoso...»

Otra ama de casa salió zumbando y regresó con un pedazo de carne que el extraño, tras aceptarlo cortésmente, introdujo en el puchero. Cuando volvió a probar el caldo, puso los ojos en blanco y dijo: «¡Ah, qué sabroso! Si tuviéramos unas cuantas verduras, sería perfecto, absolutamente perfecto...»

Una de las vecinas fue corriendo hasta su casa y volvió con una cesta llena de cebollas y zanahorias. Después de introducir las verduras en el puchero, el extraño probó nuevamente el guiso y, con tono autoritario, dijo: «La sal».

«Aquí la tiene», le dijo la dueña de la casa. A continuación dio otra orden: «Platos para todo el mundo». La gente se apresuró a ir a sus casas en busca de platos. Algunos regresaron trayendo incluso pan y frutas.

Luego se sentaron todos a disfrutar de la espléndida comida, mientras el extraño repartía abundantes raciones de su increíble sopa. Todos se sentían extrañamente felices mientras reían, charlaban y compartían por primera vez su comida. En medio del alborozo, el extraño se escabulló silenciosamente, dejando tras de sí la milagrosa piedra de sopa, que ellos podrían usar siempre que quisieran hacer la más deliciosa sopa del mundo.

* * * *

Iba a celebrarse una gran fiesta en el pueblo, y cada uno de los habitantes tenía que contribuir vertiendo una botella de vino en un gigantesco barril. Cuando llegó la hora de comenzar el banquete y se abrió la espita del barril, lo que salió de éste fue agua. Y es que uno de los habitantes del pueblo había pensado: «Si echo una botella de agua en ese enorme barril, nadie lo advertirá». Lo que no pensó es que a todos pudiera ocurrírseles la misma idea.

* * * *

Una historia de los Padres del Desierto egipcio:

Érase un viejo y santo ermitaño que practicaba una rigurosa ascesis corporal, pero que no estaba precisamente dotado de excesivas luces. Aquel hombre acudió al abad Juan para preguntarle acerca de la falta de memoria; y, tras haber escuchado sus sabias palabras, regresó a su celda. Pero en el camino olvidó lo que el abad Juan le había dicho.

De modo que volvió sobre sus pasos para escuchar de nuevo las mismas palabras. Pero, una vez más, de camino a su celda, lo olvidó. El hecho se repitió varias veces: escuchaba al abad Juan y, cuando regresaba a su celda, su congénita falta de memoria le jugaba una mala pasada.

Muchos días después, se encontró casualmente con el abad Juan y le dijo: «¿Sabe usted, Padre, que volví a olvidar de nuevo lo que usted me dijo? De buena gana, habría regresado a verle a usted, pero ya le había dado la lata suficientemente y me daba apuro llegar a convertirme para usted en un agobio.»

Entonces el abad Juan le dijo: «Ve y enciende una lámpara». El anciano hizo lo que se le había ordenado.

Luego le dijo el abad: «Trae unas cuantas lámparas más y enciéndelas con la primera que has encendido». Y el anciano volvió a hacer lo que se le había dicho.

Una vez más, habló el abad Juan para decirle: «¿Ha experimentado alguna pérdida la primera lámpara por el hecho de que las restantes lámparas hayan recibido de ella la luz?»

«No», respondió el anciano.

«Bueno, pues lo mismo ocurre con Juan. Si, en lugar de ser únicamente tú, fuera la ciudad entera de Scetis la que viniera a mí en busca de ayuda o de consejo, yo no experimentaría por ello la más mínima pérdida. De manera que no tengas reparo alguno en venir a verme todas las veces que quieras.»

* * * *

Otra historia de los Padres del Desierto:

En cierta ocasión, un Hermano le hizo la siguiente pregunta a uno de los ancianos: «Conozco a dos hermanos, uno de los cuales no sale nunca de su celda, donde ora constantemente, ayuna seis días a la semana y practica las más rigurosas penitencias. El otro, por el contrario, emplea todo su tiempo en cuidar a los enfermos. ¿Cuál de los dos crees tú que es más del agrado de Dios?»

El anciano le respondió. «Si el hermano que se da a la oración y al ayuno se colgara de la nariz por espíritu de penitencia, no igualaría con ello un solo acto de bondad del que se dedica a cuidar a los enfermos.»

* * * *

Un discípulo se acercó a su Maestro y le dijo. «Maestro, yo soy un hombre rico y acabo de heredar una gran fortuna. ¿Cómo debo emplearla para que redunde en mi provecho espiritual?»

Le dijo el Maestro. «Vuelve dentro de una semana y te daré una respuesta.»

Transcurrida la semana, regresó el discípulo, y el Maestro, suspirando, le dijo: «La verdad es que no sé qué decirte. Si te digo que des el dinero a tus parientes y amigos, no obtendrás ningún bien espiritual. Si te digo que lo entregues al templo, sólo conseguirás alimentar la avaricia de los sacerdotes. y si te digo que se lo des a los pobres, te enorgullecerás de tu caridad y caerás en el pecado de soberbia.»

Pero, como el discípulo le urgía una respuesta, el Maestro acabó diciendo: «Está bien; da el dinero a los pobres. Al menos ellos se beneficiarán, aunque tú no lo hagas.»

*Si no sirves, perjudicas a los demás.
Si lo haces, te perjudicas a ti mismo.
El ignorar este dilema es la muerte del alma.
El liberarse de él es la vida eterna.*

* * * *

Érase una vez un hombre que estaba construyéndose una casa. Y quería que fuera la casa más hermosa, más acogedora y más confortable del mundo

Entonces llegó alguien a pedirle ayuda, porque el mundo estaba ardiendo. Pero lo que a él le interesaba era su casa, no el mundo.

Cuando, al fin, tuvo construida su casa, descubrió que no disponía de un planeta donde colocarla.

* * * *

Un maestro de escuela decidió dejar de enseñar y trabajar como asistente social. Cuando su amigo quiso saber el motivo de su decisión, le respondió:

«Es muy poco lo que puede hacerse en la escuela si no se hace nada en el entorno en que se vive y en el mundo. En la escuela me sentía como aquel hombre que buscaba marfil en la selva y que, cuando al fin lo encontró, descubrió que estaba sujeto a un enorme elefante.»

* * * *

mujer al marido, totalmente embebido en la lectura del periódico.

«¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que quizá pueda haber en la vida algo más que lo que ocurre en el mundo?»

*La mayoría de las personas aman a la humanidad.
Es a quien vive al lado a quien no pueden soportar.*

ILUMINACIÓN

Érase una vez un cantero que todos los días subía a la montaña a cortar piedras. Mientras trabajaba, no dejaba de cantar, porque, a pesar de ser pobre, no deseaba tener más de lo que tenía, de modo que vivía sin la menor preocupación.

Un día le llamaron para que fuera a trabajar en la mansión de un rico aristócrata. Cuando vio la magnificencia de la mansión, sintió por primera vez en su vida el aguijón de la codicia y, suspirando, se dijo: «¡Si yo fuera rico, no tendría que ganarme la vida con tanto sudor y esfuerzo como lo hago...!»

Y, para su asombro, oyó una voz que decía: «Tu deseo ha sido escuchado. En adelante se te concederá todo cuanto desees». El hombre no entendió el sentido de aquellas palabras hasta que, al regresar aquella noche a su cabaña, descubrió que en su lugar había una mansión tan espléndida como aquella en la que había estado trabajando. De modo que el cantero dejó de cortar piedras y comenzó a disfrutar la vida de los ricos.

En un caluroso día de verano, se le ocurrió mirar por la ventana y vio pasar al rey con su gran séquito de nobles y esclavos, y pensó: «¡Cómo me gustaría ser rey y disfrutar del frescor de la carroza real!» Su deseo se cumplió: al instante se encontró sentado dentro de una confortable y regia carroza. Pero ésta resultó ser más calurosa de lo que él había supuesto. Entonces miró por la ventanilla y admiró el poder del sol, cuyo calor podía atravesar incluso la espesa estructura del carruaje. «Me gustaría ser el sol», pensó para sí. Y una vez más vio cumplido su deseo y se encontró emitiendo olas de calor hacia todos los puntos del universo.

Todo fue muy bien durante algún tiempo. Pero llegó un día lluvioso y, cuando intentó atravesar una espesa capa de nubes, comprobó que no podía hacerlo. De manera que al instante se vio convertido en nube y gloriándose en su capacidad de no dejar pasar al sol... hasta que se transformó en lluvia, cayó a tierra y se irritó al comprobar que una enorme roca le impedía el paso y le obligaba a dar un rodeo.

«¿Cómo?», exclamó. «¿Una simple roca es más poderosa que yo? ¡Entonces quiero ser una roca!» Y en seguida se vio convertido en una gran roca en lo alto de la montaña. Pero, apenas había tenido tiempo de disfrutar de su nueva apariencia, cuando oyó unos extraños ruidos procedentes de su pétrea base. Miró hacia abajo y descubrió, consternado, que un diminuto ser humano se entretenía en cortar trozos de piedra de sus pies.

«¿Será posible?», gritó. «¿Una insignificante criatura como ésta es más poderosa que una imponente roca como yo? ¡Quiero ser un hombre!» Y así fue como, una vez más, se vio convertido en un cantero que subía todos los días a la montaña para ganarse la vida cortando piedras con sudor y esfuerzo, pero cantando en su interior, porque se sentía dichoso de ser lo que era y vivir con lo que tenía.

Nada es tan bueno como nos parece antes de que lo consigamos.

* * * *

Todos los meses, el discípulo refería fielmente por escrito a su Maestro sus progresos espirituales.

El primer mes escribió. «Siento una expansión de la conciencia y experimento mi unión con el universo» El Maestro leyó la nota y la arrojó al cesto de los papeles.

Al mes siguiente escribió esto otro: «Al fin he descubierto que la divinidad está presente en todas las cosas». El Maestro parecía estar tremendamente decepcionado.

En su tercera carta, el discípulo explicaba entusiasmado. «El misterio del Uno y lo múltiple le ha sido revelado a mi asombrada mirada». El Maestro bostezó.

La siguiente carta decía: «Nadie nace, nadie vive y nadie muere, porque el yo no existe». El Maestro, desesperado, alzó sus manos al cielo.

Luego pasó un mes, dos meses, cinco meses, un año... El Maestro pensó que había llegado el momento de recordar a su discípulo su obligación de mantenerle informado de sus progresos espirituales. Y el discípulo contestó a vuelta de correo: «¿Y a quién le importa?»

Cuando el Maestro leyó estas palabras, se iluminó su rostro de satisfacción y dijo: «¡Gracias a Dios, al fin lo ha logrado!»

Incluso el suspirar por la libertad es una servidumbre. Nunca serás verdaderamente libre mientras te preocupe saber si lo eres o no lo eres. Sólo los satisfechos son libres.

* * * *

Un gran y estúpido rey se quejaba de que la aspereza del suelo lastimaba sus pies, de manera que ordenó alfombrar de cuero todo el país.

El bufón de la corte se mataba de risa cuando el rey se lo contó. «¡Es una idea absolutamente absurda, Majestad!», exclamó. «¿A qué viene un gasto tan innecesario? ¡Mandad cortar dos trozos de cuero y protegeos con ellos vuestros reales pies!»

Así lo hizo el rey. Y así se inventaron los zapatos.

El que ha alcanzado la iluminación sabe que, para que no haya dolor en el mundo, uno ha de cambiar su corazón, no el mundo.

* * * *

Cuando se detectó la presencia de lobos rondando la aldea cercana al templo del Maestro Shoju, éste estuvo yendo todas las noches, durante una semana, al cementerio de la aldea, donde se sentaba a meditar.

Aquello puso fin a los ataques nocturnos de los lobos.

Los habitantes de la aldea, que no salían de su asombro, le pidieron que les revelara los ritos secretos que había realizado, a fin de poder hacer ellos lo mismo en el futuro.

Y les dijo Shōju: «Yo no he recurrido a ningún tipo de rito secreto. Mientras estaba sentado allí meditando, me vi rodeado por una manada de lobos que me lamieron la punta de la nariz y olfatearon mi aliento. Pero, como conseguí no perder la calma, no me atacaron».

* * * *

Un Majarajá se hizo a la mar y, al poco rato, se desató una gran tormenta. Uno de los esclavos de a bordo comenzó a llorar ya gemir de miedo, porque era la primera vez que subía a un barco. Su llanto era tan insistente y prolongado que toda la tripulación comenzó a irritarse, y a punto estuvo el Majarajá de arrojarlo personalmente por la borda.

Pero su primer Consejero, que era un sabio, le dijo: «No. Dejad me a mí ocuparme de él. Creo que puedo curarlo»

Y ordenó a unos cuantos marineros que arrojaran a aquel hombre al mar atado con una cuerda. En el momento en que se vio en el agua, el pobre esclavo, totalmente aterrorizado, se puso a chillar ya debatirse frenéticamente.

Al cabo de unos segundos, el sabio ordenó que lo izaran a bordo.

Una vez en cubierta, el esclavo se tendió en un rincón en absoluto silencio. Cuando el Majarajá quiso saber a qué se debía semejante cambio de actitud, el consejero le dijo:

«Los seres humanos nunca nos damos cuenta de lo afortunados que somos hasta que nuestra situación empeora.»

* * * *

Durante la Segunda Guerra Mundial, un hombre estuvo veintiún días en una balsa a la deriva, hasta que fue rescatado.

Cuando le preguntaron si aquella experiencia le había enseñado algo, respondió: «Sí. Si hubiera tenido comida y agua en abundancia, habría sido tremendamente feliz el resto de mi vida. »

Decía un anciano que sólo se había quejado una vez en toda su vida: cuando iba con los pies descalzos y no tenía dinero para comprarse zapatos.

Entonces vio a un hombre feliz que no tenía pies. Y nunca volvió a quejarse.

* * * *

Nunca es insoportable el momento presente si lo vives plenamente. Lo insoportable es estar aquí con el cuerpo a las diez de la mañana y con la mente a las seis de la tarde; estar con el cuerpo en Bombay y con la mente en San Francisco.

El relojero estaba a punto de sujetar el péndulo de un reloj cuando, para su sorpresa, oyó cómo el péndulo hablaba.

«Por favor, señor, no lo haga», suplicaba el péndulo. «Sería un acto de amabilidad por su parte. Imagínese el número de veces que tendré que hacer "tic-tac" día y noche... Un montón de veces cada minuto, durante sesenta minutos a la hora, veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y

cinco días al año, y así un año tras otro... Serían millones de "tic-tacs". ¡No creo que pueda soportarlo...!»

Pero el relojero le respondió sabiamente: «No pienses en el futuro. Límitate a hacer un "tic-tac" cada vez, y disfrutarás de cada "tic-tac" durante el resto de tu vida».

Y esto fue exactamente lo que el péndulo decidió hacer. Todavía hoy sigue haciendo "tic-tac" como si tal cosa.

* * * *

He aquí una parábola que el Señor Buda contó a sus discípulos:

Un hombre topó en el campo con un tigre. El tigre se lanzó a por él, y el hombre salió huyendo. En su huida, llegó a un precipicio, dio un traspié y comenzó a caer. Mientras se precipitaba hacia abajo, alargó su brazo y logró agarrarse a un pequeño arbusto de fresas silvestres que crecía en la pared del precipicio.

Allí estuvo colgado durante unos interminables minutos, con el feroz y hambriento tigre unos metros por encima de su cabeza y el profundo abismo a sus pies, adonde no tardaría en ir a parar y donde habría de encontrar la muerte.

De pronto, divisó una suculenta fresa que crecía en el arbusto y, agarrándose a éste con una sola mano, tomó la fresa con la otra y se la llevó a la boca. ¡Nunca en toda su vida había probado una fresa tan dulce!

A quien ha alcanzado la iluminación, la conciencia de la muerte le hace degustar la dulzura de la vida.

* * * *

Al turista, que daba muestras de ser un tipo bastante asustadizo, le daba miedo acercarse al borde del acantilado. «¿Qué debería hacer», le preguntó al guía, «si tuviera la desgracia de precipitarme hacia abajo?»

«Si eso le ocurriera, señor», dijo el guía lleno de entusiasmo, «no deje de mirar a la derecha. ¡le encantará el panorama!»

¡Sólo si usted ha alcanzado la iluminación, naturalmente!

* * * *

Había un verdadero gentío en la sala de espera del médico. Un caballero de bastante edad se levantó y se dirigió a la recepcionista.

«Señorita», dijo con suma cortesía, «yo tenía hora para las diez en punto, y ya son casi las once. No puedo seguir esperando. ¿Tendría usted la amabilidad de darme hora para otro día?»

Una mujer que estaba también aguardando se inclinó hacia la que se encontraba sentada a su lado y le dijo: «Seguro que tiene más de ochenta años... ¿Qué será eso tan urgente que tiene que hacer que no puede esperar?»

El anciano, que acertó a oír el comentario de la dama, se volvió hacia ella, le hizo una cortés reverencia y le dijo: «Tengo exactamente ochenta y siete años, señora. Y ésa es precisamente la razón por la que no puedo permitirme desperdiciar un solo minuto del precioso tiempo que aún me queda.»

El que ha alcanzado la iluminación no desperdicia un solo minuto, porque ha comprendido la insignificancia relativa de todo cuanto hace.

* * * *

Sócrates se encontraba en la cárcel esperando a ser ejecutado. Un día oyó cómo otro prisionero cantaba una difícil y poco conocida canción del poeta Stesichoros.

Sócrates pidió a su compañero que le enseñara aquella canción.

«¿Para qué?», le preguntó el otro.

«Para que pueda morir sabiendo una cosa más», fue la respuesta del gran filósofo.

El discípulo: ¿Por qué aprender algo nuevo una semana antes de morir?

El Maestro: Exactamente por la misma razón por la que quieres aprender algo nuevo cincuenta años antes de morir.

* * * *

Tajima no Kami era maestro de esgrima en la casa del Shogun.

Un miembro de la guardia personal del Shogun acudió a él un día pidiéndole que le adiestrara en el manejo de la espada

«Te he observado con detenimiento», le dijo Tajima no Kami, «y me ha parecido que eres un auténtico maestro en ese arte. Antes de tomarte como discípulo, quisiera saber con qué maestro has estudiado.»

«Jamás he estudiado con nadie el arte de la esgrima», le respondió el otro.

«No puedes engañarme», dijo el maestro. «Tengo un ojo muy perspicaz que nunca me falla.»

«No pretendo contradeciros, excelencia», dijo el guardia, «pero la verdad es que no sé una palabra de esgrima.»

El maestro le obligó a cruzar la espada con él durante unos minutos; luego se detuvo y le dijo. «Puesto que tú dices que nunca has aprendido este arte, yo acepto tu palabra y te creo. Pero lo cierto es que te bates como un maestro. Háblame de ti.»

«Sólo hay una cosa que pueda deciros», dijo el miembro de la guardia. «Cuando era niño, un samurai me dijo que un hombre no debía jamás temer a la muerte. Por eso me he debatido con el problema de la muerte hasta que ésta dejó de producirme la más mínima inquietud.»

«¡De modo que era eso...!», exclamó Tajima no K ami. «El secreto último de la esgrima consiste en estar libre del miedo a la muerte. Tú no necesitas adiestrarte, eres maestro de pleno derecho.»

Los que no han alcanzado la iluminación siempre están angustiados. Son como el que cae al agua y no sabe nadar: se asusta, y por eso se hunde, y por eso se esfuerza por mantenerse a flote, y por eso se hunde cada vez más. Si perdiera el miedo y dejara que su cuerpo se hundiera libremente, éste retornaría a la superficie por sí solo.

Un hombre cayó al río en pleno ataque epiléptico. Cuando volvió en sí le sorprendió verse tendido en la orilla. El mismo ataque que le había arrojado al río le había salvado la vida, al alejar de él el miedo a morir ahogado. Eso es la iluminación.

* * * *

Kenji, un piloto kamikaze japonés, se había preparado para morir por su país; pero la guerra terminó antes de lo previsto, y él no tuvo nunca la oportunidad de morir con honor. El hombre se deprimió profundamente, perdió las ganas de vivir y anduvo un tiempo errando lánguidamente por la ciudad, sin saber qué hacer.

Un día oyó que un ladrón tenía secuestrada como rehén a una anciana en su apartamento de un segundo piso. La policía temía entrar en el apartamento, porque sabía que el individuo iba armado y era un tipo peligroso.

Kenji no se lo pensó dos veces: entró en el edificio, subió al apartamento y exigió al ladrón que dejara libre a la anciana. Lucharon, cuchillo en mano, y Kenji acabó con la vida del ladrón; pero también él resultó mortalmente herido. Murió poco después, en el hospital, con una sonrisa en los labios. Su deseo de tener una muerte útil se había cumplido.

Sólo hacen el bien los que han perdido el miedo a la muerte.

* * * *

Hace muchos años, hubo en China un enorme dragón que iba de aldea en aldea matando vacas, perros, gallinas y niños indiscriminadamente. De modo que los campesinos llamaron en su ayuda a un hechicero, el cual dijo: «yo no puedo acabar con el dragón, porque, a pesar de ser mago, también yo tengo miedo. Pero me encargaré de encontrar al hombre capaz de hacerlo.»

Dicho esto, él mismo se transformó en dragón y se puso en medio de un puente, de manera que quien no supiera que se trataba del hechicero no se atrevería a pasar. Pero un día llegó al puente un individuo que iba de viaje, pasó tranquilamente por encima del dragón y siguió caminando.

El hechicero recobró al instante su aspecto humano y llamó a aquel hombre: «¡Regresa aquí, amigo! ¡Llevo semanas esperándote!»

El que ha alcanzado la iluminación sabe que el miedo está únicamente en la manera en que uno mira las cosas, no en las cosas mismas.

* * * *

Un rey se encontró con un derviche y, conforme a la costumbre oriental cuando un rey topa con un súbdito, le dijo «Pídeme un favor»

El derviche replicó «Sería indecoroso por mi parte pedirle un favor a uno de mis esclavos.»

«¿Cómo te atreves a hablar al rey con tan poco respeto?», bramó uno de los guardias. «¡Explicáte ahora mismo, o morirás!»

Y el derviche dijo «yo tengo un esclavo que es el señor de tu rey»

«¿De quién hablas?»

«Del miedo», respondió el derviche

Cuando el cuerpo perece, ya no hay vida. De ahí la errónea conclusión de que mantener el cuerpo con vida es lo mismo que vivir

Entra allí donde ni la bala del asesino arrebató la vida ni el prolongar la vida alarga la duración de la existencia.

* * * *

Se dice que, cuando el filósofo griego Diógenes fue hecho preso y llevado al mercado de esclavos para ser vendido, se subió al estrado del subastador y gritó en voz alta: «¡Un señor ha venido aquí a ser vendido! ¿Hay algún esclavo entre vosotros que quiera comprarlo?»

Es imposible hacer esclavos a quienes han alcanzado la iluminación, porque son exactamente igual de felices en estado de esclavitud que en estado de libertad.

* * * *

Un mercader de Bagdad mandó a su sirviente al bazar a hacer un recado, y el hombre regresó lívido y temblando de miedo, «Amo», le dijo al mercader, «estando en la plaza del mercado, tropecé con un extraño y, cuando le miré a la cara, descubrí que era la Muerte. Me hizo un gesto amenazador y desapareció. Ahora tengo miedo, y te pido, por favor, que me dejes un caballo para irme inmediatamente a Samarra y poner entre la Muerte y yo la mayor distancia posible».

El mercader, preocupado por su sirviente, le dio su caballo más veloz, y el hombre subió a él y desapareció en un santiamén.

Horas más tarde, el propio mercader se dio una vuelta por el bazar y vio a la Muerte entre la multitud. Entonces se acercó a ella y le dijo: «Esta mañana le hiciste un gesto amenazador a mi pobre sirviente. ¿Qué quisiste decir?»

«No fue ningún gesto amenazador, señor», dijo la Muerte.
«Fue un gesto de sorpresa por encontrarme con él en Bagdad.»

«¿ y por qué no iba a estar en Bagdad, si es aquí donde vive?»

«Bueno, yo había entendido que tenía que encontrarme con él esta noche en Samarra,
¿comprende?»

La mayoría de las personas tienen tanto miedo a morir que, con tantos esfuerzos como hacen para evitar la muerte, se olvidan de vivir.

* * * *

Érase una vez un hombre santo que vivía en perpetuo éxtasis, pero al que todo el mundo tenía por loco. Un día después de haber mendigado un poco de comida en la aldea, se sentó al borde del camino y comenzó a comer.

En éstas se le acercó un perro y se quedó mirándolo con avidez. El santo se puso entonces a dar de comer al perro tomaba él un bocado y le daba otro bocado al perro como si fueran dos viejos amigos. Al poco tiempo se había reunido en torno a ellos un auténtico gentío para observar tan insólita escena.

Uno de los espectadores comenzó a mofarse del santo y a decir a los demás: «¿Qué puede esperarse de alguien tan loco que no es capaz de distinguir entre un ser humano y un perro?»

Y el santo le replicó «¿De qué te ríes? ¿No ves a Vishnú sentado con Vishnú? Vishnú es el que da de comer y Vishnú el que recibe la comida. De modo que ¿de qué te ríes, oh Vishnú?»

* * * *

El Señor Krishna dijo a Arjuna: «Tú hablas de mí como de una encarnación de Dios Pero hoy quiero revelarte algo especial. Sígueme.»

Arjuna siguió a Krishna un breve trecho. Luego éste señalando a un árbol, preguntó: «¿Qué ves allí?»

«Una enorme parra plagada de racimos de uvas», respondió Arjuna.

Y dijo Krishna "No son uvas Acércate más y fijate bien».

Cuando Arjuna hizo lo que se le había dicho no podía dar crédito a sus ojos, porque allí, delante de él vio racimos de Krishnas colgando de Krishna.

*Los discípulos preguntaron al Maestro «¿Cómo será la muerte?»
«Será como si un velo se rasgara en dos y diréis asombrados "¿De modo que eras Tú?"»*

* * * *

Hace mucho tiempo, había un rey en la India que tenía un elefante que se volvió loco. El animal iba de aldea en aldea destruyendo cuanto encontraba a su paso, y nadie se atrevía a hacerle frente, porque pertenecía al rey.

Pero, un día, sucedió que un supuesto asceta se disponía a abandonar una aldea, a pesar de que todos sus habitantes le suplicaban que no lo hiciera, porque el elefante había sido visto en el camino y atacaba a todos los que pasaban por él.

El hombre se alegró de la ocasión que se le ofrecía para demostrar su superior sabiduría, porque su guru acababa de enseñarle a ver a Rama en todas las cosas. «¡Oh, pobres e ignorantes locos!», les dijo. «¡No tenéis ni idea de las cosas espirituales! ¿Nunca os han dicho que debemos ver a Rama en todas las personas y en todas las cosas, y que todos los que lo hacen gozarán de la protección de Rama? ¡Dejadme ir! ¡Yo no tengo miedo al elefante!»

La gente pensó que aquel hombre no tenía mucha más idea de lo espiritual que el elefante loco. Pero, como sabían que era inútil discutir con un santón, le dejaron ir. Y apenas había recorrido unos metros del camino, cuando se presentó el elefante y arremetió contra él, lo alzó del suelo por medio de su trompa y lo lanzó contra un árbol. El hombre se puso a dar alaridos de dolor. Afortunadamente para él, aparecieron en aquel crítico momento los soldados del rey, que capturaron al elefante antes de que pudiera acabar con el iluso asceta. Pasaron unos cuantos meses hasta que el hombre se encontró en condiciones de reanudar sus andanzas.

Entonces se fue directamente a ver a su guru y le dijo. «Lo que me enseñaste era falso. Me dijiste que viera en todas las cosas la presencia de Rama. Pues bien, eso fue exactamente lo que hice... ¡y mira lo que me ocurrió!»

Y le dijo el guru: «¡Qué estúpido eres! ¿Por qué no viste a Rama en los habitantes de la aldea que te previnieron contra el elefante?»

* * * *

Érase una vez un confitero que fabricaba unos dulces en forma de animales y pájaros de diferentes colores y tamaños. Cuando vendía sus dulces a los niños, éstos solían disputar entre sí en términos más o menos parecidos a éstos: «Mi conejo es mejor que tu tigre»... «Puede que mi ardilla sea más pequeña que tu elefante, pero sabe mejor»... y cosas así.

Y el confitero se reía al pensar que los adultos no eran menos ignorantes que los niños cuando pensaban que una persona era mejor que otra.

El que ha alcanzado la iluminación sabe que lo que nos divide es la cultura y las circunstancias, no la naturaleza.

* * * *

Estaba un pastor apacentando sus ovejas cuando pasó por allí un individuo que le dijo. «¡Hermoso rebaño de ovejas, sí señor! A propósito, ¿puedo hacerle una pregunta?» «Las que usted quiera», dijo el pastor «¿Cuánto diría usted que andan sus ovejas cada día?», le preguntó «¿Las blancas o las negras?» «Las blancas». «Bueno, pues las blancas andarán unos seis kilómetros al día» «¿y las negras?». «Las negras también.»

«¿Y cuánta hierba diría usted que comen cada día?» «¿Las blancas o las negras?» «Las blancas»
«Bueno, pues las blancas comerán unos dos kilos de hierba al día» «¿y las negras?» «Las negras
también» «¿y cuánta lana diría usted que dan al año?» «¿Las blancas o las negras?». «Las blancas».
«Bueno, pues yo diría que las blancas, cuando llega el momento de esquilas, darán unos tres
kilos de lana al año». «¿y las negras?» «Las negras también»

El individuo estaba intrigado. «¿Puedo preguntarle por qué, a cada una de mis preguntas acerca de
las ovejas, insiste usted en distinguir las blancas de las negras, si resulta que no se diferencian más
que en el color?»
«Bueno, verá usted», dijo el pastor, «es que las blancas son mías, ¿comprende?» «¡Ah, ya! ¿y las
negras?» «Las negras también.»

El ser humano hace absurdas distinciones en lo que para el Amor es una sola cosa.

* * * *

Cuenta Plutarco que en cierta ocasión vio Alejandro Magno a Diógenes escudriñando atentamente
un montón de huesos humanos

«¿Qué estás buscando?», preguntó Alejandro

«Algo que no logro encontrar», respondió el filósofo

«¿y qué es?»

«La diferencia entre los huesos de tu padre y los de tus esclavos»

*Igualmente indistinguibles son los huesos de los católicos y los de los protestantes, los de los
hindúes y los de los musulmanes, los de los árabes y los de los israelitas, los de los rusos y los de
los americanos*

*Y el que ha alcanzado la iluminación no ve la diferencia ni siquiera cuando los huesos están
recubiertos de carne*

* * * *

En una pequeña aldea de la India vivía un tejedor sumamente piadoso. Se pasaba el día
pronunciando el nombre de Dios, y la gente se fiaba de él incondicionalmente. Cuando había tejido
una suficiente cantidad de tela, acudía al mercado para venderla. Y cuando alguien le preguntaba el
precio de una pieza de tela, respondía de este modo: «Por voluntad de Rama, el costo del hilo son
treinta y cinco céntimos; la mano de obra, diez céntimos; y el beneficio, por voluntad de Rama, son
cuatro céntimos. De modo que el precio de esta pieza, por voluntad de Rama, es de cuarenta y
nueve céntimos.»

La gente se fiaba tanto de él que nunca le regateaba un solo céntimo, y todo el mundo pagaba sin
rechistar el precio que él pedía.

Pues bien, el tejedor tenía la costumbre de acudir de noche al templo de la aldea para alabar a Dios
y cantar la gloria de su nombre. En cierta ocasión, bien avanzada la noche, y mientras él estaba

cantando, irrumpió en el templo una cuadrilla de ladrones, los cuales, como necesitaban que alguien les ayudara a transportar lo que habían robado, le dijeron: «Ven con nosotros». El tejedor cargó con el botín sobre su cabeza y los siguió dócilmente.

Pero no tardó en perseguirles la policía, y los ladrones salieron huyendo; el tejedor corría con ellos, pero, como era ya un hombre bastante mayor, lo prendieron enseguida y, al ver que llevaba el botín, lo arrestaron y lo encerraron en el calabozo.

A la mañana siguiente fue llevado ante el juez y acusado de robo. Cuando el juez le preguntó si tenía algo que alegar, el tejedor dijo:

«Señoría, por voluntad de Rama, anoche acabé de cenar y, por voluntad de Rama, acudí al templo a cantar sus alabanzas. Fue entonces cuando, de pronto, por voluntad de Rama, irrumpió una cuadrilla de ladrones que, por voluntad de Rama, me invitaron a transportar para ellos su botín. Y pusieron sobre mi cabeza una carga tan pesada que cuando, por voluntad de Rama, nos persiguió la policía, me agarraron enseguida. Entonces, por voluntad de Rama, me arrestaron y me encerraron en el calabozo.

Y aquí me tiene esta mañana su señoría, por voluntad de Rama.»

El juez dijo a los policías: «Suelten a este hombre. Evidentemente, está como una cabra.»

De regreso en su casa, cuando le preguntaron qué le había ocurrido, el piadoso tejedor respondió: «Por voluntad de Rama, he sido arrestado y juzgado. Y por voluntad de Rama he sido absuelto.»

* * * *

Érase un rabino que vivía en una aldea de la estepa rusa.

Durante veinte años. Todas y cada una de las mañanas cruzaba la plaza de la aldea para ir a orar a la sinagoga y todas y cada una de las mañanas lo observaba un policía que odiaba a los Judíos

Al fin, una mañana, el policía se acercó al rabino y le preguntó adónde iba.

«No lo sé» respondió el rabino

«¿.Qué significa eso de que no lo sabes? Durante los últimos veinte años, te he visto todas las mañanas acudir a esa sinagoga que está al otro lado de la plaza. ¿y ahora vienes con que no lo sabes? ¡Voy a darte una lección, para que te enteres!»

Y, dicho esto, agarró al viejo rabino de la barba y lo condujo así hasta el calabozo. Mientras el policía abría la cerradura de la puerta del calabozo, el rabino, mirándolo maliciosamente, le dijo «¿Ves ahora lo que quería decir cuando te dije que no lo sabía?»

* * * *

«¿Qué tiempo cree usted que vamos a tener hoy.», le preguntó un Individuo a un pastor en el campo.

«El tiempo que yo quiero», respondió el pastor.

«¿y cómo sabe usted que va a hacer el tiempo que usted quiere».

«Verá usted, señor: cuando descubrí que no siempre puedo tener lo que quiero, aprendí a querer siempre lo que tengo. Por eso estoy seguro de que va a hacer el tiempo que yo quiero»

La felicidad y la desdicha dependen de cómo afrontemos los acontecimientos, no de la naturaleza de los acontecimientos en sí.

* * * *

Una anciana monja se había probado el nuevo hábito y estaba hablando acerca de sus exequias con la Madre Superiora.

«Me gustaría que me enterraran con el hábito antiguo», decía la monja.

«Por supuesto», le dijo la Superiora. «Si usted va a estar más cómoda...»

Cuando el yo ha desaparecido, uno ha muerto... y, al igual que un cadáver, está cómodo con cualquier cosa.

A fin de cuentas, cuando uno se ha empeñado en ahogarse, no insiste en que sus vestidos estén secos para que la cosa resulte más cómoda.

* * * *

Un cuento hasídico:

Una noche, le fue ordenado en sueños al rabino Isaac que acudiera a la lejana Praga y que, una vez allí, desenterrara un tesoro escondido debajo de un puente que conducía al palacio real. Isaac no se tomó el sueño en serio; pero, al repetirse éste cuatro o cinco veces, acabó decidiéndose a ir en busca del tesoro.

Cuando llegó al puente, descubrió consternado que estaba día y noche fuertemente vigilado por los soldados. Todo lo que podía hacer era contemplar el puente a una cierta distancia. Pero, como acudía allá todas las mañanas, el capitán de la guardia se le acercó un día para averiguar el porqué. El rabino Isaac, a pesar de lo violento que le resultaba confiar su sueño a otra persona, le dijo al capitán toda la verdad, porque le agradó el buen carácter de aquel cristiano. El capitán soltó una enorme carcajada y le dijo. «¡Cielos! ¿Es usted un rabino y se toma los sueños tan en serio? ¡Si yo fuera tan estúpido como para hacer caso a mis sueños, ahora estaría dando vueltas por Polonia! Le contaré un sueño que tuve hace varias noches y que se ha repetido unas cuantas veces: una voz me dijo que fuera a Cracovia y buscara un tesoro en el rincón de la cocina de un tal Isaac, hijo de Ezequiel. ¿No cree usted que sería la mayor estupidez del mundo buscar en Cracovia a un hombre llamado Isaac ya otro llamado Ezequiel, cuando probablemente la mitad de la población masculina de Cracovia responde al nombre de Isaac, y la otra mitad al de Ezequiel?»

El rabino estaba atónito. Le dio las gracias al capitán por su consejo. Regresó apresuradamente a su casa, cavó en el rincón de su cocina y encontró un tesoro tan abundante que le permitió vivir espléndidamente el resto de sus días.

La búsqueda espiritual es un viaje en el que no hay distancias. De donde estás en este momento, vas adonde has estado siempre. Pasas de la ignorancia al reconocimiento, porque lo único que haces es ver por primera vez lo que siempre has estado mirando.

¿Quién ha oído hablar de un camino que te lleve a ti mismo, o de un método que te convierta en lo que siempre has sido? A fin de cuentas, la espiritualidad es cuestión únicamente de ser lo que realmente eres.

* * * *

Un joven sentía una obsesiva pasión por la Verdad, de modo que, abandonando a su familia ya sus amigos, se marchó en su busca. Viajó por infinidad de países, navegó por muchos mares, subió innumerables montañas. En suma, pasó todo tipo de dificultades y sufrimientos.

Un día, al despertar, se encontró con que tenía setenta y cinco años y aún no había descubierto la Verdad que tanto había buscado. Entonces, lleno de tristeza, decidió renunciar a dicha búsqueda y regresar a su casa.

El viaje de vuelta le llevó varios meses, porque ya era bastante viejo. Al llegar a su casa, abrió la puerta... y descubrió que la Verdad había estado esperándole allí pacientemente durante todos aquellos años.

Pregunta: ¿Le ayudaron sus andanzas a descubrir la Verdad?

Respuesta: No, pero sí le prepararon para reconocerla.

* * * *

Una turista occidental contemplaba, llena de admiración, el collar de una nativa. «De qué está hecho?», le preguntó.

«De dientes de caimán, señora», respondió la nativa.

«¡Ah, ya! Supongo que los dientes de caimán tendrán para ustedes el mismo valor que para nosotros tienen las perlas...»

«¡En absoluto! Una ostra puede abrirla cualquiera.»

Los que han alcanzado la iluminación comprenden que un diamante no es más que una piedra a la que la mente humana ha dado valor.

Y que los reyes son lo grandes o lo pequeños que tu mente decida que sean.

* * * *

Un joven americano, que había obtenido un empleo en una oficina de la Casa Blanca, acababa de asistir a una recepción ofrecida por el Presidente a todo el personal de la misma. El joven pensó que a su madre la emocionaría recibir una llamada desde la Casa Blanca, y decidió llamarla.

«Mamá», le dijo lleno de orgullo, «hoy es un gran día para mí. ¿Sabes desde dónde te llamo? ¡Desde la Casa Blanca!»

La respuesta que le llegó del otro lado del hilo no fue todo lo entusiasta que él esperaba. Y al final de la conversación, le dijo su madre: «¿Sabes, hijo? También para mí ha sido un gran día.»

«¿De veras? ¿Qué te ha ocurrido?»

«Al fin he conseguido limpiar el desván.»

* * * *

Los que no han alcanzado la iluminación no logran verse a sí mismos como la causa de todos sus pesares.

Era la hora del almuerzo en la fábrica, y un trabajador abrió su tartera «¡Oh, no!», exclamó «¡Otra vez bocadillo de queso!»

Y lo mismo se repitió varios días. Entonces, un compañero que le había oído quejarse le dijo «Si odias tanto los bocadillos de queso, ¿por qué no dices a tu mujer que te ponga otra cosa?»

«Porque no estoy casado. Soy yo quien hace los bocadillos»

* * * *

John y Mary se dirigían a casa a altas horas de la noche.
«Tengo un miedo espantoso, John», dijo Mary.

«¿Y de qué tienes miedo?»

«De que puedas intentar besarme»

«¿Y cómo voy a besarte si llevo un cubo en cada mano y una gallina debajo de cada brazo?»

«Tengo miedo de que puedas poner una gallina en el suelo debajo de cada cubo y luego me beses»

Con más frecuencia de lo que crees, lo que la gente te hace es lo que tú le has pedido.

* * * *

Dos soldados, en el norte de la India regresaban a su casa en un «rickshaw» cuando delante de ellos vieron a dos marineros en otro «rickshaw»

En un abrir y cerrar de ojos, la rivalidad entre la marina y el ejército se tradujo en una carrera en la que el conductor del «rickshaw» de los soldados enseguida tomó la delantera.

Los soldados estaban ya saboreando su triunfo cuando, de pronto, vieron asombrados cómo sus rivales les adelantaban como una exhalación. Pero aún les asombró más ver cómo el conductor

sentado en el asiento de los pasajeros, animaba vehementemente a uno de los marineros, que había ocupado su lugar.

Los que han alcanzado la iluminación prefieren sentirse satisfechos, más que victoriosos.

* * * *

Dos hombres se hallaban dispuestos para librar un duelo a pistola, para lo cual se había despejado el centro del salón.

Uno de ellos, un tipo diminuto y escuálido, era un tirador profesional; el otro, un sujeto enormemente fornido, se puso a protestar: «¡Un momento! ¡Esto no es justo, porque él tiene que apuntar a un blanco mayor que el mío!»

Al otro se le ocurrió enseguida una idea. Volviéndose hacia el propietario del salón, le dijo: «Mande dibujar con tiza la silueta de un hombre de mi tamaño en el cuerpo de mi adversario. Cualquier bala que no entre dentro de la silueta no valdrá.»

Los que han alcanzado la iluminación se preocupan más de vivir que de vencer.

* * * *

Los que no han alcanzado la iluminación venderían su alma para demostrar que tienen razón.

«Antes de salir, ayer por la tarde, aposté con mi mujer diez dólares a que regresaría antes de medianoche.»

«¿Y qué pasó?»

«Que la dejé ganar»

* * * *

Un signo inequívoco de haber alcanzado la iluminación es no preocuparse ya de lo que la gente pueda pensar o decir.

Una fábrica de muebles envió la siguiente nota a uno de sus clientes:

«Estimado Mr. Jones:

¿Qué pensarían sus vecinos si tuviéramos que enviar un camión a su casa de usted para recoger los muebles que aún no se ha dignado usted pagar?»

Y la respuesta no tardó en llegar:

«Muy señor mío:

He hablado del asunto con mis vecinos para averiguar lo que pensaban. y todos ellos opinan que sería un truco muy sucio, propio de una compañía mediocre y rastrera.»

* * * *

Desde niño, un hombre había tomado la decisión de que nunca se contentaría con nada que no fuera lo mejor. Esta decisión le había ayudado a alcanzar el éxito y la riqueza, y ahora tenía medios para procurarse verdaderamente lo mejor.

Pues bien, resulta que se vio aquejado de un fuerte ataque de amigdalitis, que en realidad podría haber sido perfectamente tratado por cualquier cirujano mínimamente cualificado. Pero, convencido como estaba de su propia importancia y acuciado por su obsesión de procurarse lo mejor que la ciencia médica pudiera ofrecerle, comenzó a ir de ciudad en ciudad y de país en país, en busca del mejor cirujano del mundo.

Cada vez que le hablaban de un cirujano especialmente competente, le asaltaba el temor de que posiblemente hubiera alguien aún mejor

Un día, sin embargo, su infección de garganta se agravó de tal manera que se hizo urgentemente necesaria una intervención, porque su vida corría peligro. Pero el hombre se encontraba en estado semi-comatoso en una remota aldea donde la única persona que había empleado un cuchillo con una criatura viva era el carnicero del lugar.

De hecho, era un carnicero muy competente y puso manos a la obra con entusiasmo: pero, cuando tropezó con las amígdalas de aquel hombre, no supo en absoluto qué era lo que tenía que hacer con ellas y mientras lo consultaba con otras personas que sabían tan poco como él, el pobre paciente, para quien sólo lo mejor era bueno. Murió desangrado

* * * *

Un león fue capturado y encerrado en un campo de concentración, donde, para su sorpresa, se encontró con otros leones que llevaban allí muchos años (algunos incluso toda su vida, porque habían nacido en cautividad).

El león no tardó en familiarizarse con las actividades sociales de los restantes leones del campo, los cuales estaban asociados en distintos grupos. Un grupo era el de los "socializantes"; otro, el del mundo del espectáculo: incluso había un grupo cultural, cuyo objetivo era preservar cuidadosamente las costumbres, la tradición y la historia de la época en que los leones eran libres; había también grupos religiosos, que solían reunirse para entonar conmovedoras canciones acerca de una futura selva en la que no habría vallas ni cercas de ningún tipo; otros grupos atraían a los que tenían temperamento literario y artístico: y había, finalmente, revolucionarios que se dedicaban a conspirar contra sus captores o contra otros grupos revolucionarios. De vez en cuando estallaba una revolución, y un determinado grupo era eliminado por otro, o resultaban muertos los guardianes del campo y reemplazados por otros guardianes.

Mientras lo observaba todo, el recién llegado reparó en la presencia de un león que parecía estar siempre profundamente dormido, un solitario no perteneciente a ningún grupo y ostensiblemente ajeno a todos. Había en él algo extraño que concitaba, por una parte, la admiración y, por otra, la hostilidad general, porque su presencia infundía temor e incertidumbre. «No te unas a ningún grupo», le dijo al recién llegado, «Esos pobres locos se ocupan de todo menos de lo esencial.»

«¿Y qué es lo esencial?», preguntó el recién llegado.

«Estudiar la naturaleza de la cerca.»

¡Ninguna otra cosa, absolutamente ninguna, importa!

* * * *

La condición humana queda perfectamente reflejada en el caso de aquel pobre borracho que, a altas horas de la noche, estaba fuera del parque golpeando la verja y gritando: «¡Dejadme salir!»

Son únicamente tus ilusiones las que te impiden ver que eres -y has sido siempre- libre.

* * * *

Un factor fundamental para alcanzar la libertad es el conocimiento ocasionado por la adversidad.

Un hombre, completamente perdido en el desierto, desesperaba de poder encontrar agua. A duras penas fue remontando una duna tras otra, mirando desde arriba en todas las direcciones con la esperanza de divisar en alguna parte una corriente de agua. Pero todo fue inútil.

Mientras avanzaba tambaleándose, tropezó con el pie en un arbusto seco y cayó al suelo. Y allí se quedó, sin fuerzas siquiera para ponerse en pie y sin el menor deseo de seguir luchando, desesperado de poder sobrevivir a aquella pesadilla.

Tendido en la arena, derrotado y abatido, de pronto fue consciente del silencio del desierto. Por todas partes reinaba una majestuosa tranquilidad que no se veía perturbada por el más mínimo sonido. Intuitivamente, alzó su cabeza. Había oído algo. Algo tan tenue que sólo el oído más agudo y el más profundo silencio podían llevar a detectar: el sonido del agua cuando fluye.

Alentado por la esperanza que aquel sonido había despertado en él, se levantó y no dejó de andar hasta que llegó a un arroyo de limpias y refrescantes aguas.

* * * *

No hay otro mundo más que éste. Pero hay dos formas de mirarlo.

En la antigua India había un rey, llamado Janaka, que además era un sabio. Un día estaba Janaka durmiendo la siesta en su cama cubierta de flores mientras sus sirvientes le abanicaban y sus soldados montaban guardia ante su puerta. Cuando estaba quedándose dormido, tuvo un sueño en el que un rey vecino le derrotaba en una batalla le hacía prisionero y le torturaba. En el momento en que la tortura iba a comenzar. Janaka se despertó sobresaltado y se vio en su lecho de flores, con los sirvientes abanicándole y los soldados haciendo guardia

Volvió a quedarse dormido ya tener el mismo sueño. Y nuevamente se despertó y comprobó que estaba confortablemente a salvo en su palacio.

Entonces comenzó un pensamiento a rondar insistentemente la cabeza de Janaka mientras estaba dormido. el mundo de sus sueños le había parecido perfectamente real: y ahora que estaba despierto, le parecía igualmente real el mundo de los sentidos. Quería saber cuál de aquellos dos mundos era el verdaderamente real.

Ninguno de los filósofos, sabios y videntes a los que consultó fue capaz de darle una respuesta y estuvo muchos años buscándola inútilmente, hasta que un día llamó a la puerta de su palacio un hombre llamado “Ashtavakra” que significa «totalmente deforme» o «encorvado». Y que precisamente llevaba ese nombre porque era así de nacimiento.

Al principio, el rey era un tanto reacio a tomarse en serio a aquel hombre: “¿Cómo puede un hombre tan deforme como tú poseer la sabiduría que les ha sido negada a mis videntes y a mis sabios”, le preguntó.

«Desde mi más tierna infancia», le replicó Ashtavakra, «se me han cerrado todos los caminos: por eso he seguido ávidamente la senda de la sabiduría»

«Habla, pues», dijo el rey.

Y he aquí lo que dijo Ashtavakra «Oh rey, ni el estado de vigilia ni el estado de sueño son reales. Cuando estás despierto, el mundo de los sueños no existe: y cuando duermes, lo que no existe es el mundo de los sentidos. Por eso ninguno de ellos es real»

«Pero si tanto el estado de vigilia como el estado de sueño son irreales, entonces ¿qué es real?», preguntó el rey.

«Hay un estado además de esos dos. Descúbrelo. Es el único real.»

Los que no han alcanzado la iluminación se consideran despiertos y, en su locura, llaman buenas a unas personas y malas a otras, alegres a unos acontecimientos y tristes a otros.

Los verdaderamente despiertos ya no están a merced de la vida y la muerte, del crecimiento y la decadencia, del éxito y el fracaso, de la pobreza y la riqueza, del honor y el deshonor. Para ellos, ni siquiera el hambre, la sed, el calor y el frío, que experimentan como algo transitorio en el río de la vida, duran indefinidamente. Han llegado a darse cuenta de que nunca es necesario cambiar lo que ven, sino tan sólo la forma en que lo ven.

Y así llegan a asumir la cualidad del agua, que es suave y manejable y, a la vez, de una fuerza irresistible: que no se esfuerza y, sin embargo, beneficia a todos los seres. Gracias a su acción desinteresada, otros son transformados; gracias a su desprendimiento, el mundo entero prospera; gracias a su ausencia de codicia, otros no sufren daño alguno.

El agua es extraída del río para regar los campos. Al agua le da absolutamente lo mismo estar presente en el río o en los campos. Así es como los que han alcanzado la iluminación actúan y viven apacible e intensamente de acuerdo con su destino.

Son ellos los únicos que se convierten en los enemigos implacables de la sociedad, la cual odia la flexibilidad y ama la reglamentación, el orden y la rutina, la ortodoxia y la conformidad.

* * * *

Mamiya llegó a ser un celeberrimo Maestro Zen, pero para ello tuvo que aprender el Zen con mucho esfuerzo.

Cuando era discípulo, su Maestro le pidió que explicara el sonido del aplauso con una sola mano.

Mamiya se entregó a ello con toda su alma, ayunando y robando horas al sueño para dar con la respuesta correcta.

Pero su Maestro nunca quedaba satisfecho. Un día llegó incluso a decirle: «No trabajas lo suficiente. Te gusta demasiado la vida cómoda y estás demasiado apegado a las cosas placenteras de la vida; incluso demasiado apegado al deseo de dar con la respuesta lo antes posible. Más te valdría morirte.»

La siguiente vez que Mamiya se vio delante del Maestro, hizo algo espectacular: cuando el Maestro le pidió que explicara el sonido del aplauso con una sola mano, él cayó al suelo y se quedó inmóvil, como si hubiera muerto.

El Maestro le dijo: «Muy bien. De modo que te has muerto... Pero ¿qué me dices del sonido del aplauso con una sola mano?»

Abriendo sus ojos, Mamiya respondió: «Hasta ahora me ha sido imposible resolverlo.»

Y el Maestro estalló furioso: «¡Insensato! ¡Los muertos no hablan! ¡Fuera de aquí!»

Tal vez no hayas alcanzado la iluminación, pero al menos ¡podrías ser consecuente!

* * * *

Ananda era el más fiel de los discípulos de Buda. Años después de que Buda muriera, se proyectó celebrar un Gran Consejo de la Iluminación, y uno de los discípulos fue a decírselo a Ananda.

Pero para entonces Ananda no había alcanzado aún la iluminación, aunque se había esforzado durante años. De modo que no tenía derecho a asistir.

El día anterior a la inauguración del Consejo, Ananda tomó la decisión de ejercitarse durante toda la noche y no cejar hasta haber alcanzado la iluminación. Pero lo único que consiguió fue quedar exhausto, sin haber hecho el más mínimo progreso a pesar de todos sus esfuerzos

Por eso, al amanecer decidió renunciar y concederse un descanso. En aquel estado, perdida toda ansia, incluida el ansia de la iluminación, recostó su cabeza sobre la almohada... ¡y de pronto alcanzó la iluminación!

Le dijo el río al buscador: «¿Crees realmente que hay que inquietarse por la iluminación? Por muchas vueltas que dé, yo siempre estoy rumbo a mi origen. »